CONTEMPORAL

César Sánchez

ISBN: 978-607-29-0998-4

CONTEMPORAL

César Sánchez

Edición a cargo del autor.

Diseño de portada: © Cè

Primera edición: febrero 2018.

D.R. © 2018, César Sánchez

contemporal.art

contemporalart@gmail.com

ISBN: 978-607-29-0998-4

La presente obra no podrá reproducirse total o parcialmente, sea cual fuere el medio electrónico o mecánico sin el consentimiento del editor.

Los hechos y las opiniones narradas en la presente obra sólo comprometen a los personajes que las expresan. Nos hallamos en el marco de una obra de ficción con vista a suplantarse en lo real.

Prólogo

La presente obra habla de una generación de artistas incrédula y avergonzada de expresar referentes, empero atenta a incurrir en "tendencias" o en variopintos supuestos que respalden su narcisismo gregario, inmersa en sostenidas crisis económicas, por ende apolítica, y perturbada por los nacientes cambios vertiginosos de lo que hoy damos en nombrar la *era digital*. No obstante, provista de gran ímpetu a causa de una sobrevalorada aspiración renovadora, implantada por el tránsito a un nuevo siglo.

Contrario a su generación Cè, nuestro personaje, percibe que el Arte Contemporáneo (como hijo del siglo que culmina) tiene que morir con él, y esto no por ser una mera imbricación renovadora, aspiracional o enunciativa, sino porque sus fundamentos y expresiones estaban claramente agotados. En su conferencia *El artista ante el nuevo siglo*, dictada en la Documenta Americana IX,

asevero que: “el artista de ruptura no balbucea “ingenios” o ocurrencias, no construye inspiradores espejos para reflejar su presente, sino que es una surte de receptáculo del cosmos que, sólo en cuanto concurren a él las piezas primordiales de su postulado, inicia la edificación de una o varias series de obras con posibilidad de transfigurar la realidad. El tiempo y su reproductibilidad total o parcial, sin importar disciplina o soporte, se encargan de diseminarla”

Al momento de escribir el guion “Contemporal”, el desinterés de Cè por manipular o crear obra matérica respondía a su pulsión creativa por manifestar coherencia con su postulado. Puesta en World Wide Web, y con libre acceso al público, el guion se vio en poco tiempo impreso en celuloide por sinnúmero de profesionales y noveles del mundo fílmico bajo su particular interpretación. Tiempo después lo filmaría. La pieza retroalimentaría a las anteriormente realizadas, su estreno causó grandes expectativas y muy pronto recorrió varios centros de arte, además de ser citada en congresos de estética y arte actual de escala internacional. Llego a ser considerada como pieza invitada en la última *Documenta* del siglo XX, pero las componendas políticas habituales al régimen de su país, junto al coro uniformado de los que no gustan salir del redil, democráticamente venció a los dictaminadores del arte que pensaban que era el momento justo para que la obra de nuestro personaje “ensayara su presumible renovación estética ante una sociedad enferma de pleonexia y contemplaciones fatuas”. El tiempo transcurrió y con éste la diseminación del postulado. Capas de población no profesionales y profesionales del arte de diferentes zonas del planeta y opuestas a las convenciones del Arte Contemporáneo (vieja y

rebasada para ellos) se desplazaron de las grandes urbes al campo con la intención de vivir en un ecosistema frugal y autosustentable, empujados tanto por la fuerza meteorológica del cambio climático, como por la elección de existir en la filosofía estética-nominalista de la era *Contemporal*. Asumiendo a la vida como soporte.

HALL

Bar La Cucaracha, San Miguel de Allende. Gto.
1 de febrero de 1994.

—¡Ya no hay nada que hacer aquí! —afirmó Cè, impulsado un tanto por su despedida, pero también por el fastidio ante sus mil veces buscada y nunca encontrada experiencia reveladora que hiciera de él un artista precursor de un estilo que cambiara todo el mundo del arte y el punto de vista estético de una sociedad próxima a irrumpir el tan promisorio y sobrevalorado siglo XXI.

—Rentemos un departamento en el *defe* ¡Un taller para trabajar! ¿Qué les parece?

—No suena mal, podríamos intentarlo —contestó Romualdo de forma meditada aunque sin intentar dejar a un lado su peculiar dejo de incredulidad que siempre lo acompañaba.

Después de un caudal de justificaciones acompasadas por un sinnúmero de dedazos en busca de cerrar el candado entre su escaso bigote y su barba, Manuel decidió participar en el taller, mas advirtiendo que sus visitas serían un tanto esporádicas y, como poseso de una exaltación sarcástica prosiguió después de darle un trago a su cerveza "Pues a mí lo que realmente me interesa es el reventón y la guáguara, dos cosas que ya saben ustedes cómo le dan vuelo a mi

creación filosófica plenipotenciaria". Terminadas las exclamaciones de mofa y reproche hacia lo dicho por Manuel, todas las miradas se dirigieron hacia Ortho, quien al percatarse de ello dibujó una sonrisa que activó el sonrojo de su huesuda y *pomulosa* cara. Animado, alargó su brazo para acercar su botella de cerveza al centro de la mesa buscando chocarla con la de Cè. Entre sonrisas cómplices y brindis presuntuosos, el pacto quedo cerrado.

Entrada a la Primera Parte

Contenido bajo esa traza de aparente calma que llega después de haber sobrevivido a la adversidad, Cè cogió el plato servido con un par de huitlacoche a la doña encargada de apuntar y dar las órdenes en las *Quesadillas Gaby*. Recargándose sobre la pared del muro izquierdo de la fachada, fuera del negocio de comida mexicana, sin interferencia alguna a su vista se podían observar los dos ventanales del departamento del primer piso, recién rentado por Romualdo, Ortho, Manuel y él. Encajo su mano, libre del plato, dentro de su cabellera larga y enmarañada en un gesto por intentar acomodarla más que peinarla. Molesto al sentir lo afanoso de esa labor, la apartó y dirigió, con un sólo y franco movimiento a hacerse de una de las quesadillas y poder allegarse su primer bocado del día. Después de dos o tres masticadas, ahí estaba: una cascada negra y renegada a dar fe de la fuerza de gravedad fue saliendo de uno de los dos ventanales de ese departamento enclavado en un bloque de seis niveles de viviendas, construido no más allá de la primera mitad de los años cuarenta sobre la primera calle del cincuenta y siete, en el centro de la Ciudad de México. Saboreando el manjar mexicano, Cè se hacía de un espacio

para contemplar detenidamente cómo la materia negra acrecentaba a cada momento su volumen intangible. El incontenible garigoleado animaba un movimiento que en apariencia le hacía cobrar vida conforme se elevaba libre y pleno hasta confundirse con el esmog habitual para el centro de la ciudad.

—¡Ah, cabrón, eso se está quemando! —exclamó sorprendido un *franelero,* dejando por breves instantes su labor de *limpiacoches* para enderezarse a admirar la creciente del humo sin dejar un momento de sacudir el trapo que le hace honor al nombre de su oficio. Desinteresado de la exclamación del *franelero,* Cè dio otra mordida a su almuerzo y, con la mirada fija en el ventanal humeante, regresó pausada y distraídamente la quesadilla al plato para proseguir masticando el bocado. Masticada tras masticada se fue diluyendo su gusto por lo deglutido, hasta que la fuerza mecánica producida por esa mandíbula mortero quedó inerte y suplantada por otra dedicada a profundizar en los intersticios de la memoria. En cada uno de los sucesos, momentos y acciones ocurridos que lo llevaron a provocar ►tan estúpido incendio.

Primera parte
ANTE LO INCONMENSURABLE

UNO

Caminando de mañana por la calle de República del Salvador, quedé paralizado por una textura orgánica y estropeada, de tonalidad soleada, una lámina de hule espuma, de un grosor como de un cuarto de pulgada y longitud similar a la de un colchón individual (el humo continúa saliendo a borbotones por el ventanal). Este elemento se encontraba tirado sobre la banqueta en calidad de material de desperdicio a un lado de un camión con carga del mismo elemento esponjoso. Esta lonja blanda se apreciaba cálida y sintética, una reina al tacto en contraste con la frialdad y severidad de la acera. Me recordó a una superficie pasada por fuego, al tapiz de una pared en cuanto aparecieron en mi recuerdo las imágenes de una escena de la película *The Adjuster*, de Atom Egoyan, cuando el ajustador explora los restos de una casa recién pasada por las llamas.

—Justo ahora cruza por mi mente algo que puede no tener relación alguna con el repaso de acciones que me llevaron al incendio, pero no puedo evitarlo. Es la obsesiva afición a asistir a maratones nocturnos y a extensos y fútiles festivales de cine, en los que regularmente muy pocos filmes valen la pena, pero a los cuales aun

así acudo, pues me sirven después para tener siempre un comentario *interesante* para rellenar el silencio vergonzoso que logra colarse en esas reuniones entre amigos o para no dejar de comparar ni un solo espacio de la vida con alguna que otra escena fílmica— ¡Qué pendejez! (el humo continúa en su escapatoria. Va en incremento su esponjoso volumen). —Fue precisamente en una de tantas muestras de cine donde seguramente vi la de Egoyan. Creo que también es una forma de saciar mi voraz y nada normal ansia por el consumo de imágenes, cosa que también continuamente alimento con mis frecuentes visitas a librerías, donde, después de dar un repaso sección por sección, al final siempre termino estacionándome por horas en la de catálogos de arte. Cuando menos pienso, un dolor agudo invade mi espalda, alarma de aviso de que el glotón de imágenes sobrepasó el tiempo de estadía en el lugar. Levanto la vista del catálogo en turno y un sentido de persecución me toma preso. Desvarío; será mi imaginación o una certeza, pero todos los encargados de la librería me siguen con su vista a cada paso, a cada libro que cojo y me dispongo a hojear. Este sentido de persecución me ataca aún más cuando sé que voy a salir del negocio sin aportar, como de costumbre, ni un solo quinto al dueño (ahora son bocanadas pausadas, estertores negros que salen del ventanal). Me viene a la memoria el libro *Ninety years* de Miró; creo que lo hojeé por primera vez en la librería *El Juglar*, y no fue todo el libro lo que me llamo la atención, sino la imagen de una pintura quemada a propósito y bajo control total del viejo Miró. No sé por qué lo hizo, pero en cuanto apareció frente a mis ojos, observé un acto irreverente contra todo el arte pictórico hecho y por hacer. “La

pintura como objeto no es etérea", me decía. Desconfiemos de ello y volvamos a empezar.

(Los peatones casuales empiezan a darse cuenta del borboteo de humo que sale del primer piso del edificio). Tal vez la conexión de las anteriores imágenes almacenadas en mi recuerdo estimularon la curiosidad que me impulsó a levantar la mugrienta hoja de hule espuma; no acababa de hacerme de la blanda lonja, cuando una voz gruesa y agitada me sorprendió con las manos en la flácida masa.

—¡Qué!… ¿Se la va a llevar?

—¿Se puede? —le contesté entre temeroso y sorprendido, por su inesperada aparición, al que al parecer era un trabajoso cargador de material para el confort.

—¡Sí.., ya es basura! Allá adentro tengo otra ¿la quiere?

Ahí voy, según yo, cruzando orgulloso de mi descubrimiento por el centro de la ciudad de México, cargando dos sucias hojas de hule espuma empacadas y enrolladas cual si fueran dos gigantescos rollos de sushi con relleno de intestino grueso a la orden del artista.

DOS

Siempre he pensado que el arte y, sobre todo el artista, no deben tener connotaciones de índole celestial o genial, esto porque me gusta pensar que toda persona puede y debe ser artista.

Realmente no sé por qué me vino esto a la cabeza, pero en el momento en que estaba abriendo la puerta del departamento se me presentó cual burbuja esta idea ya muy recurrente en mí. Apenas cerré la puerta, me encontré recargadas sobre una de las paredes del primer salón de la amplia y deshabitada estancia, las tres telas que la noche anterior había tensado sobre bastidores de medianas proporciones, únicas ocupantes de una estancia conformada por dos amplios salones contiguos, a los que se entra después de atravesar el umbral de la puerta de entrada y caminar unos cuanto pasos a través de un largo pasillo distribuidor que corre a todo lo largo del flanco derecho del departamento, mismo, por el que en su parte media y opuesto a los dos salones, se accede a un patio y termina por ser delimitado por el baño y dos recamaras. De inmediato me puse cómodo para lo que venía: me despojé de los pantalones de mezclilla para quedar en calzoncillos y camiseta de manga corta; “más que suficiente para iniciar labores” me dije (en estos momentos el humo se está adelgazando, el garigoleado

se torna en hilos finos por entre los que la luz logra traspasar). Acosté dos de los tres bastidores sobre el piso de parquet, de tal forma que la tela quedara hacia arriba, acerqué pegamento y cerillos. Traje del patio el solvente con que habitualmente los otros miembros del taller diluyen pintura y limpian brochas o pinceles. Con todo ello al alcance de mi mano, dispuse encima de los dos bastidores las dos hojas previamente desenrolladas del material esponjoso que había conseguido hacía no más de una hora. Supe bien, desde que las palpé con mis manos, que serían el eje central de esas obras por venir. Apresuradamente me di a la tarea de extenderlas y pegarlas sobre sus respectivos bastidores. En cuanto estuvieron listas, las levanté y recargué sobre las blancas y pulcras paredes ordenadas pintar en recientes días por nuestro arrendatario. Recorrí su textura con mis manos; las tenía por primera vez planas y verticales ante mis ojos.

Debo destruir la falsa idea del arte y del artista hoy tan preconizada.

Propósito que sonó dentro de mi cabeza cuando estaba encendiendo el primer cerillo de la tarde. Lo acerqué a una de las lonjas pegadas sobre uno de los bastidores. El efecto fue sorprendente: un rastro cóncavo y perfecto apareció en tanto desaparecía ante mis ojos el material sometido a la flama. Lo intenté de nuevo, encendí otro cerillo para confirmar empíricamente el resultado. La conclusión me motivó a probar algo más arriesgado. Corrí por la cubeta que estaba en el patio y la puse a llenar bajo el grifo de agua, cosa que pronto me impacientó, pues el chorro del grifo era escaso. Bajo una creciente ansia dejé el patio para estar de vuelta en el primer salón y

enfrentarme a la otra lonja virgen en tanto daba tiempo a que se llenara la cubeta. Empuñé el frasco de solvente y lancé un chorro… Efectivamente, empapó el componente de propiedades absorbentes. Deposité el frasco sobre el piso para tener libres las manos y poder encender otro cerillo… lo lancé. Hizo un ruido sofocón, sólo momentáneo. Un flamazo que logró alertar de forma inmediata mi instinto de conservación.
Andar sin tocar el suelo, eso nunca. Debo destruir la falsa idea que se tiene del artista; creo que en cuanto lo consiga estaré concibiendo una idea más natural, más directa, más, por llamarlo de otra forma, fisiológica de comprender la actividad creativa.

Corrí por la cubeta viajando dentro de esta idea. Regresé y, sin hacer un alto en el camino, lancé sobre el fulgor lo poco de liquido juntado dentro de la cubeta. Sofocada la pequeña deflagración, me di cuenta de lo obtenido; no estaba nada mal; de hecho, estaba concluida la primera obra de la tarde.

Una vez obtenida certeza en la técnica, decidí arriesgar un poco más. Acosté sobre el suelo el bastidor con la lonja donde había realizado las primeras pruebas de la tarde. Caminé por todo el departamento vacío como tomando valor. Entré a una de las habitaciones directamente a abrir el ventanal de par en par, me asomé a la calle como queriendo inhalar nutrientes para levantar el brío. Afuera la actividad estaba en pleno; del lado izquierdo alcancé a ver el muro del fortín de bloques grises y serios del Museo Nacional de Arte, y frente a mí, el negocio de quesadillas *Gaby* empezaba a despachar las primeras órdenes del

día. Pensé que al terminar sería bueno premiarme con unas suculentas quesadillas. Creo que más que antojo, lo pensé como una motivación extra para vencer ese nerviosismo que da siempre que se inicia a trabajar en una nueva obra. Volví la vista al interior para observar por breves instantes los bosquejos y pruebas de materiales pegados por Ortho en una de las paredes de la recamara, para después dirigirme al baño a soltar un chorro de orín. Ya adentro, por cierto, descubrí que era el lugar del departamento que contiene más pistas para tantear el estilo en el cual fue concebida la construcción del edificio.

Entonces, ¿cuáles serán las próximas pistas a elaborar en las siguientes obras?, ¿como serán reconocidas por los espectadores del futuro?, ¿qué tendré que realizar?.

Empezaba en la meditación de la tercera pregunta, cuando ya me encontraba de nueva cuenta en el primer salón frente al segundo bastidor acostado y vestido con el elemento para la molicie. Tomé inquietamente la cajita y encendí otro cerillo, el que lance sobre él; su flama se extinguió en cuanto tocó la superficie (las ondas sonoras de una sirena empiezan a romper el aire a lo lejos). Fue en ese momento cuando me llegó la estupidez disfrazada de osadía.

Desnudemos el arte, hagámoslo añicos; operar un ejemplo aquí en este momento puede que sea la oportunidad de poner en marcha un desequilibrio y, con él, poder desmontar las creencias regimentadas por el circuito del arte convencional… Quemaré esa infecta idea del arte actual para renacer de sus cenizas con nuevas noticias.

Derramé un gran chorro de solvente sobre la blanda cubierta, raspé la cabeza de otro cerillo sobre la tira áspera de su estuche… y, cual antorcha diligente que cruza la oscura noche directamente a incendiar la casa del malvado, lo lancé y vi nacer una gran llamarada de la que emergió el sonido de una gran bocanada que tragó el aire circundante al fogonazo. Empezó el pandemónium. El fuego ocupaba en su totalidad la superficie del cuadro. Me embargó por un momento lo primitivo de su aspecto, miré de que forma se iba desintegrando la espuma al mínimo alcance de la flama; consideré, hasta ese momento, que todo estaba bajo control, pero muy pronto intuí que estaba pasando la línea que divide la osadía de la calamidad. Alcé del suelo la esquina más próxima del cuadro para sacudirlo de arriba a abajo con naciente desesperanza pretendiendo con ello se extinguiera el fuego. Todo lo contrario; me alcanzó el candor; mi reflejo instintivo al golpe de la flama hizo que arqueara de tal forma mi cuerpo que de súbito no pude hacer más que soltar la esquina del cuadro y seguir mi trayectoria de espalda hacia el suelo. "Mírate ahí", recuerdo que me dije, "cayendo, en *cámara lenta*, al mismo tiempo que caía el bastidor; los dos juntos rumbo a ser detenidos por el piso de parquet".., "El piso de parquet"… "¡Sí, claro!, ¡el piso de parquet!" Reparé mientras caía, pues en ese lapso breve de mi trayectoria al piso alcancé a observar que el fuego había saltado a los listones de madera que se encontraban debajo de mi acompañante en el descenso. Apenas mi cuerpo golpeó con el parquet, me puse de pie en un solo movimiento, presto a extinguir la deflagración, enterado, ahora, de que era el momento de intervenir antes de que todo estuviera fuera de control. Me hice de

inmediato de la cubeta y con un movimiento de gran extensión y fuerza lancé su contenido; nada, esa energía puesta al servicio de esparcir el líquido sucumbió en lo ridículo, pues de la cubeta derramo sólo un pequeño chorro. La arrojé con gran desprecio. Entonces recorrí la vista en medio de una total desesperación, en busca de auxilio, en apoyo de algo o de alguien. Observé sólo recargado en la pared al asistente en turno: el tercer y último bastidor con tela tensada el día anterior. Corrí hacia él, lo cargué y lancé, sin cálculo alguno, encima del tumbado y siniestrado con un propósito que ahora veo iluso: que su abrazo pudiera contribuir a robarle oxígeno y lograr, con ello, ahogar el fuego. Inmóvil pensé: Toda mi intensión de transformar e innovar el arte se ha disipado; pasé de ser ese supuesto redentor del arte a un incompetente aprendiz de bombero.

Brinqué encima de los ahora dos bastidores en llamas, poniendo en acción un baile excéntrico, yendo y viniendo de un lado a otro con pisadas y saltos aplastantes, discordantes movimientos perturbados que ahora a la distancia puedo comparar con los de aquellos compenetrados y severos jugadores de la plataforma de baile Dance Revolution (las ondas sonoras de la sirena se escuchan más cercanas; seguramente el vehículo que lo emite está estacionado en alguno de tantos embotellamiento que suceden a diario en las calles del centro de la ciudad. El humo es delgado, casi imperceptible). Mi baile atroz sobre el bastidor abrazante no fue eficaz; las llamas traspasaron al bastidor; no me quedó más que bajar de ellos derrotado y desesperanzado entre el creciente fuego. Atrapé, casi con las uñas, una orilla del bastidor asfixiante cuidando no ser alcanzado por el fuego y

con un movimiento ascendente lo elevé con todas mis fuerzas consiguiendo replegarlo a un lado del cuadro depositario del fuego original… La llamarada había doblado su apuesta, ahora no solamente era uno sino dos los bastidores en llamas; el escenario era brutal; dos terceras partes del piso del primer salón de *El taller* se encontraban en llamas. Corrí entre el fuego para hacerme de mi pantalón de mezclilla que al inicio de esta labor me había quitado, pues creí en ese momento que sería una buena herramienta para sofocar, en lo que se dice "a *pañazos"* el fuego. Bueno, al menos así lo había visto en imágenes televisivas. Arremetí con mi pantalón a *pañazos* desesperados por toda la periferia de los bastidores, a lo que las llamas reaccionaron con desvergonzada avivez. "El mundo del arte se puede ir al carajo", pensé; en este momento la miseria de mi traza de artista dio paso a un hombre para quien salvar su vida era lo apremiante, mas lo en verdad apremiante era salvarme del costo que me va a significar si el incendio se propagaba por todo el edificio. Al filo de la muerte o a un paso de ir a la cárcel; ese eras yo: un hombre que quizás estaba viviendo esa experiencia reveladora que tanto había buscado y nunca encontrado a través del arte o de los lugares comunes a él.

Un arranque esencial me puso de un salto de nueva cuenta sobre los bastidores sin dejar de soltar *pañazos* discordantes por toda el área del fuego; las lenguas candorosas del fulgor se alargaban para lamer mis pantorrillas desnudas escaldándolas con un ardor anestesiante. Me sentí por un momento como partícipe de una ceremonia ascética, una suerte de faquir andando sobre carbones al rojo vivo. Tal ritual fue insuficiente, el fuego era lo bastante violento como para ser vencido

por mis ocurrencias (el humo dejó de salir, plasmada quedó su huella en el dintel). Fui de prisa a recoger la cubeta antes despreciada. Creí, en ese momento, que era el último intento por poner un alto al resultado de mis ocurrencias. Salí al patio a colocar de nueva cuenta la cubeta bajo el grifo de agua, di vuelta a la mariposa y de forma extraña me entregué a un tiempo adversamente discordante al infierno del cual venía. Fue curioso, pero la caída lenta de ese pequeño chorro de agua, su susurro reposado, en alianza con el aire fresco proporcionado por el cubo de aire del edificio, al parecer hicieron que lograra sustraerme del siniestro por unos instantes.

TRES

Un grito ronco y hueco nació detrás de mí.

—¿Necesita ayuda?

—Hee.., sí —miré de reojo hacia donde provenía la voz. Era un vecino asomado de un ventanal un piso arriba de donde me encontraba. Mi respuesta fue vacilante, como intentando encubrir mi vergüenza o como aparentando tener el control para salvarme de caer en el ridículo. El vecino prosiguió sereno en su indagación.

—Se está quemando, ¿verdad? —asentí, llevándome, un tanto desesperado, las manos a la cabeza, con las que mesé y jalé mi cabellera.

—¡Nooo, vecino! ¡En esas pinches llaves no cae nada de agua!... Está fuerte el incendio ¿verdad?

—Pues sí… algo.

—¡Pero! "¿qué pasa, Ricardo?" —gritó otra cara masculina que impaciente se asomó al ventanal quitándole la vista al primer vecino.

—Que el departamento del joven se está quemando.

—¡No chingues, Ricardo! Tenemos el tambo que acabamos de llenar en la mañana —le replicó el segundo vecino, con la seguridad de un ama de casa sabedora de sus menesteres.

—¡Oiga! —me preguntó apaciguado y analítico el vecino Ricardo.

—¿Le servirá un tambo como deee… hmmm… —y se quedó pensando por instantes preciosos, en tanto el segundo vecino y yo esperábamos impacientes que llegara a su mente el dato preciso. —Hmm… como… ¿sesenta litros serán suficientes? —no me dejó reaccionar del todo a su pregunta cuando el segundo vecino, sabedor de lo que había que hacer, ya estaba objetando la candidez de su compañero a gritos y palmeando con sus manos el hombro del apaciguado Ricardo.

—¡Ya no preguntes más y vámonos, Richard, que se quema el edificio!

El ventanal quedó vacío, inanimado al desaparecer las cabezas de los vecinos. Entré al departamento con la sensación de quedar solo, de nueva cuenta, y sumergido en mi estupidez . Me dirigí a ponerme los pantalones y abrir la puerta de entrada en espera de la ayuda (el carro de bomberos asoma su faz grana por la calle de Donceles; en la embocadura de la primera calle del 57. El tráfico y lo angosto de las arterias viales impiden la pronta llegada a su destino).

—¡Descansemos!... ¡uff, ya falta poco!... ¡Toma aire… agárrate bien, Richard! ¡Uno, dos, tres, ahora, vamos!... —se oía decir a una voz hueca, entre gemidos de esfuerzo y pasos esforzados,

bajando por la escalera que rodea el intersticio por donde alguna vez bajó y subió el elevador del inmueble, mientras los esperaba impaciente en el corredor que comunica a todos los departamentos de ese primer piso… Apareció la pareja de esforzados benefactores en auxilio de su vecino en apuros; venían cargando un tambo que derramaba su contenido conforme era tambaleado por la andanza esforzada y ajetreada de sus transportistas. La fatiga los obligó a hacer otro alto en el camino. El breve descanso de ese par me pareció eterno; diez metros separaban al consagrado líquido de la ignición… Me bastó sólo ese margen de contención motivada por la espera del tan ansiado liquido, para percatarme de que Richard, un ser moreno y corpulento, fungía como el hombre de la casa, y el otro, un individuo de tez blanca, alto y delgado, de apariencia andrógina, como el ama del hogar. Los dos se encontraban ataviados con camisas de tela de seda estampadas con diversos y llamativos motivos floreados y pantalón de casimir color palo de rosa. Me hicieron evocar a unos músicos de un conjunto tropical cargando sus instrumentos rumbo al salón de baile.

—¡Uno, dos, tres: ahora!...¡Vamos; métele huevos, Richard! ¡Carajo!

(El ruido de la sirena en conjunto con el insistente tocar de su campana para ese momento ya era ensordecedor). Con un movimiento del brazo libre de la carga, el andrógino me ordenó, con recia determinación, que me hiciera a un lado; de inmediato supe que ellos asumirían la responsabilidad del evento.

—Adelante, adelante por favor —les di una tímida y alentadora bienvenida.

Entraron al departamento con paso apresurado y esforzado, pararon frente a la deflagración cuidando que el tambo contenedor del valioso líquido quedara a salvo de cualquier percance. Calcularon posición e intercambiaron puntos de vista sobre la mejor técnica a emplear para que el lance fuera lo más exitoso posible, en ese momento intervine, según yo, para darles una recomendación, la que creo fue tan insulsa que el par ignoró. Bueno, tal parece que ni la escucharon. Decididos estos emergentes neptunos tropicales al rescate de *El Taller del 57*, lanzaron el contenido del tambo encauzando una ola que alcanzó a ahogar el fuego de inmediato; bastaron unos cuanto pisotones en las esquinas del bastidor más lejano al derrame de agua para que el fuego se apagara en su totalidad.

CUATRO

—¡Hey!... ¡Oiga usted! ¿Sabe dónde es el incendio? —me preguntó un bombero al tiempo que hacía un alto enérgico frente a mí, después de haber realizado un *sprint* como de cincuenta metros con el propósito de adelantarse al camión que se encontraba detenido en el tráfico justo a mitad de la primera calle del 57. Su sorpresiva aparición y el tono enérgico de su pregunta bastaron para sacarme de mi larga introspección.

—¡En ese departamento! —respondió por mí el franelero, señalando el ventanal del taller para después dirigirme una mirada cómplice, como para hacerme partícipe de su respuesta y *gran* hallazgo.

Permanecí recargado al muro de la fachada de las quesadillas Gaby a punto de terminar con mi segunda quesadilla… Empecé a sentir piquetes y leve ardor en mis pantorrillas; en pocos instantes ya era punzante y a punto de llegar a lo inaguantable. Esforzándome por no perder ese *porte* en el cual había permanecido impenetrable desde el momento en que escogí sumergirme en la introspección para indagar

en los orígenes del incendio, como pude medié un comentario como para intentar dejar muy en claro, ante los ojos tanto del voluntarioso bombero como del entrometido franelero, la continuidad de mi incólume *porte*.

Ya no hay incendio —tal comentario hizo que los dos voltearan de forma sospechosa a verme. Intentando guardar mi último resquicio de calma y con una pose aún más altiva que la de antes; en lo que puedo interpretar como una actitud reactiva para no dar ningún signo de flaqueza ante mi insoportable dolor, proseguí firme.

—Ya está apagado…

Tal afirmación, venida de un tipo tan seguro y tranquilo, no hizo más que incrementar la sospecha en el bombero, así como en el franelero. El heroico camión color grana junto con su estrambótica sirena y sus perturbadoras luces de alerta llegó por fin frente al portón de entrada del edificio marcado con el número quince. El bombero dio media vuelta para dar un salto entusiasta que lo trepó sobre el estribo del lado del conductor; se dirigió al copiloto del camión, como si estuviera contándole un secreto; éste lo escuchó con atención a la vez que tomaba un gran radio rectangular de proporciones similares al largo de su cara, por el que se comunicó durante alrededor de un minuto; retiró el radio y dio informe a sus dos compañeros. Gesticularon los tres lo que al parecer fue un consenso. Del estribo brincó inalterable el entusiasta bombero para tomar a toda prisa camino con rumbo a investigar sobre el estatus que guardaba el incendio reportado dentro del edificio.

Devolví el plato con un tercio de quesadilla restante y pedí la cuenta. Sentí claramente cómo me escurría un líquido tibio por entre mis pantorrillas. Pagué, recibí el cambio y caminé con rumbo al taller un tanto apresurado pero intentando mantener buena actitud. En las escaleras choqué con el bombero entusiasta, el cual sólo tuvo espacio para dibujar en su rostro una mueca de incomprensión e indiferencia. Continué mi ascenso, llegué frente a la puerta del taller, abrí y, a pasos grandes pero débiles, me dirigí al cuarto de baño en espera de lo peor. Me quité los pantalones… el resultado: varias heridas a flor de piel por toda el área posterior de mis dos pantorrillas. Para ese momento el ardor era realmente insoportable; me quité tenis y calcetas para meterme a la tina de baño; abrí el grifo, me coloqué de espaldas a él, de tal forma que el exiguo hilo de agua pudiera mitigar el insoportable dolor de mis extremidades.

Debo neutralizar este dolor o… tal vez sea mejor utilizarlo para alzarme, sublimarme y me haga más obstinado y agudo con mis tareas inconclusas.

Pensé mientras sentía el mediano alivio que me proporcionaba el delgado chorro hidratante… Exasperado, dejé el cuarto de baño intentando contener la furia que me causaba el dolor dado el poco alivio que me proporcionó la escasez de agua. De pronto, rodeado por paredes y techos colmados por el tizne de la fogata nacida de mi estupidez y de frente a los bastidores derribados e incendiados, me surgió la necesidad de utilizar el insoportable dolor que me cargaba para indagar sobre qué tanto control tenía sobre mi cuerpo, para comprobar sus bondades como vía de acceso al conocimiento. Empecé a integrar a total discreción y desde mi peregrina interpretación, las

piezas para reiniciar el juego. Alcé y recargué los dos bastidores sobre la pared inmediata, acción que provocó que cayeran restos del incendio; material rico para seguir en la factura de las obras. Dispuse cada uno de estos restos frente a los bastidores. Les fui dando, por llamarlo de una forma, un orden jerárquico; un tanto caprichoso, un tanto decidido de lo visualmente atractivo que tenían; luego caminé en busca del recipiente de pegamento sintiendo el dolor de las heridas, lo que me hizo andar de una manera afectada.

Rompí, pegué, desgarré, despegué, corté, coloqué, observé… observé… seguí observando sentado sobre el piso de parquet. Contemplé las obras por largo tiempo. Sabía que sólo les faltaba algo para verlas terminadas. A media distancia de mi mano izquierda, pude tocar el carbón, observé cómo las yemas de mis dedos se había ennegrecido al más leve roce. El fuego había conseguido convertir en materia primordial para la representación media tira de suelo de parquet. Rasqué suavemente con las uñas hasta sacar un tizón oscuro y profundo como la nada, ausencia, la privación, distancia, una nostalgia. El último paraje del drama listo a trazar.

►***Pintura uno.*** ***Título:*** *Fuego sordo.* Sombreado de la esquina superior derecha, así como el flanco izquierdo en su parte media.

►***Pintura dos.*** ***Título:*** *Incendiar la casa del malvado.* Trece puntos en su esquina superior izquierda, línea punteada en la parte media, así como una línea que traza un valle a todo lo ancho de su parte baja.

►***Pintura tres.*** *Sin título, ni un solo trazo de carbón.*

CINCO

—¡A ese tipo lo van a matar! —le refería esa premonición a Romualdo a la vez que reparaba en su altura tan infrecuente para ciudad de México.

—De donde sacas eso pinche Cé ¿Tú lo crees?

—Sí, lo creo; Salinas y gran parte de su entorno político se esta dando cuenta de que Colosio bien puede ser un presidente *no apto* para sus interese particulares. ¿No crees? —de este tema tan distante para las mentes apolíticas de los artistas jóvenes inmersos en el inicio de la década de los años noventa, iba conversando con Romualdo, caminando rumbo al cruce que hacen las calles de Tacuba y Gante. Y claro, después del alzamiento del Ejercito Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el primero de enero del 1994, hablar de política nacional se había convertido en tópico de moda en la sociedad mexicana, a tal grado que hasta los artistas de nuestra generación fueron descubriéndose de poco a poco con criterio suficiente como para opinar o especular sobre el rumbo que tomaría el país. En el interior del taller, esto no fue la excepción. Una situación dio mayor

magnitud a esto; Ortho, al ser oriundo de Chiapas (epicentro de la sublevación guerrillera), hizo que se tornara aún más politizado el ambiente.

Próximos a encontrarnos con la agarrotada escultura de Belisario Domínguez, cursimente fondeada con la proverbial marquesina del teatro FRU-FRU, Romualdo me confió un asunto que al parecer venía planeando de algún tiempo atrás.

—Como habrás notado, la semana pasada no vine al taller. Ayer regresé de Nueva York; puede que en dos semanas ingrese a la maestría en artes y que mi única alternativa sea dejarlo.

—Ya estaré visitándote —le conteste palmeándole paternal la espalda correosa de mi posible futuro anfitrión en territorio estadounidense.

—No estaría nada mal —me correspondió en el instante que doblábamos por Donceles para tomar la primera calle del 57.

Unos cuantos días después, mi premonición se haría realidad. En pleno acto de campaña, en un barrio de Tijuana, noroeste extremo de México, a ritmo de *La Culebra* (música de fondo en el acto proselitista, interpretada por la *Banda Machos*; *cover* de la original del *Bárbaro del ritmo,* Benny *More*) disparaban a muerte al candidato a la presidencia de la república por el Partido Revolucionario Institucional.

Esa misma noche, como si se tratara de celebrar la transición de la ingenuidad a la malevolencia social, efectuamos la fiesta de apertura del taller sin Romualdo. Los dieciséis temas completitos del álbum *Casa Babylon*, del grupo *Mano Negra,* sonaron repetidamente a lo

largo de la noche. La propuesta musical nació de Benjamín, del cual me había hecho amigo algunos años atrás, cuando nos encontramos cursando un taller experimental de pintura en *Casa de lago*. Ahora el cursaba, con mucho desdén, la licenciatura en artes visuales en la Academia de San Carlos. Delgado, de copete lacio y necio por ocultar su ojo derecho, de movimientos somnolientos; como si estuviera eternamente atrapado por los efectos de la hierba, anunció esa noche su llegada con tres largos toques al timbre, liderando a un grupo como de diez acompañantes, cada uno portando mochila al hombro cual si ello los proclamarse como dignos educandos. Los recibí en el primer salón, inmediato a la puerta de entrada; en el muro se encontraban recargadas las tres obras que había realizado con la deflagración, y a unos pasos a la derecha de éstas, sobre una mesa vieja de patas raquíticas y recién rehabilitada con aceite lustrador rojo para madera 3 en 1, sobresalía como dispositivo de apremiante necesidad un gran modular Kenwood con estrada para seis discos compactos, tornamesa para discos de acetato y, a su costado derecho, una torre de aproximadamente veinte cajas de discos compactos. La comitiva liderada por Benjamín fue desperdigándose por todo el departamento curiosos por conocer los rincones del taller, no sin antes depositar sus mochilas en la esquina más lejana del segundo salón. Bajo un ambiente sombrío, pues la luz del foco era embebida por el tizne generado del humo del incendio alojado tanto en la bombilla como en las paredes del primer salón, convinimos Benjamín y yo, sin acuerdo de por medio, que ese salón de entrada al taller sería un buen sitio para emprender nuestro acostumbrados desvaríos argumentativos.

—¿Cómo ves? Está bien ¿no? —preguntó Benjamín, mientras me mostraba la caja del disco compacto de Mano Negra.

—¡Mira! la primera rola… —subrayo con el dedo índice Benjamín la primera de la lista del reverso del estuche con el propósito de llamar la atención. (*Viva Zapata*)…

—El departamento es grande y… esos cuadros son grandes ¿No?... ¿Son tuyos? —como arrastrando el tedio, Benjamín lanzó estas preguntas para poner fin al silencio y distraer la atención de la caja del disco compacto de Mano Negra y trasladarla hacia los tres cuadros resultado de la deflagración.

—"*Se-ñor ma-tan-za*"… —alcance a leer todavía antes de que Benjamín retirara el estuche de Casa Babylón de mi vista y continuara con mi respuesta.

—Pues dime… ¿a ti qué te parecen? —en posición de intérprete incrédulo, Benjamín encendió con toda la calma un *Faro* sin filtro, le dio dos jalones lentos y sentidos; momento que aprovechó para mover su cabeza como el que asiente algo o recrea un preámbulo interesante a su respuesta... Sin quitar la vista de las obras, dio paso a su juicio con total ligereza.

—Muy "confusos" ¿No?

—¡Ha-ha-ha-ha! —solté una fuerte carcajada en pos de que las ondas sonoras tuvieran el poder de convertirse en una espiral protectora y al amparo de mis obras contra los juicios por venir. Finalizando mi carcajada, cauto le pregunte. —¿Tú crees, pinche Benja?.

Habitualmente intercambiábamos puntos de vista implantando el motor del sarcasmo y el delirio a la deducción de nuestros juicios respecto a la actividad creativa, la gran mayoría de veces, aterrizando a conclusiones espontáneamente absurdas, pues, sin explicación de por medio, sentíamos que era un buen plan para sanear el devenir y escapar a interpretaciones demasiado explícitas o "sesudas" con respecto a la función del arte en la era indeterminista del "post*"*. Fue una estrategia que espontáneamente aplicamos desde la primera vez que nos paramos frente a nuestras obras pictóricas, y que después ampliamos en todos y cada uno de nuestros juicios estéticos discutidos, ¿Una terapia distractora al vacío ocasionado por la ausencia de una plataforma de pensamiento desde la cual apoyar nuestras acciones creativas? tal vez. Lo que de sobra sabíamos es que el momento que estaban atravesando, no era el mejor para apostar por un solo y absoluto concepto de arte, de apostar por una sola idea, teoría o proyecto creativo, pues de hacerlo así, bien sabíamos los dos que tendrían mayores probabilidades de terminar creando simples innovación técnicas o balbuceando las expresiones regimentada del mercado mediático.

Inmediatamente y sin miramientos, Benjamín apartó el cigarro de sus labios, no sin antes haberle dado dos o tres caladas para replicar.

—¡Pues, no sé!... —conforme mascullaba, salían de su boca pequeñas bocanadas de humo. —¿Qué quieres decir con ellos?, ¿con que fin los hiciste?

—¡Para quemarse las patas! —inesperadamente intervino Ortho cáustico, mientras nos repartía vasos de unicel rellenos con el primer tequila de la noche.

Sin dejar de ser tolerante con la burla, miré a Ortho con un gesto notorio de monserga, pues no quería que la atención se distrajera de comentarios externos a mis obras.

—Son un cuestionamiento a la práctica del arte actual —dije imperativo. —¿Cuántas veces hemos hablado de esto, Benja?.

Benjamín, con los parpados entreabiertos, pues de esta forma impedía que sus ojos fueran lastimados por el humo del cigarrillo que sostenía ahora entre sus labios, tomó una pose de esgrimista parsimonioso. Con su mano izquierda sostenía el vaso con tequila, y con la otra, el florete imaginario a punto de emprender el ataque para perforar decidido y con un rápido y solo movimiento la obra más próxima a él. De pronto, se retrajo absorto y dijo.

—No sé… siento que le faltó una rayita de carboncillo por ahí… —dirigió su florete imaginario a una de las obras. —¿Ya vieron?... a la derecha, por el extremo inferior derecho para ser más exacto… ¿Cómo lo vez tu? —le pregunto de bote pronto a un Ortho absorto, en busca de arrancarle una frase en concordancia o, de ser posible más sarcástica. A lo que Ortho atinó a decir, sólo para deslindarse, con un peculiar tono chiapaneco:

—¡A saber!...

SEIS

Manuel permanecía conversando dentro de una de las habitaciones del taller con dos aficionados al pensamiento y con Aldo; uno de los estudiantes de la Academia de San Carlos que había llegado liderando Benjamín, mientras los otros empezaron a arremolinarse en el segundo salón del taller circundando a un personaje de estatura baja y piocha compuesta por largos y escasos pelos que salían de la punta de su mentón. En comparación con sus compañeros, éste aparentaba menor edad. Santa Maradona empezó a sonar al máximo de volumen en el modular Kenwood, el circundado personaje *piocha larga* se puso en cuclillas frente al grupo de mochilas que los estudiantes de arte habían arrinconado en la esquina más lejana del segundo salón apenas arribando al taller. De una de ellas extrajo, como si fuera un juguete nuevo, un balón de fútbol. Sin intermediación alguna, lo lanzó incitadoramente por sobre todas las cabezas de quienes lo rodeaban. El balón fue a parar en el primer salón donde me encontraba con Ortho, Benjamín, la mesa blandengue con el modular Kenwood y las tres obras resultado de la deflagración.

¡Devant de champion du monde football! ¡devant de champion du monde football!...

—¡Aguanten! —gritó Benjamín, apropiándose del balón con el pie derecho y, como esperando a que todos estuvieron atentos a su próximo desempeño, apretó enérgicamente con sus labios el minúsculo Faro sin filtro, encimó su pie sobre el esférico en tanto su brazo izquierdo se ocupó de hacer malabares con el vaso para no dejar derramar una sola pizca de tequila. Con un ágil movimiento de atracción, *rebanó* el esférico con la suela de su tenis; sin titubear, continuó con el movimiento de su pie para *cucharear* el balón a ras del suelo y dejarlo suspendido en el aire para iniciar, sin moverse un solo centímetro de su lugar, una marcha singularmente orgullosa, donde la flexión ascendente y descendente de sus rodillas apuraba a que, una a cada tiempo, diera un leve golpe al balón e impedir su caída. La parsimonia propia de Benjamín muy pronto dejó caer al piso el objeto dominado. Sin deshacerse de él, extendió su brazo derecho y señaló con su dedo índice como si fuera una efigie indicando la ruta a seguir, el lugar a donde pretendía mandar el esférico. El personaje de estatura baja y piocha larga destacaba entre todos sus compañeros debido a su seria y excedida atención. Con Ortho y yo como espectadores cercanos, Benjamín regresó el juego al salón de junto con un chute elevado rumbo al cuarto de baño. El balón cruzó por sobre todas las cabezas de los jugadores casuales y no paró hasta estrellarse con la puerta del baño para conseguir meterse dentro de él, lo que Benjamín celebró de forma efusiva interpretándolo como un gran gol. Mas la ceremonia colectiva,

contrario a él, inició a todas luces un montaje de lo que convencionalmente se conoce como un tiro de esquina.

football, football, football… Larchuma football club, football, football, football.

Manuel asomó su cabeza a través de la puerta de la recámara en la que permanecía, como intentando entender qué pasaba ahí. El frenesí competitivo motivó que otros invitados a la fiesta se integraran espontáneamente al singular encuentro; unos contra otros peleaban por el balón sin orden establecido: los unos proyectaban la pose clásica del jugador excelso de *soccer prof* en cuanto lograban asir el balón, queriendo dejar constancia de su buen manejo del esférico, su gran porte y personalidad dentro del campo de juego; los otros, consagrados más a la emoción, como es la de ese osado *hincha* que realiza su sueño al conseguir tocar el césped de la *cancha sagrada*. De una u otra forma todos en torno al balón, desempeñándose, dando rienda suelta a sus proyecciones particulares. Manuel, enterado de la situación, nos mando una señal de salud para después meter su cabeza a la recámara en la que había permanecido junto a los dos aficionados al pensamiento aun antes de haber iniciado la fiesta.

Era una escaramuza desenfrenada: los rebotes del esférico contra las paredes, techo, espectadores inciertos y aun contra los mismos que se asumían dentro del juego no tenían descanso. Todos dentro de ese desenfreno, presas por perseguir y dar un buen puntapié o, por lo menos, rozar el balón. El suelo de parquet se fue empapando del líquido

embriagante ante el vaivén de los vasos de los jugadores; el entusiasmo hizo que muy pronto el juego se extendiera a los dos salones. Sin reglas ni metas de por medio, pervivía en el ambiente el gozo que da el poder rehuir de las convenciones espacio-residenciales habituales a una vivienda, el del juego sin semántica y de libre albedrío. Un momento de sagacidad futbolera surgió de entre toda esa turba, el chico *piocha larga* se hizo del balón, burló a uno, burlo a dos, túnel, auto-pase con la pared. Su buen manejo del balón produjo una suerte de hipnosis en todos los jugadores fortuitos que se habían dado cita esa noche, lo que incitó a que surgiera una ambición de niveles casi intransigentes de entre toda la turba por conseguir el dominio del esférico. En un instante el chico *piocha larga* se vio atrapado sin salida. Frente a él quedó ahora el grupo de mochilas amontonadas en el suelo. A la expectativa quedamos Benjamín, Ortho y yo, esperando ansiosos nuestro turno al juego. Santa Maradona seguía tocando en el sonido ambiente.

(Larchuma!) l'aillier gauche va centrer. La défense est débordée.

Como si se tratara de dejar testimonio del buen jugador que puede existir dentro de un prometedor artista contemporáneo, el acorralado jugador chico *piocha larga,* con depurada técnica logró deshacerse del esférico dando un pase de espaldas a toda la turba que lo rodeaba, el balón salió por arriba de su hombro izquierdo consiguiendo caer cerca de mis pies. Lo atraje, y de inmediato di media vuelta para tratar de protegerlo de mi par de acompañantes. La multitud futbolera se quedó paralizada en el rincón del segundo salón, alerta a lo que pudiera ofrecer.

L'avant centre est apparu le guardien est battu!! (Larchuma!) penalty! non! si!, match nul!, match pourri!…

En un encuentro anterior, llevado a cabo en el Salón Corona de la calle de Bolívar, Cé glosaba a Benjamín que, en días pasados había visto un programa de televisión en el que entrevistaron a un novel escritor mexicano. Casi al final del programa, el conductor, más adulador que crítico, le preguntó que le hubiera gustado ser de no haber sido escritor, a lo que, antes de contestar, el novela escritor reaccionó levantando su rostro en busca de tomar aire que lo llenara de aspiraciones, masajeó con las manos su rostro como para desencantarse y contestó finalmente con un respingo de desahogo: "Siempre he deseado ser centro delantero de la selección mexicana de fútbol". El joven escritor quedó impávido y un tanto extrañado al ver la sobrada emoción que había causado su respuesta en el atolondrado conductor, quien de inmediato mandó a un corte comercial. Bastó ese breve espacio que la televisión ocupa en espera de salir de cuadro y entrar al espacio de patrocinadores, para ver esbozado en la cara del joven escritor el vació, el gesto de la incongruencia hecha pública.

—Entonces… ¿Qué hace escribiendo ese tarado? ¡Que se ponga a jugar fútbol!...

—Benja, de lo que en verdad nunca nos percatamos, o no queremos percatarnos hasta que ya estamos cerca de la muerte, es que en algún momento de nuestra mísera vida renunciamos a lo que queríamos ser, ya sea por cobardía o simplemente por los avatares que

nos depara la realidad. No sé, pero de una u otra forma lo vamos escondiendo o postergando.

—¡"Uno-no-es-lo-que-quie-re-si-no-lo-que-pue-de-ser"! —cantó Benjamín irónico la estrofa del éxito interpretado por José José en los años ochenta.

—¡No, no!... ¡Es que no, Benja! Tú, por ejemplo, ¿solamente quieres ser artista visual?... Yo no, yo también quiero escribir, leer hasta considerarme un verdadero lector, tocar un instrumento musical, seguir produciendo obra visual y, también, por qué no, sumar a éstas, aunque parezca imposible, la de ser un sencillo observador; un andante detenido en la contemplación del mundo… No sé, pero por una extraña razón siento que debemos desconfiar de la especialización, en el desempeño de una sola disciplina, a las limitaciones a las cuales nos ceñimos en cuanto nos montamos en la creencia del ser excelente. Siento que todo eso es una especie de engaño para que esa lógica impuesta "democráticamente" te tenga agarrado de los güevos y te sometan a su régimen de vida reduccionista. Ahora resulta que el que no logra especializarse o no guía todas sus energías en una sola materia de una u otra forma queda irremediablemente fuera de la posibilidad de obtener plata para vivir honrosamente, ya sea que su oficio sea el de pintor, médico, comerciante o recolector de basura. Mira, Benja, sin irme a fondo te digo ¿quieres consagrar toda tu vida en el desempeño de una sola cosa?..; si lo crees así ¡qué desperdicio! Puedo asegurarte que gran parte de esa falta de respeto e irreverencia que tenemos hacia nuestras obras y al arte actual en su conjunto proviene de ello, del momento en que se desvinculó el placer del trabajo, de cuando se nos empujó a admitirnos como un simple fragmento en el todo, de cuando se nos

vendió la idea de ser oficiosos practicantes de una sola cosa bajo la peregrina idea de trascender o ser, como pendejamente se dice, “algo en la vida”.

Apartado de su acostumbrada actitud sarcástica y evasiva, Benjamín alzó su tarro de cerveza para dar una sentencia final al parloteo de Cè:

—Por qué tomarlo tan en serio; da igual si te dedicas a una o muchas disciplinas… ¡Da igual! Por un lado, no hay en este momento una semántica en la cual confiar o me dé la gana seguir, y en segundo lugar, ¡mira el arte cómo está! ¡La sobrevaloración de la cual ha sido objeto como si fuera un vil articulo de lujo, no sabes de que forma me enardece! No sé tú, pero hay veces que me gana el descargar toda mi furia contra él, aunque realmente, bien sabemos los dos, que éste no es el verdadero culpable.

De vuelta al juego. El pie de Ortho logró pasar por entre mi par de pesadas y heridas piernas, acción con la que consiguió alejarme del esférico y dejarlo próximo a los pies de Benjamín, quien con gran intuición trató de construir una huida al primer instante en que tocó el balón, mas interpuse mi pie derecho para atajar de súbito su camino, lo que provocó un fuerte choque de nuestros empeine contra el balón. El esférico salió rechazado directo a estrellarse en la amplia frente de Ortho, el que no alcanzó a ofrecer reacción alguna debido a la velocidad que llevaba el esférico. El circunstancial impacto produjo un efecto de rotación en el balón, lo que influyó en su pausada flotación y retardada caída. Manuel, Aldo y el par de chicos aficionados al pensamiento salieron de la recámara en demanda de más tequila, en tanto que yo, al

acecho, mande mi pie derecho un paso atrás, pues bien sabía que el esférico se aproximaba descaradamente hacía mi. Sin dejarlo botar, desdoblé y lancé poderosamente mi pierna al frente consiguiendo impactar la esfera de cuero inflamada.

Todos los asistentes a la fiesta de inauguración del taller se quedaron en vilo, viendo viajar la esfera; cuanto más se acercaba a su destino, el clamor y grado de expectación por lo próximo a suceder iba en aumento. El balón fue a estrellarse contra los cuadros resultado de la deflagración: *Incendiar la casa del malvado* y *Fuego sordo,* sufrieron un derrumbe estrepitoso e implacable, como estrepitoso e implacable significó para la gran mayoría ver el derrumbe de dos objetos envueltos en esa aura de solemnidad que suele atribuirse a todo aquello que es considerado dentro de los terrenos del arte.

Entrada a la Segunda Parte

Bajo el sótano de un inmueble localizado en Park Slope, en Brooklyn, N. Y., se encontraba Cè entretenido o casi retenido por un joven corpulento, ataviado con indumentaria de marinero. Lampareado por la luces multicolores y centellantes ambientales de la fiesta, Cè apenas alcanzaba a ver a Romualdo, quien al otro extremo del sótano, justo a un lado de las luces centellantes, conversaba muy entretenidamente con *Morticia* y *Merlina*. Debido a su gran estatura, Romualdo parecía ser el padre guardián de esas dos pequeñas mocosas. Entre tanto, el fornido marinero proseguía reteniendo a Cè, quien ahora sabía que la terca retención se debía a que el marinero quería convencerlo de que su auténtico oficio era el de pintor "mas mis condiciones económicas, lamentablemente," justificaba el marinero, "me han arrastrado a desempeñarme como mesero, cocinero de comida texana y recientemente cadenero de un antro en la zona del Soho, en donde mi mayor orgullo", manifestaba gritando con tono de embriaguez y muy cerca de la oreja de Cè, "es haber pintado el gran portón de caoba de la entrada principal de ese antro donde actualmente laboro". La creación parecía ser un gran orgullo para el joven marinero, cosa que quiso dejar patente cuando declaró que lo había realizado bajo un estilo "irreverentemente *grafitero*".

—Soy oriundo de Jalisco… de Ajijic, Jalisco, para ser exacto —mencionó el marinero, dando con su mano un fuerte apretón al hombro de Cè, como para dejar constancia de su hombría, acercó aún más su boca a la oreja del fastidiado Cè y a gritos aún más atronadores le dijo:

—¿Sabes que uno de nuestros tres grandes muralistas hizo un trabajo similar en un portón de una iglesia allá por mi tierra?, sólo que en este momento no recuerdo cuál de los tres fue —se apartó tambaleante y dio un trago profundo a su cerveza.

—¡Ah… hmmm, no… no lo sabía! En alguna ocasión recuerdo haberlo escuchado —respondió Cè instalado en el fastidio y frunciendo el entrecejo, como fingiendo distraerse en disuadir el parpadeo de las luces con el propósito de visualizar a Romualdo, cuando lo que realmente pretendía era encubrir su conocimiento de aquel dato histórico, pues él bien sabía que ese artista no recordado por el ebrio marinero, cadenero, parrillero, chef, fisicoconstructivista y aprendiz de pintor había sido David Alfaro Siqueiros, mas el temor a parecer fuera de lugar en esa fiesta de artistas y creadores "contemporáneos" en territorio neoyorkino era de mayor preocupación para él que mostrarse verdaderamente instruido de esa parte de la historia del arte mexicano.

—Permíteme, voy por un trago —fue el pretexto con el que Cè tomó un respiro ante las necedades crecientes, por su grado de embriaguez, del fornido tapatío afincado en Nueva York. Esquivando su humanidad, se enfiló de frente a las estrambóticas luces ambientales de la fiesta y,

tal como lo hiciera un animal lampareado por su cazador, se engarrotó por un momento frente a ellas… No fue sino hasta que usó una de sus manos como visera cuando reactivó su andar hasta lograr llegar, con pasos vagos e imprecisos, a la mesa de bebidas. La escala le permitió dejar de lado las lámparas destellantes. *Sabotage* de Beastie Boys, intensifico el ambiente. Enfocó esforzadamente su vista para observar mejor lo que había en la mesa: vodka, bebidas preparadas y cerveza; prefirió esta última. Le dio un sorbo a la espuma de la superficie del vaso y retomó su paso a donde la hilera de luces multicolores persistía con sus destellos coloridos y en donde Romualdo se apostaba de espaldas y al costado de ellas, platicando, en lo que parecía ser una charla alegremente moderada con *Morticia* y *Merlina,* quienes en apariencia vestían los disfraces más esmerados de la fiesta, cosa que confirmó Cè cuando se encontró más próximo a ellas. Romualdo le presentó, sin aspaviento alguno, a *Morticia* y a *Merlina* como "unas compañeras de la maestría en arte", sin siquiera hacer referencia a sus nombres de pila, cosa que Romualdo acostumbraba hacer ante cualquier acto que pudiera aparentarle un mínimo de solemnidad, situación que a Cè le dio igual, pues él lo conocía y además se encontraba ocupado y a la espera de que sus ojos deslumbrados recobraran gradualmente su enfoque habitual. Conforme eso sucedía, fue examinando lo realmente característico de ese lugar; un sótano emplazado en un inmueble inmerso dentro de un conjunto de cuadras plagadas de añosas viviendas de estilo gótico victorianas, de fachadas donde el tabique rojo gobierna y cae irremediablemente en una monotonía costumbrista. Cè compenetrado en esta argucias deducía que seguramente esa atmósfera ayudaba a que los invitados tuvieran esa actitud un tanto liviana y

desenfadada respecto a la forma en que portaban sus disfraces en esa noche de *Hawolleen*, mas de inmediato reparó en su deliberación, rectificando que, lo que en verdad estaba pasando es que sus referentes mediáticos estaban saltando prestos y engañosos en busca de encontrar una interpretación posible de su entorno… Para Cè fue triste aceptarlo: *Los Herman Monsters* y *La Familia Addams,* programas mil veces trasmitidos por televisión en su infancia, ahora resultaban ser un limitado reflejo vivo de su discernimiento. Dentro de esta insulsa introspección, fue desvelando el papel que él y Romualdo representaban en ese lugar. Pronta y sorpresivamente cayó en la cuenta de que sólo el y Romualdo se encontraba desprovistos de disfraz, una sensación de desnudes recorrió sus cuerpos en esa noche de brujas, era más que evidente la forma en que se distinguían de entre todos los invitados a la fiesta. Avistándolo cínicamente, el par cruzó palabras, tragos y risas, con esa peculiar confianza y regodeo que les da a todos aquellos connacionales que coinciden en el extranjero y dan cuenta de su distingo idiosincrásico… Más entrados en copas, coincidieron en que bien podrían ser un par sobrepuesto en esa fiesta de ficción, y ya un tanto inadaptados, un dúo de aguafiestas desarraigados de esa hiperrealidad norteamericana. Continuaron bebiendo, observando, platicando, criticando sin apartarse de esa suerte de *código* de *distingo idiosincrásico*. Rieron, rieron mucho, con la fuerza odiosa de la carcajada cómplice y burlona, hasta incluso desplazar a *Morticia* y a *Merlina* e impedirles atravesar su *hábitat* excluyente y hermético, edificado a fuerza de soberbia y egolatría. Verlos gradualmente cómo se iban abandonando patéticamente a la embriaguez fue, más tarde, para

Morticia y *Merlina,* como una gratificación al haber soportado su altanería.

De tajo el silencio… *Biotech is Godzilla*de Sepultura, que hasta hacía unos momentos estaba sonando, fue interrumpida. Cesaron las luces intermitentes y encendieron unas bombillas de color neón, las habituales al sótano. Una chica ataviada con un muy desafortunado disfraz de árbol, quien parecía ser la anfitriona, gritó desde el quicio de la puerta de salida del sótano, primero en ingles después en español que era hora de ponerle fin a la fiesta, completando: “lo siento, pero en el vecindario el ruido está permitido sólo hasta las doce de la noche”.

Segunda Parte

VIAJE A LA INFANCIA PERPETUA

UNO

Subimos a la estancia de la casa, había una fila de espera conformada por todos los invitados la cual se dirigía a la puerta de salida de la vivienda. Romualdo cruzaba algunas palabras con *Morticia* y *Merlina*. En tanto la fila se hacía tediosa por la lentitud de su avance, apareció una joven de pelo largo y rubio disfrazada de enfermera, quien portaba una charola en su mano derecha, con la que fue recorriendo toda la fila con el fin de recoger, uno a uno, nuestros vasos de bebida. Conforme avanzaba, los fue depositando desordenadamente sobre la charola, a la vez que advertía a todos sobre la imposibilidad de salir a la calle con bebida embriagante alguna, pues "Eso le puede causar una infracción a la dueña de la casa". Con la dificultad de habla habitual para un borracho, Romualdo me informó que la tardanza en el avance de la fila se debía a que los invitados se estaban organizando en grupos de coincidencia territorial, pues afuera esperaban taxis para llevarnos a cada uno a nuestro destino. Asentí con un movimiento de cabeza taciturno, seguido de una mueca de pasmado enojo por el despojo al que había sido sometido por parte de la enfermera *quitabebidas*. La fila avanzaba ahora con más fluidez… No fue sino hasta dentro del taxi

donde me enteré de los integrantes de la fiesta que habían conformado mi grupo de "coincidencia territorial" (sinceramente no sé cómo Romualdo pudo integrar ese concepto lingüístico estando a esos niveles de embriaguez, pero bueno…). Al frente del auto quedó Romualdo, justo al lado de un taxista afroamericano de extrema corpulencia y cabeza calva, la que, al igual que la cabeza de Romualdo, rozaba el cielo del Lincold Town Car automático; en el asiento trasero, justo atrás de Romualdo, quedo Merlina seguida de Morticia, a quien, cuando le cedí el paso al auto con mi displicente ciniquez de macho disfrazada de caballerosidad, no tuvo alternativa más que acomodarse maltrecha en la parte central del asiento trasero; después, seguí yo, no sin antes estrechar la mano del ebrio marinero, cadenero, parrillero, chef, fisicoconstructivista y aprendiz de pintor, que inesperadamente unos segundos ante había palmeado mi hombro deseándome una muy feliz noche de brujas. Me introduje al taxi quedando de tras la mayúscula humanidad del conductor, junto a la ventanilla izquierda a medio cerrar y con la maltrecha Morticia a mi derecha. Con la procacidad característica del borracho, no aguardé ni cien metros de camino cuando ya estaba recargando mi cabeza sobre el hombro de Morticia.

—¡Eh, fucking crazy! —gritó al momento que retiraba con un manazo mi cabeza de su hombro.

—¡Solamente tengo sueño, no te voy a coger! —pronuncié con voz de ebrio.

—¡Sé lo que estás diciendo, mexicano, pinche macho! —masculló Morticia replegándose hacia su amiga y levantando su dedo índice en

señal de advertencia. Romualdo soltó una carcajada, advirtiéndome un tanto somnoliento por la embriaguez:

—¡Comprende el español, eh, cabrón! Cuidado, porque el conductor te puede bajar.

—Oye, por cierto, ¿a dónde nos lleva?

—A la universidad; ¿qué… quieres seguir bebiendo?

—Unas cervezas no estarían nada mal ¿Nos invitan? —pregunté dirigiéndome a Morticia y Merlina, quienes pusieron cara de repugnancia, pero cuando cruzaron miradas no pudieron contener la risa seguida de la mueca de quien ha escuchado un disparate. Durante un par de minutos, Romualdo entabló con ellas un diálogo discreto; parecía que estaban secreteándose algo frente a un desconocido.

—Ya ganaste, cabrón; dicen que nos invitan un paquete de cervezas en su dormitorio, pero me advierten que debes estar tranquilo; no te vayas a alocar.

—A, pues bien, bien; adelante ¿Viven lejos de aquí? —pregunté.

—En el mismo edificio de la universidad donde te hospedas —respondió Romualdo.

Acerqué mi cara a la ventanilla entreabierta, para que el aire revivificara mi condición; así permanecí todo el tiempo que duró el traslado.

DOS

De una u otra forma, conocía el lugar, pues era de las mismas dimensiones y disposición de espacios que el de Romualdo, pero cuatro pisos abajo. Un departamento común de estudiante: pequeña estancia-comedor, dos dormitorios, minúscula cocina y un baño pequeño al fondo, lo que conocemos en México como un departamento de interés social. Nos sentamos en torno a la mesa que servía de comedor en tanto Merlina nos fue repartiendo a cada uno una cerveza Duvel White label con 8.5% grados de alcohol. Nada mal, pensé, para reactivar ese estado de pereza que le da a uno cuando deja de beber la cebada por un lapso de tiempo. Le di un trago y me detuve en ese tiempo que se requiere para situarse dentro de un lugar nuevo o desconocido; recorrí la mirada e inevitablemente la detuve en el único cuadro colgado que existía en todas las paredes del departamento de nuestras anfitrionas. Puede llegar a ser lógico que existiera en todo el departamento sólo un cuadro, pues era un lugar destinado a ser ocupado tan sólo por el tiempo que les requiriesen sus estudios en esa universidad, y no toda una vida, como lo es la casa familiar, en la que uno acumula y acumula porquería y media, ya por decorar, ya por proyectar un estilo de vida, ya por intentar

apaciguar el rapto consumista del día. El cuadro llamó mucho más mi atención al cerciorarme del tipo de reproducción de que se trataba; realmente no pude evitarlo, pero sin esperarlo yo mismo disparé en automático un comentario que al escucharlo las dos disfrazadas inquilinas, respondieron con un estruendoso ¿What?, rematado con una expresión mezcla de extrañeza y enojo de Morticia.

—¿What's your problem, stupid?

—Bueno, de todo se enojan; hasta perece que son diseñadoras.

—Sí, ¿y qué?, ¿no te parece?; tú has de ser un artista *de compromiso.*

—Yo no tengo compromiso con nadie —después de un trago, seguí.

—¿En verdad les gusta lo que hace ese tipo? —Merlina hizo un guiño de repudio y se volteó a platicar con Romualdo. Morticia, por su parte, me siguió.

—Sí, sí me gusta; además no es diseñador; actualmente es el mejor artista contemporáneo vivo de Norteamérica, aunque no te parezca —esto último dicho al modo de una ofrendada fan al servicio del club del artista.

—Yo lo dudo; creo que es un magnífico diseñador industrial; eso ni hablar, pero de ahí a que sea un artista, nunca.

—No sé desde qué punto de vista lo digas. Tiene loco a todo Nueva York con sus obras.

—¿Comó te llamas?

—Karen, ¿y tú? Cè; ¿no? Romualdo ya me ha platicado algunas cosas sobre ti.

—¿Donde estudiaste español? Lo hablas bien.

—Mi mamá es argentina y mi papá es de los Ángeles.

—Hmmm… ¿Tú eres de allá?

—Sí, de California.

—Yo sigo pensando lo mismo, Karen: Koolsign es un farsante, pura forma, apariencia. Bueno, te lo permitiría si sus títulos dotaran a sus obras de un sentido conceptual o de contenido, pero: *Rojo, Azul, Índigo*… ¿Cómo? Pon una de sus obras como biombo en mi estancia, ¡por favor!... Ornamento, sólo un vulgar ornamento —Karen empezó a ponerse cómoda: desprendió las extensiones que hacían aún más largo su pelo negro y cambió las botas por un par de sandalias que fue hallar bajo la mesa.

—Es precisamente en la forma donde implícitamente sus obras hablan —escuché abstraído a Morticia, pues me encontraba compenetrado viendo el color de la piel de sus pies. No pude detener mi imaginación...

—Oye, Karen, ¿no tendrás otra cerveza? —cuando dejó su asiento para atender mi petición, fijé mi atención en el contorno de su delgada figura; el volumen de sus nalgas sobresalía del ceñido y largo vestido que la caracterizaba como la Morticia de La familia Addams. De regreso, me alcanzó la cerveza; el tono de mis dichos no pudo evitar tornarse terso, pero sin dejar de sojuzgar.

—Karen, y tú eres… ¿diseñadora gráfica? o ¿diseñadora de qué?

—Diseñadora industrial, pero también me gusta el arte.

—¿No estarás confundida? —le interrogué con acento de profesor en busca de proporcionar ayuda a una desvalida discípula.

—¡Ouch!... Sé muy bien diferenciar una cosa de otra —después le dio un largo trago a su cerveza hasta verle el fin. Ignorándome y jugueteando con la botella de cerveza se dirigió a Merlina y a Romualdo:

—Muchachos: ¿quieren otra?

—No, gracias —contestó Romualdo. —Yo mejor me retiro; tengo mucho trabajo mañana… Cè, creo que tú te quedas; acabas de abrir tu cerveza, ¿no?

—Sí… no sé, ¿puedo o me la llevo? —dejé la pregunta en el aire con la intención de que Karen la atrapara; después de un breve silencio, respondió:

—Yo sí voy a abrir otra; quédate, pero te advierto que no conseguirás cambiar mi parecer —me advirtió Karen con una mirada fija y sensualmente retadora.

—Bueno, hasta mañana —se despidió Romualdo, no sin antes advertirme: "Cè, si te corren de aquí, tienes llaves; recuerda: piso 14, puerta 148; no lo olvides. Aquí, si te ven deambulando por los pasillos te sacan y no vuelves a entrar."

—Muy bien, gracias por la advertencia; nos vemos más tarde —agradecí a Romualdo las indicaciones despidiéndome con un movimiento de mano, en tanto que con la otra levanté mi cerveza invitando a Karen a que fuera por otra para ella. De camino a su bebida, la detuvo Merlina (quien en realidad se llamaba Linda; bueno, ese fue el nombre que alcance a escuchar de boca de Karen en ese leve abordaje que le hizo su compañera de cuarto). Linda volteó a verme de reojo, secretearon por breves instantes, le dio un beso de buenas noches a Karen y, sin despedirse de mí, se retiró a su recámara.

TRES

No sé qué motivos tendría Linda para no despedirse de mí; desprecio, acaso, por estar a instantes de convertirme en, como suele decirse, "un plato de segunda mesa", o una distancia guardada como símbolo de fidelidad o pudor para lo que su amiga de cuarto había escogido como platillo o simple precaución para no dejar ni entreabierta la posibilidad de un *ménage à trios* esa noche... Creo que lo que en verdad pasaba era que no le simpaticé del todo. Recién llagando a esta conclusión, de súbito me interrumpí al ver cómo Karen se sentaba en una silla frente a mí. Cruzó su pierna derecha, abrió su cerveza, le dio un breve sorbo y saboreó. Las curvas que hacían sus muslos al ser aplastados contra el asiento me produjeron un furor, experiencia similar a la de cuando niño eres dejado solo por tus padres, en total libertad y acceso a lo siempre prohibido por ellos…

—Tú no estas aquí para discutir sobre arte o diseño, sobre sus fronteras o conjeturas; tú estás aquí porque, aunque no lo aceptes, te gusta apreciar la forma. Aseveró jocosamente Karen cuando realizaba un juguetón vaivén de sus caderas contra el asiento, a la vez que con su

índice dibujaba pequeños círculos frente a mi cara como queriendo escudriñar un embuste visible y prosiguió.

—Debes haberte dado cuenta de que he estado observándote desde que llegamos aquí —sonrió maliciosamente cambiando el cruce de pierna para después exhalar tranquilidad y proseguir —A ti que no te gusta la obra de Koolsign, vas a acabar rendido a ella esta noche; te lo aseguro.

—Ya lo veremos —di un trago calmo a mi cerveza y afirmé con la cabeza condescendiente con su aseveración. Pensé en lo obvio y me decidí a abordar los linderos de su terreno. —Confieso que en este momento me interesa más apreciar la forma.

—¿Podríamos decir que el contenido no te importa? —acotó Karen, en el momento en que se puso de pie y caminó hacia mí. Parada a mi lado izquierdo, extendió su brazo para proponerme chocar nuestras bebidas y continúo la retórica sobre *el contenido y la forma*.

— ¿No lo entiendes? está implícito; ven y tal vez te quede claro —me invitó a dejar mi asiento y la seguí en total obediencia, sin dejar de mirarla ni un momento y divagar en lo excitante que podría ser enrollar su ceñido y largo vestido sobre su delgado y níveo cuerpo... Me ofreció el paso a su recámara, lo cual acepté y ella me siguió. Una vez adentro, cerró la puerta y se dio media vuelta para recargarse en ella. Me observó contenida en una instantánea y sugerente sonrisa. Con la flexibilidad propia de una bailarina, dobló su torso, cruzo sus brazos hasta que sus manos alcanzaron el nivel de sus tobillos, sujetó la bastilla de su entallado vestido y, conforme se enderezaba, fue desenfundando su cuerpo del disfraz hasta dejarlo plegado al nivel de su cintura.

—Mira… ahora sí, dime ¿Te gusta la forma o el contenido?

—No puedo decir que no me guste la forma, más aún cuando tú sabes de qué forma le estás poniendo contenido al momento —le contesté envilecido, estúpidamente sumergido en la obviedad, pues mis ojos no encontraron otra salida que quedar sujetos a la minúscula prenda negra que delineaba y destacaba su pubis. En el ambiente quedó un aroma, mezcla de desnudez y artificial perfume ligero. Me acerqué hasta las inmediaciones que irradia calor una piel. De prisa puso la palma de su mano frente a sus labios delineados de azul profundo; con sus ojos fijos a los míos, volteó la palma de su mano para repetir la acción contra mi boca; señal de que no permitiría un solo beso francés en el transcurso de la noche. Avisado, no tuve más remedio que dirigir mi boca a su delgado cuello, al mismo tiempo que mis manos empezaron a reconocer volúmenes y rincones de su cuerpo. Percibí inmovilidad en Karen, parecía querer comprobar certidumbre de su futuro poseedor, pues la inmovilidad acabó en cuanto su mano experta desabrochó los botones de la bragueta de mi pantalón para proseguir, vivaz, por entre los dobleces de mi trusa… En instantes sentí cómo su delgada mano se llenaba de ansia. En cuanto lo atrapó, quedó despreocupada y hasta cariñosa, cosa que le correspondí apretando y acariciando, con mis dedos, su vulva por sobre su satinada tanga.

CUATRO

Nos fuimos acercando al filo de la cama, se puso en cuclillas frente a mí para mirarlo y cerciorarse de su buena salud… Después, lo atrapó tiernamente entre sus manos para darle un delicado beso de aprobación. Se incorporó dándome la espalda y, como un acto premeditado, puso a jugar mi falo entre sus nalgas, cosa que aproveché en tanto mis manos continuaban acariciando su vulva por sobre su tanga… Pronto, me percaté de que el lubricante había empapado el satín. Karen dio vuelta, me sujetó del brazo y con un leve movimiento me informó que era hora de acostarnos. Me dejé caer junto con ella sobre el colchón. Ya con Morticia encima de mí, propuso conducir, en principio, la ceremonia. Sin perder la actitud impersonal que había adoptado desde que entró a la recámara, apoyó su pecho contra el mío, levantó ligeramente su cadera, metió sus dos manos entre nuestros pubis y, mientras con una hizo a un lado la tela de su tanga, con la otra amansó mi pene para colocarlo y conseguir la penetración. Cual elemento pasivo en el acto, sólo me ocupé de no perder de vista ni un solo detalle, ya que en ese momento mi tarea consistía en mantener mi pene erecto y, de vez en vez, levantar, mover rítmicamente mi cadera, en relación con la de ella, estrujar y

abofetear de vez en cuando sus nalgas. En aproximadamente tres minutos consiguió su primer orgasmo. Se recostó al lado mío un poco extenuada pero con ganas de seguir. Me incorporé para quitarle la tanga y el vestido de su disfraz que ahora estaba enrollado a la altura de sus axilas; por mi parte, me quité pantalón y camisa. Me acerqué a mirar su vagina con morbo, la besé; después, pasé mi lengua por entre sus ingles, sus nalgas y seguí con lo mismo en la parte interna de sus pálidas piernas durante un par de minutos. Me acomodé sosegado y en firme para ponerme en acción con la de *misionero*… La penetré, di inicio al ir y venir habitual del placer. Sus minúsculas tetas bailaban al ritmo de la operación; por un instante levanté mi vista y me cercioré de que había frente a mí un gran ventanal desprovisto de persianas, lo cual no me preocupó, pues al estar en el décimo piso y sin edificio enfrente, no existía peligro de mirón alguno… Hastiado muy pronto por la monotonía de la mecánica del acto (pues realmente nunca ha sido de mi agrado la de *misionero*), me interesó saber qué vista sería la que ofrecía aquel ventanal. Esto lo pensé al presentir que ello sería un buen engaño mental para postergar mi eyaculación y, en una de ésas, para intentar enfriar a tiempo la naciente ferocidad que iba en aumento en cuanto inicié a reparar en lo poco congruente que podía tener la escena, pues me encontraba compartiendo fluidos con una fiel admiradora de Koolsign…

No pude evitarlo, pero cuando menos pensé, ya estaba trepado entre una competencia por aguantar más que Karen y, a la vez, sintiéndome como el tirano que somete a la persona que se atreve a pensar diferente a el, por lo que el tener acceso al paisaje que proporcionaba el ventanal

se convirtió en una situación apremiante, si es que mi intención era poner un alto a aquella ira repentina asomada por la incongruencia. Midiendo proporciones, me quedó claro que sólo levantándome de la cama podría conseguir esa vista. Calculé que sólo podría lograrlo si la convencía de ponerse sobre su lecho en cuatro puntos. En cuanto percibí mayor compenetración por parte de la partidaria del *arte utilitario*, me paré y le propuse, con un leve envite sobre su pierna, que se volteara boca abajo para proseguir en la batalla, a lo cual accedió para suerte mía; claro, sin dejar de soltar un *"¡Pinche mexicano… aprecia la forma y acaba de una vez"!* Karen en cuatro puntos prosiguió, entre jadeo y jadeo, diciendo: *"¡Ya no aguantas… déjate correr pequeño!"* Tal reto me provocó una sobreexcitación incontenible. Le agarré y estrujé fuertemente sus caderas para acercar su orificio y tenerlo a modo para lo que venía… Me acomodé y conseguí penetrarla hasta la base misma de mi miembro, a lo que reaccionó con un gemido dolorosamente placentero… No podía más, no creí poder contener la sobreexcitación que provocó su reto; mi cerebro se saturaba con la vista de la bella forma de sus nalgas blancas y precisas, así como por la respuesta que mostraban los músculos de su espalda baja al rudo trabajo sometido. Sostuve de los hombros a la *designer* para poder realizar una penetración más sostenida y profunda, cosa que me ayudó para obtener un poco de control en mi frenesí. Al sentirme con mando y más control de la situación, alcé la vista, quité mis manos de sus hombros y pude contemplar al fin el paisaje externo que ofrecía el gran ventanal.

CINCO

Una solitaria, desolada e inanimada cancha de básquetbol. "¿Cómo puede ser?" Una cancha de baloncesto sumergida dentro de una noche de neblina ligera, apenas iluminada por dos reflectores de luz amarilla dirigidos justo al círculo central… Sujeté tiernamente sus caderas, me di tiempo para recorrer su recámara con la vista… aspiré profundo y regresé a atender el llamado hecho por lo enmarcado en el ventanal; a prestar atención a un instinto remoto y enraizado: *"Sus trazos y linderos aguardaban al acecho de cualquier jugador resuelto a la competencia*", pensé de forma espontánea. Sin proponérmelo, subí mi pie derecho en el colchón y de esta forma intentar agazapar el trasero de Karen con la escuadra que se hace al subir y flexionar la rodilla; realmente esta postura me dio mejor vista a la cancha, así como una más dócil penetración al compás del desenvuelto movimiento que apenas se animaba a realizar la diseñadora. Con la vista del gran ventanal como primer plano, conseguí gradualmente enfriarme y bajar la cadencia a una categoría similar a la experimentada cuando uno se toma todo el tiempo para dar un lento y plácido paladeo a un suculento postre…

Para bien o para mal, fue en ese intervalo gustativo, aunado a la preferente vista que tenía de la cancha de básquetbol, cuando una suerte de socavón profundo e hipnótico se fue expandiendo en un lugar incierto de mi memoria. Mi vista detenida en un socavón negro y dilatante que en instantes nublo toda mis vista. Así, de esa forma, fui sumergido en un viaje por recuerdos y pasajes de infancia vinculados con el básquetbol; mil sensaciones y reminiscencias de una época que uno bien sabe nunca recuperará, se fueron agolpando presurosas dentro de mi cabeza. Sorpresivamente la actitud de Karen cambió; era como si su culo hubiera tomado vida propia; podría jurar que sus movimientos iban más rápido que su cerebro. Ardua y feroz, iba y venía anatómicamente experta de lo que tenía en su retaguardia. Los choques entre sus nalgas y mi pelvis; resonaban en toda la habitación. Mi viaje de recuerdos y pasajes unidos al básquetbol, de triunfos y derrotas, de cientos de horas de infancias perdida por el niño basquetbolista que fui, consiguieron apartarme de Karen y alterar mi cordura. Mi pene empezó a ser flácido en tanto mis ojos permanecían inmersos observando sin ver el paisaje externo. Pensé "*Tengo que poner un alto a mi cabeza, dejar el esfuerzo por descifrar lo que pueda existir de tras de la ahora enigmática cancha de básquetbol*". Esforzándome por mantener la erección, escuché a Karen decirme extenuada y con interrupciones entrecortas a cada arremetida que le daba *"el-dis-cur-so-pue-de-ir-se-a-la-mier-da… ve… lo-que-tie-nes-fren-te-a-ti…", "¡no-po-drás-con-tra-ello!"* Bajé el pie del colchón para tratar de recuperar la postura original y poder sacar de mi vista el paisaje tras el ventanal; ►intuí que sólo así podría mantener la erección. Paré un momento el vaivén característico del placer, determinante dije para mis adentros: *"Viene el final… Éste*

no es el momento para discurrir o profundizar en mis marcajes de infancia… Será meritorio concentrar todos mis sentidos en el pedestal de alto diseño, vivo y latente que tengo frente a mí"

Esto último, confieso, lo imaginé lleno de sorna, socarrón en contra de mi postura de supuesto *juicioso del arte*. Karen volteó a verme como pidiendo suplicio. Observé que su cara era otra: lacia y afilada; tenía tenues ojeras y ahora el lápiz labial de sus labios, color azul profundo, se encontraba corrido. Tal parecía que su boca estuviera desplazada de lugar. Con una risa contenida y cansado, al igual que Karen, conecté todos mis sentidos en lo esencialmente primitivo; repasando una que otra referencia pornográfica recopilada a través de los años... Terminé, me dejé caer boca abajo sobre la cama, a un costado de Karen; tomé aliento y no pude dejar de escapar entre dientes una sentencia que tenía las intensiones de disipar un dejo de autorreprobación: "*Toda creación es inminentemente política, aunque no se lo proponga ni el mismo Koolsing*".

SEIS

Después del descanso postcoital, ése que lleva regularmente al sueño, me desperté calculador intentando no perturbar el sueño de Karen. Salí de la recámara con la firme idea de dejar el lugar lo más pronto posible. Sin encender luz alguna y en la búsqueda de la puerta de salida, de forma involuntaria me encontré dentro de la cocina. Abrí el refrigerador y miré que había una última cerveza; la agarre y la abrí para darle un largo trago; antes de cerrar el refrigerador aproveché su luz para situar el camino de salida. Fuera del departamento de Karen y Linda, me sentí afortunado al ver que los elevadores estaban frente a mí; pinché el botón de subir y de inmediato se abrieron las puertas. Salí en el piso 14 donde debía dirigirme a la puerta número 148, la que se encontraba casi al final del pasillo. Di un trago a mi cerveza, caminé un par de pasos y casi choco con el guardia del lugar. Fue raro, pero por un momento creí que era el conductor del taxi.

—Heloow, Where you are going? —me preguntó entre gentil e inquisidor.

—Room I… —se me perdieron los números en inglés.

—Drinking is prohibited here, do you know?

—Okey, okey; sorry… room 148 —le contesté desfachatado.

—You are not a student; who visit? —extendió su mano para que le mostrara la llave de la habitación.

—Okey, not a student? —me replicó.

—No. I'm away?, —y me custodió hasta la puerta de la habitación… Me ayudó a abrir y me conminó.

—This will cause a infringement to friends —le arrebaté la llave y entré directo a la recámara donde mi generoso anfitrión, Romualdo, días atrás me había dispuesto una colchoneta y edredón para conciliar dulces sueños. Di fin a mi cerveza y me dispuse a dormir sin percibir un solo ruido de mi amigo.

SIETE

Me despertaron unas nauseas y un dolor insoportable de cabeza; me puse en pie y me dirigí como pude al cuarto de baño. Caí de rodillas frente al retrete y me dispuse a sacar todo el mal; me sentí un tanto mejor. Aprovechando que estaba en ese lugar, me desvestí para darme un duchazo; Salí del baño vestido con la misma ropa del día anterior; observé el despertador digital que se encontraba encima del buró junto al lado izquierdo de la cama donde permanecía dormido Romualdo. Marcaba las 5:23 a.m., lo que me hizo suponer que faltaba poco para que aparecieran los primeros rayos de sol. Cogí mi mochila decidido a emprender mi quinto día de caminata al extravío en la Gran Manzana… Siempre tomaba camino por la calle Myrtle para atravesar el Puente de Brooklyn y llegar al bajo Manhattatan. De ahí, un tanto ayudado por el mapa que portaba en mi mochila, y otro tanto descartando los caminos tomados los cuatro días anteriores (primer día, por Broadway hasta llegar al Metropolitan Museum; segundo día, por la 6 avenida hasta llegar al Museo de Arte Moderno; tercer día, por Lafayett hasta llegar al Guggenheim Museum; cuarto día, por Bowery con destino al Museo del Barrio), decidí ahora ir en libre zigzagueo hasta llegar a las

inmediaciones del barrio del Soho, donde pensé sería sosegado visitar todas las galerías de arte que se aparecieran en mi camino. Como gran glotón que soy de imágenes, no me cansé de consumir y distraer mi vista con cualquier tipo de símbolo, imagen u objeto, los cuales parecen más de los que uno está acostumbrado a observar cuando discurre por caminos habituales. Se podría decir que entre calles, salas de museo y galerías de arte, no tuve distingo alguno como observante. Salta a mi mente, como últimamente se me ha vuelto realmente insoportable, esa actitud que se adquiere en cuanto se atraviesa el umbral de un museo o galería: ahí estamos, yendo y viniendo, irguiendo el torso más de lo acostumbrado, sobreactuando una pose como de sabios contempladores, cuando lo que en verdad queda de manifiesto es que esa actitud no es más que una coraza para no dejar constancia a nuestro alrededor de que no se tiene entendimiento absoluto sobre lo observado, y esto puede que no sea culpa solamente del espectador, sino del artista que actualmente gusta de no dar muecas ni señales específicas en sus obras, pues dicen: "no quieren relación alguna con el dominio de lo 'político', las convenciones sociales ni lo 'mercantil'," de ahí su subversión. ¿Qué parte es la que hará algo al respecto?

Cayó la tarde, me introduje en el subway de regreso a donde Romualdo. Bajé en la estación Classons y a media cuadra me detuve a comprar una rebanada de pizza. Viré a la derecha para seguir; después de dos cuadras llegué al carrito ambulante donde un rubio de bigote abultado y gorra de lo Yankees de New York vendía hotdogs; pedí uno con "everything" y un refresco de lata. El tiempo de su preparación fue justo el mismo que me tomó terminar con la rebanada de pizza. Ya con

mi hotdog en la mano, proseguí mi camino. Doblé en Myrtle para pasar frente al supermercado, justo a un lado de una de las puertas del campus universitario. La atravesé y fui directamente a la entrada del edificio de dormitorios.

La infracción de la cual me habló el corpulento vigilante, ése que confundí con el taxista y con el que choqué en el pasillo cuando me dirigía a la recámara de Romualdo, se había hecho efectiva. Al intentar entrar al edificio como en pasados días lo había hecho, en el momento de nombrar el numero de habitaron a la que me dirigía fui parado en seco por la guardia en turno, la que en un inglés entonado hacia lo latino me dijo rijosamente: "*You can not go to the place even until the responble for bedroom*". Enojado y ofendido me fui a sentar al filo de la zanca de la escalera que se encontraba justo enfrente del edificio para continuar comiendo lo que me faltaba de hotdog y en espera de mi amigo Romualdo… Pasaron los minutos, terminé mi hotdog y mi bebida. Mi amigo no llegaba. Seguí esperando… Entretenido en ver pasar al estudiantado, miré caminando frente a mí a Merlina, o a Linda, o como se llame; al percatarse de mi presencia, gesticuló en su rostro un rechazo, como si en su camino se le hubiera aparecido un pestilente cesto de basura, lo que sólo me causó risa. Guíe mi vista hacia otro lugar. Me distraje; un tanto indiferente, un tanto, lo confieso, con perturbada curiosidad, en un par de jugadores de baloncesto que jugaban precisamente en esa cancha por la cual había sido desequilibrado en la pasada madrugada cuando me encontraba entre el 'contenido' y las formas de Karen. Estaba a unos treinta metros de donde me encontraba sentado. Aun con la renuencia de mis raptos involuntarios, la curiosidad me fue acercando hasta que, sin preverlo, ya

me encontraba sentando en una banca de concreto destinada a los espectadores casuales. Al parecer estaban jugando un *treinta y dos*, pues a cada que encestaba uno de ellos, reiniciaban el juego sacando por la banda. Uno era afroamericano y el otro caucásico, tal vez dos o tres años más jóvenes que yo. Después de tres encestes continuos de media distancia, encestado por el afroamericano, dieron por finalizado el juego. ►Ceremoniosos y cordiales se dieron la mano y chocaron sus torsos en señal de despedida. El caucásico dejo la cancha en tanto que el afroamericano continuó jugando sin distracción alguna, como si para él no hubiera terminado el encuentro; ensayando tiros, movimientos y tácticas con el balón. Un segundo antes de tomar velocidad para consolidar una entrada hasta la línea de fondo, me observó con el rabillo del ojo; la pelota rebotó en el aro y llegó muy cerca de donde me encontraba sentado. Sin dejar que el balón quedara inmóvil, corrió veloz hacia él para reanimarlo con un ágil boteo. Ahora de frente a mí, y como único intermediario entre los dos la maya ciclónica que cercaba la cancha, el afroamericano me lanzó una pregunta.

—¿You play? —a lo que reaccioné con un mueca de indecisión. Él me insistió inquiriéndome que empezara sólo por hacer unos encestes. Abrió la puerta de la reja y en pose de mayordomo del lugar, pues se quedó estático y sosteniendo el balón como se sostiene la charola con el servicio, me invitó a pasar.

—¡Okey! —tomé camino hacia la puerta y lancé una advertencia, no tanto para él sino para mí. —haber en que condiciones me encuentro.

"*My name is John"; "el mío Cè*", le respondí. Di dos o tres botes al balón como para introducirme a la semántica del juego, y al filo de la línea del tiro de tres lancé relajadamente el balón por primera vez, sólo con el propósito de registrar distancias motrices (*procesos cognitivos superiores*, les llaman los neurólogos). El balón llegó perfecto; sólo rasgó la red. —¡Wuauuu, very good! —Grito John—. Seguimos por cuatro o cinco minutos ensayando encestes, mismos en los que cruzamos pormenores habituales a las personas que se están conociendo: él supo que yo era mexicano; yo, que él era del barrio de Queen's. Luego me propuso con un ajado español que iniciáramos a jugar un *treinta y dos*. *"¡Ok!"* Acepté, lanzándole el balón a la altura de su pecho como reforzando mi respuesta.

OCHO

Jonh abrió el partido. Aprovechando mi displicente defensa, me sobrepasó veloz para concretar la fuga con una engolosinada entrada. Marcador: Jonh 2 – Cè 0. Se dirigió a sacar del otro lado de la cancha hasta donde me dirigí pausado y con el mismo grado de displicencia. Lo enfrenté sólo para que no pudiera tomar una vía de entrada fácil al área restringida. Con un giro rápido y ágil en el que eligió como pivote el pie contrario con el que amenazaba huir, viró hacía las afueras del área de tiro libre. Reaccioné intuitivo, con un desplazamiento que lo llevó fuera de la línea de tres puntos, por lo que Jonh hizo un alto, enderezó el tronco, tomó un poco de distancia con respecto a mi defensa y se dispuso a botar la pelota de un lado a otro. Noté cómo miraba fijo el aro por sobre mi estatura; John me sobrepasaba por lo menos una cabeza, cálculo que me hizo decidir respecto a mi estrategia defensiva (cuanto más lejos lo mantenga de la zona restringida y de la disputa de rebotes, será mejor. En cuanto a mi estrategia ofensiva, decidí que sería con base en tiros de distancia). Interioricé con fluido discernimiento; un viejo rasgo en mi memoria sustentaba la confianza de mis decisiones.

Perfiló su ofensiva por mi lado izquierdo, a lo que respondí con un leve desplazamiento de mi pierna en esa misma dirección, en tanto mi mano intentó interponerse al control del balón; lo rocé; conseguí momentáneamente parar su intento, pues de inmediato pudo controlar de nueva cuanta el balón e iniciar en el momento que rehacía mi defensa. Se alzó del concreto y con un sobreestilizado muñequeo de su mano disparó. El balón viajó con la mínima parábola necesaria, pegó bruscamente en la parte trasera del aro consiguiendo traspasarlo. Marcador: Jonh 4 - Cè 0.

Mi sentido competitivo empezó a salir a flote, como si mi pasado deportivo estuviera estableciendo contacto con el presente; no pude más que intentar tomarlo a la ligera, pues supuse que eso ya no encajaba conmigo, mas a cada enceste propinado por mi contrincante ese sentido de competencia se fue robusteciendo hasta tornase insostenible… Marcador: John 8 – Cè 0. Al ver el afroamericano que yo empezaba a mostrar signos de debilidad, le dio por el escarnio. Tiró certero a distancia; encarándome con mueca de cínico sarcasmo, aseguró que había sido un tiro de tres cuando claramente lo había realizado dentro del área de dos puntos. Siempre he pensado que cuando alguien recurre a la trampa o al engaño es un débil mental con grandes problemas para enfrentar al límite las adversidades, por lo que creo que es conveniente ponerle un alto a su medida en el momento oportuno. Estaba pensando esto cuando le lancé el balón en forma de reto y como aceptando haberme tragado su trampa. Marcador: Jonh 11 – Cè 0. Empezó a proyectar atisbos de mofa al momento de botar el balón. Apreté mi defensa; el afroamericano respondió dando un giro veloz y exponiendo

demasiado el esférico, lo que aproveché para darle un manazo, propiciando saliera disparado hacia el lado contrario a la inercia que llevaba mi contrincante. Corrí tras él, lo obtuve; tomé de esta forma el control del juego.

Ahora, en propiedad del balón, sentí como fue ascendiendo, hasta percibirlo conformado por completo, mi sentido de competencia; fue como si a partir de ese momento me hubiera transformado en toda una estrella del baloncesto; movimientos, gesticulaciones y sorprendentes pericias dieron cuenta de ello. Me acerqué a la línea de tres cuanto pude, pues la defensa de Jonh era extremadamente rígida para tratarse de un juego callejero. Burlé con escapar hasta la línea final; mi contrincante tragó el anzuelo, lo que me impulsó para alzarme del asfalto seguro de lo que hacía; disparé una elipse de gran elevación; su semieje menor llegó casi a interferir con los ases de luz que apenas empezaban a emitir los reflectores. John, con un ímpetu desmedido, intentó tapar mi tiro logrando sólo empujarme y desbalancearme cuando todavía me encontraba en el aire. Cuando caí al suelo, el balón cruzaba la meta sin tocar el aro; me puse de pie al instante para marcar el *fault y cuenta* obteniendo una aceptación en silencio por parte del infractor. Con toda calma y reconstituyendo un ritual de mi pasado, marqué con éxito el punto extra sobre la línea de tiro libre. Marcador: Jonh 11 – Cè 4. ***Estaba dentro del juego***…

NUEVE

Regina, madre de Cè, provenía de una familia de productores de cigarros a pequeña escala, los que comerciaban en una miscelánea localizada en un apartado poblado del estado de Michoacán, provincia mexicana; la tiendita era atendida por su madre y descapitalizada por su padre a cada que le daba rienda suelta a su extravió: el pulque. Muy pronto el vicio lo llevaría a quebrar el negocio, por lo que a los cuatro años de edad, Regina migra, junto con sus dos hermanas y sus padres, a la ciudad de México. La ciudad les dota de trabajo sin garantías sociales ni patrimoniales, pero sí de un patrón explotador, de esos que saben muy bien enganchar al asalariado con las migajas del sebo monetario. Las tres hermanas, en labores de costura y maquila de ropa; el padre, de velador en una pensión de automóviles, y la madre, abuela de Cè, en actividades domésticas dentro de un pequeño cuarto de vecindad ubicado en el barrio de Tepito, mismo barrio en donde vivía la familia de Mauricio, padre de Cè. Mauricio fue el primogénito en una familia integrada por trece hermanos: siete varones y seis mujeres. Grandes rasgos de su formación fueron proveídos a costa de las contingencias comunes de ese código de costumbres que

constituye un barrio bravo como el de Tepito, en el que los pactos y batallas habituales dictan el diario devenir, y al que Mauricio se vio aún más expuesto después de que a la edad de 17 años sobreviniera el repentino fallecimiento de su padre. Mauricio tuvo que adoptar, de forma prematura, el puesto del adulto proveedor, sustituyendo de inmediato a su padre en el trabajo que éste venía desempeñando hasta antes de su muerte. Al regresar del trabajo a casa, Mauricio debía atender los desafíos que a su familia le deparaba el barrio. Cualquier amenaza o falta de respeto inferido a lo largo del día en contra de algún miembro de su familia, debía enfrentarlo esa misma tarde al mismo nivel de agravio o, de ser preciso, de una forma más violenta e implacable. Pronto intuyó que mantener esa actitud en contra de los pendencieros sería no solo la adecuada, sino la única forma con la que podría ir acumulando precedentes de respeto y notoriedad en las calles. Sorpresivamente y con singular regocijo, en poco tiempo Mauricio estaría dando cuenta de sus actitudes boxísticas al barrio que lo vio nacer. Pleito que afrontaba, pendenciero que derribaba o se daba por vencido. En poco tiempo su expediente de púgil callejero lo estaría etiquetando invicto para admiración de todos. En las inmediaciones se hablaba de un muchacho que tenía un aguante férreo que daba susto y un *punch* destructor con el puño derecho. Su característica, decían, consistía en minar al contrincante a base de golpes al cuerpo; si el contrincante se le presentaba difícil de vencer. A los marrulleros y que no presentaban problema alguno sólo esperaba paciente el momento para incrustarles su puño derecho directo a la mandíbula.

La similitud en los gustos musicales hizo que Regina y Mauricio coincidieran justo afuera de la casona donde ensayaba el conjunto tropical La Sonora Santanera. Los asiduos al lugar no desaprovechaban la música que salía de la casona para ensayar sus mejores pasos de baile sobre la acera o, al menos, atentos a escuchar los nuevos montajes y melodías del grupo originario del lugar. Después de algún tiempo de noviazgo, en el que el baile fue el catalizador de su idilio, contrajeron nupcias y mudaron su lugar de residencia a un viejo departamento de la colonia San Rafael, donde procrearon una mujer y cuatro hombres, el último de los cuales fue Cè, quien a los cuatro años de edad fue inscrito a la práctica del básquetbol: de lunes a viernes, por las mañanas a pre-primaria; de las dos a las cuatro de la tarde, a la práctica del deporte, y los sábados y domingos a entablar juegos de práctica o de torneos. Muy a menudo estos horarios se extendían hasta por dos horas más, pues sus hermanos, al ser de una categoría mayor, le proseguían en el turno al entrenamiento, tiempo extraordinario que Cè aprovechaba para jugar a encestar. Esta rutina duró ocho años de su infancia, periodo en el que Cè nunca descifró de dónde le provenía a sus padres tanta disciplina e importancia por el deporte y en qué lugar se encontraba la disparidad de gusto con respecto a sus hermanos, pues ellos, a diferencia de él, sí encontraron un gusto, y hasta podría decirse que un regocijo por la práctica del baloncesto.

A los siete años, sin proponérselo, Cè ya era un prodigio del básquetbol. —Así como el niño que plantan frente a un piano a los cuatro años y a los seis es un estupendo intérprete del instrumento, así

Cè, pero en el mundo del baloncesto— (se podrá estar a favor o en contra de este ejemplo, pero a Cè siempre le ha gustado tenerlo en mente, no tanto como una comprobación científica de su caso en específico, sino al parecer tan sólo como una fórmula poco compleja para, según él, entender y aclarar su vida). A los siete años de edad fue seleccionado para integrar la selección mexicana infantil para niños de nueve años, y a los ocho su divertimiento era encestar la pelota desde media cancha, pues desde un lugar más cercano le parecía aburrido. En juegos de campeonato, las gradas de los gimnasios se llenaban de aficionados emocionados por ver al niño fenómeno. Los chicos de otros equipos no hallaban el momento de confrontarse con él, ya para descargar su envidia cometiéndole una falta tras otra, ya para mostrar ante sus padres lo bien que podían igualarse o medirse con Cè. Entre tanto, los niños pertenecientes a su equipo se aligeraban al trasladar toda la responsabilidad del juego en él. "Responsabilidad", eso fue lo primero que hizo mella en la incipiente vida de Cè. Nunca lo dijo, pero así fue. Todo inició cuando sintió por primera vez, postrado en su cama, el primer ataque de angustia y nerviosismo en espera de ver pasar la noche antes de un partido de campeonato; luego esto se haría cotidiano, pues se presentaría en los minutos anteriores al entrenamiento diario y, con el paso del tiempo, se acentuarían apareciendo hasta en las tareas o momentos más ordinarios de su impúber vida, cosa que llego al límite cuando a sus padres se les ocurrió invitar a toda la familia a ver jugar a aquel niño genio que no tenía ni pizca de gusto por serlo.

—La continua e incesante ejercitación dentro de cualquier disciplina hace que el infante concluya siendo involuntariamente, en la mayoría de los casos, un niño sobresaliente y, no pocas veces, un genio de esa imposición— (Otra cita a ciegas de Cè).

DIEZ

Una tarde de otoño le bastó para hacer luz al origen de su aflicción. La maestra del sexto grado de primaria les ordeno realizaran como tarea en equipo una maqueta sobre la célula, por lo que faltar al entrenamiento fue justificado. Esa tarde libre de la práctica del baloncesto inició cuando tres de sus compañeros de escuela: Darío, Julio y Yuri, tocaron a la puerta de su casa. En cuanto Cè salió a la calle a encontrarlos sintió una extraña reprobación. La tarde tenía un tinte solar nunca antes apreciado por él, una visión tal vez influida de la culpa por el quebranto de lo rutinario, de la aventura que le representaba tomar una ruta distinta a la acostumbrada o, tal vez simplemente por encontrase pleno ante la bóveda celeste en lugar del acostumbrado techo laminado plagado de lámparas de luz artificial habituales al gimnasio de prácticas.

Mantuvo un silencio como asimilando el momento, en tanto sus tres compañeros de aula, platicaban de temas que nunca antes les había escuchado en horario de clases mientras caminaban con rumbo a la casa de Noé: de cómo Darío le había ganado en el frontón a Julio el otro día;

de la vez que terminaron tomándose un refresco después de una corretiza que les había puesto el *Yofo*, un perro propiedad de Saúl, compañero de clase que todos odiaban; y de la vez en que se fueron a tumbar al pasto del parque cercano a la colonia sólo para disfrutar de la tarde bebiendo un refresco. Qué felicidad despertaba en ellos recordar aquello, pensó Cè. Julio lo invitó a ir algún día al parque; supuso que la invitación sería una buena forma para que Cè se sintiera integrado al grupo esa tarde. Llegando a casa de Noé, su madre los invitó a comer unas tostadas de tinga que estaba precisamente preparando en ese instante. Con la panza llena, Noé, Darío, Julio, Yuri y Cè decidieron ir por el material necesario para realizar la maqueta. Camino a la papelería, cruzaron por el camellón donde desde hacía como un año y medio se encontraba unos armatostes encallados entre tierra y pasto crecido en torno a sus límites, varios *campers* hechizos de lámina vieja y oxidada, bloques maltrechos habilitados como juegos de feria.

"¿Vamos al juego de canicas?", preguntó animoso Yuri. Todos sabían que ese juego era el lugar donde regularmente trabajaba Oliver, otro amigo de su clase que había ingresado a la escuela cuando su padre, dueño de los armatostes encallados, decidió que ése sería un buen lugar para probar suerte con el negocio. Sin pensarlo dos veces, todos se dirigieron muy contentos al lugar donde Oliver trabajaba. Ahí estaba, tras los tableros de ensartar canicas, y a su espalda el cúmulo de juguetes listos para ser entregados como premio. Lo saludaron; después los dejó jugar imaginándose lo que podían ganar en premios si los tiros fueran pagados. Al cabo de un rato, Noé y Julio le preguntaron por su prima Armandina, a lo que Oliver les contestó de forma pícara:

“Seguramente la van a encontrar en el remolque donde lleva a cabo su ‘espectáculo’.” Después de permanecer jugando por cinco o diez minutos más, se despidieron de Oliver, quien aprovechó para pedirles, antes de que se retiraran, que lo incluyeran en su equipo porque con los que le había tocado no se llevaba tan bien; todos al unísono y sin hacer un alto en el camino, pues ya les apuraba llegar a donde Armandina, le contestaron que no se preocupara. Llegando al remolque, Julio tocó la puerta; Armandina no tardó ni tres segundos en estar fuera de la puerta. Sorprendida, los saludó a todos de beso, pues sus manos estaban entretenidas con una prenda que al parecer estaba intentando descoser. Armandina había entrado junto con Oliver, ya avanzado el ciclo escolar, y aunque ella rebasaba con mucho la edad normal para sexto grado, gran parte de los varones del salón estaban enamorados de ella; tenía un aire agreste, entre gitana y hippy, con un carácter sin asomo alguno de esa arrogancia de género característica de las niñas de su edad. Platicaba y se juntaba, sin discriminación alguna, con todos los chicos del salón. Para Cè todo esto era nuevo y emocionante, aunque complicado de procesar. Armandina se sintió sorprendida de verlo, tanto que Cè lo percibió en su mirada. Los seis platicaron de todo y entre todos, tontería y media, en tanto que Cè continuó registrando las continuas miradas de Armandina. De entre el tumulto de voces sobresalió la de Darío, quien pidió a Armandina les ejecutara su show, a lo que respondió con un rotundo no, pero a cambio les propuso que sería justo actuarlo para alguien que nunca antes lo había visto. Todas las miradas se dirigieron a Cè. En un descuido, Armandina lo prendió de la mano y lo condujo dentro del remolque. Ya dentro, le ordenó esperar sentado. Cè, obediente, hizo lo propio sobre unas viejas gradas de madera formadas

por tres pequeños peldaños dispuestas para el público asistente. Frente a él quedó una cortina de terciopelo raído color violeta de la que colgaban unas disparejas y deshebradas barbas doradas. Detrás de la cortina vio cómo Armandina abrió una estrecha puerta por donde desapareció… Como a los tres minutos, con la gracia de una maquinaria de engranajes desdentados, se recorrió la cortina descubriendo una pantalla de cristal de una sola hoja y, tras ella, recostada sobre su brazo izquierdo yacía La mujer lagarto. Sin volver Cè todavía de la extrañeza, obedeció al llamado que le hizo la mujer lagarto. Se acercó y se asomó a través del cristal para ver más de cerca a Armandina y su disfraz, del que ahora se enteraba era la tela que tan esmeradamente componía cuando los recibió fuera del remolque. La mujer lagarto tenía extravagante maquillaje y un escote que dejaba ver la base de sus pechos. Esto dejó perplejo a Cè, pues no dejaba de conjeturar que su compañera de clase en instantes se había apartado el doble de su edad. Armandina, segura en su representación de *La mujer lagarto*, se encontraba inmersa dentro de un paisaje naif, mal hecho y estropeado que trataba de simular una jungla pantanosa. Detrás de Cè rebotó el sonido de una voz inaudible, proveniente de una bocina trompeta abollada; era la voz de Armandina que le preguntaba desde su hábitat si le gustaba el numerito, a lo que Cè asintió con pausados movimientos de cabeza, pues no conseguía salir por completo de la perplejidad que le había causado Armandina y su escenario. La mujer lagarto le ordenó que pegara su cara al cristal al tiempo que plasmaba sus labios empastados de labial color carmesí al otro lado del cristal. Un tanto confundido, Cè se apartó del cristal y salió del remolque. Una vez afuera, fue laureado y recibido con aplausos y palmadas sobre su espalda en señal de triunfo, cosa que a Cè le fue

cargando de más y más energía hasta sentirse como una olla express a punto de no poder retener más el vapor y no quedarle otra opción que permitir su libre salida; así, el niño prodigio retirado por un día del básquetbol se soltó a correr a todo lo largo del camellón, de forma conscientemente arbitraria, como si de esa fuga impetuosa de energía sin destino dependiera momentáneamente su alivio. Los cuatro amigos lo siguieron en esa fuga sin destino. Al final de la brecha pararon, compró cada uno una Mundet roja, caminaron con rumbo al parque y se tumbaron en una pradera a beberlo en tanto contemplaron la tarde pasar.

ONCE

De vuelta al juego: Encestó el afroamericano una canasta más, pero no había de qué preocuparse, pues estar a cuatro puntos de distancia no es nada. Marcador: Jonh 22 – Cè 18. Creí saludable, debido a mi condición atlética, dejar que John impusiera su ritmo y, por mi parte, limitarme un tiempo a realizar una buena defensa y presionar en el momento en que mi contrincante se animara a encestar. John inició a toda prisa dirigiendo todas sus intenciones a acabar la jugada hasta abajo del aro. Me quité de su camino de forma más que sorpresiva para causarle un desconcierto pero siguiendo su ruta con cautela y haciéndole sentir que estaba bajo mi acecho. Al final de su ruta y cuando iba iniciando su asenso al aro, simulé el brinco que intentaría bloquear el balón. Desconcertado por mis engaños, John perdió seguridad en sí mismo, lo que le hizo errar bajo el aro. La fortuna me sonrió al ver que el balón rebotó directo a mí; me elevé y, sin dejarlo caer, como si estuviera ejecutando un voleo de voleibol, acorté la distancia en el marcador. Jonh 22 – Cè 20. Proseguí con cautela, aunque por dentro la euforia del que está cerca de apropiarse de algo, ese sentir que surge justo cuando se está cerca de la victoria, fue en aumento. ¡Qué tonto!,

Qué sentimiento tan absurdo; ocupar todas mis energías por conseguir el triunfo, creía que ya había conseguido apartar de mí esa patética aspiración añadida al éxito, al 'deber ser', o al de 'ser algo'. ¡Aquí estoy de nueva cuenta con esa vieja confusión!.

Reinicié, intenté ajustar mis sentimientos disfrutando del juego, boté la pelota para tratar de relajarme y poner fin a la confusión. Tanteé desanimarlo; desde la esquina derecha del área de tiro libre, sin aspavientos, sin cálculo, sin siquiera un leve salto, sólo confiando en el efecto dado para que la pelota realizara una buena parábola, la lancé. ***Empatados a 22***.

DOCE

Cuando Cè le preguntó a su madre acerca del porqué asistir a diario sin descanso, Regina, un tanto afligida y esforzada por fingir un tono de voz para persuadir a su hijo, le respondió: “En la esquina donde vivimos hay muchos vagos, por lo que tu padre y yo, ante el temor de que algún día uno de ustedes se viera asociado con uno de ellos, decidimos mejor alejarlos; de ahí nuestra idea de inscribirlos al básquetbol”. Cierto, existía un grupo de amigos con quienes los hermanos de Cè convivían desde hacía algún tiempo; llegaron a ser cómplices de travesuras y compañeros de juego en la cuadra, pero el peligro creció cuando sus hermanos entraron a la adolescencia; irremediablemente, el padre de Cè recordó su púgil experiencia callejera juvenil, por lo que le resultó urgente y necesario retirar a sus hijos de la vida en las calles. ―Algo así como apartarlos de las *contingencias comunes al código de costumbres del ambiente de barrio,* y situarlos en el *código de reglas preestablecidas y reguladas por la disciplina* (comparativo dicho por Cè). Elección que al parecer fue buena para los hermanos, quienes, después de una infancia sin apegos a reglas y deberes estrictos, en la adolescencia se encontraban mejor dispuestos a las obligaciones de la

disciplina deportiva. De forma contraria, Cè, a quien el régimen excelso del hábito competitivo y el peso doblemente serio que da la responsabilidad, empezó a rivalizar con sus motivos propios de infante hasta verlos doblegados con el arribo de una anticipada adolescencia. —A partir de ese momento, toda propensión vinculada con cualquier instinto púber le fue anulada (otra de las conclusiones a las que ha llegado Cè, ésas a las que acostumbra recurrir para encontrar un alivio a sus confusiones sicológicas de infancia, que se le presentan ahora que se asume como adulto).

El niño prodigio del básquetbol, apenas entrando a su precoz adolescencia, vio acrecentado el deseo por encontrar asideros a los cuales asirse y comprender su vida; de esta forma fue como intuyó la existencia de una conducta que de tiempo atrás venía observando. Un comportamiento aparentemente pasivo, que embarga y absorbe a toda persona que lo ejercita. Sentados, acostados, boca arriba o boca bajo, en el parque, el autobús o el metro, todos como sea o donde sea, paralizados, suspendidos, esperando un secreto a la medida de sus expectativas, o algo íntimo y profundo que venga de esa cosa vuelta digna al dedicarle toda su atención. Era realmente admirable para Cè observar hasta qué punto los contornos de los ejecutantes de esta peculiar práctica dislocaban el espacio-tiempo que los rodeaba. Alterándolo, transformándolo, haciéndolo diferente con respecto al que ellos consolidaban y habitaban, pues cuando cerraban el círculo virtual entre su vista y el objeto entre sus manos, lo hacían uno más denso, otro, al margen de la velocidad usual del devenir espontáneo, atentos al momento en que apareciera la clave para descodificar cada uno de los

mensajes cifrados en el encéfalo. *Un ejercicio dentro del domino de lo sensible,* dirían algunos (¡ejercicio!, que paradójico).

Cuando el púber Cè se volvió un asiduo y entrañable practicante de este ejercicio, supo muy bien que podría presentarse la posibilidad de establecer un diálogo, una conversación abierta a disipar dudas, preguntas, curiosidades o respuestas a las cuales afianzarse con el fin de obtener un camino más cierto y sosegado. Pronto se convirtió en un lector voraz de todo lo que se cruzaba frente a sus ojos: periódicos, revistas deportivas, culturales y de entretenimiento, *Digers dagers*, novelas y ensayos de todo género, compilaciones de cuentos, bibliografías, textos de psicología, política, filosofía ─tanto oriental como occidental─, poesía, mucha poesía, en fin, daba lectura con gran avidez a toda la literatura a su alcance. Con un bolígrafo siempre en la mano, iba trazando guías, líneas de conexión, encerrando ideas, apuntando al margen, subrayando la frase o máxima que le pareciera de interés o llenara su obsesiva necesidad por obtener señales que le introdujeran en una ruta a seguir o, por lo menos, párrafos que lo reflejasen con acontecimientos vividos. ─Aunado al ser susceptible a indagar todo en absoluto, hecho aún más latente al no haber hallado respuesta a gran parte de sus dudas dentro de la educación escolarizada, así como dentro del mismo seno familiar (otro dicho más autoría del personaje). Ejemplo de esto fue la larga consecución de libros que fue revisando en su deseo obstinado por comprender el porqué del culto desmedido al sentido por la responsabilidad, el orden y la disciplina.

A los doce años, proclamó una ruptura con sus padres al negarse rotundamente a continuar con la práctica del básquetbol, tiempo en el que le da por autonombrarse Cè, al saber que su nombre de pila le había sido dado debido a la creciente fama que gozaba, en el año de su nacimiento, el cantante de rock roll César Costa; a los dieciocho, ingresó a la licenciatura en artes visuales, la que pronto cambió por la de Filosofía, a la vez que se empleó en cualquier labor que requiriera de sus servicios. Dos fueron sus ensayos más importantes en esos años: *El ocio en la historia de las relaciones laborales* y ►*Huelga Decir, gráficas en brazos caídos*, así como una trilogía de obras titulada: ►*Un alto en el camino*. A los veinte años, Cè abandonó la carrera de Filosofía —debido a los necios raptos de rechazo que empezó a presentar con todo aquello que significara estar circunscrito a cualquier lugar que tuviera como finalidad implícita el reconocimiento como deber ser o como valor de éxito (otra conjetura más de Cè.); entre tanto, estaría convirtiéndose en un obstinado agitador de cualquier núcleo laboral en el que se encontrara inmerso; pudiéramos decir que su deporte favorito en verdad fue el de ser una suerte de complotista de centros de trabajo. Lugar en que lo empleaban, lugar donde desplegaba su divertimiento, consistente, por un lado, en propagar una crisis a base de deslizar en los trabajadores ideas y mensajes críticos al régimen laboral en que se encontraban y, por otro, en desmitificar y destruir la falsa imagen del patrón, hasta lograr que los empleados lo vieran como a un igual, como a un necesitado, al igual que ellos, uno de fuerza laboral, otros de salario para seguir viviendo. Orquestar el caos lo hacía sentir contento, libre, propio de una vida más intensa y librado de

ataduras. Cuando menos pensó, ya tenía una colección de demandas con sus despidos respectivos en los que Julio, su amigo de la primaria, recién egresado de la Facultad de Derecho, lo representaba. En algunas ocasiones ganaba, en otras quedaba en ceros. Sin embargo, su sentir, aunque el laudo fuera adverso, era de satisfacción y desahogo, pues bien sabía que había logrado sembrar un doble sentir en los trabajadores: uno reivindicativo, el de la insumisión; otro, el de la duda ante la seriedad de la responsabilidad a ciegas.

TRECE

De vuelta al juego. Marcador: John 28 – Cè 30. John, con la pelota en juego, intentó escapar por el lado derecho buscando darme la vuelta; le cerré de inmediato su posible huida; lo observé preocupado, ansioso. No quiere perder. Choca contra mí en un intento por incitarme a perder el control, mas lo único que logra es ubicar su ofensiva bajo la línea base de tiro libre, lo que no es poca cosa. Ahí estamos: yo con una implacable defensa y John chocando su espalda contra mi erguido pecho para buscar espacio para su disparo. Confiado, el afroamericano emprende medio giro en el aire quedando por instantes suspendido frente al aro; su propia inercia lo va echando hacia atrás, en tanto en el aire trata de obtener certeza en su tiro. "Ante esa acción, no hay defensa", admito, justo cuando voy elevándome en busca de él, en lo que se convertirá en un salto infructuoso. Marcador: Jonh 30 – Cè 30. Como se diría en el tenis. Muerte súbita.

John reinicia el juego, trata de relajarse, cosa que no logra, pues a kilómetros de distancia se podría observar su actitud ganadora que

invoca el triunfo a los cuatro vientos. Dedica tiempo a la elección de la jugada, bota de un lado a otro. Ahora muestra de más el balón, busca que muerda el anzuelo, pues su intención seguramente es que, cuando me arroje por él, me vaya en banda y, con un arranque veloz, construir su ruta a la victoria. No me la trago; permanezco tenaz con la defensa que he mantenido desde la mitad del juego, pues ni cerca está de la línea de tres puntos. Observo; me doy un respiro. Percibo claramente cómo se va enfriando mi actitud competitiva. Me estremezco (¿De qué sirve ganar? examino)… Insalvablemente, soy atravesado por la duda en el momento en que John bufa como un toro de lidia, presto a triunfar. No sé, pero tal vez por mostrarme en una defensa laxa, sea por lo que mi contrario está mostrando de más el balón. Sin intención y con la inseguridad que da el estar inmerso en la duda, meto mi mano en el camino del balón. Sea por la lentitud con que moví mi brazo o por la medrosa intención que vio mi contrincante en mi evolución, pero mi mano logró chocar contra el objeto codiciado. Sorpresa, increíble; John, al ver cómo se le escapaba el balón de entre las manos, puso en función unos extraños e inconexos movimientos para recuperarlo, esos que el instinto de supervivencia dispara cuando se trata de salvaguardar la vida, aunque a priori sepas que la herida es de muerte y todo lo que haga por salvarse será infructuoso; con esa intensidad lo vivió John. Lo cierto es que el balón ahora era mío.

John no dejaba de lamentarse con varios sonoros ¡"*shit, shit, shit*"!.

Nunca me ha gustado mofarme o demostrar afanes de triunfo. No sé qué o quién me dejó muy grabada en la infancia la costumbre de

guardar respeto al contrincante, aun hasta verlo derrotado. En esas estaba, cuando decidí repentinamente dar un *spring* que me llevó a encerrarme hasta la esquina donde convergen la línea final con la banda lateral derecha de la cancha. Me había acorralado; quedé sin salida. El lugar de la cancha donde estaba ahora me trasportó espontáneamente a un recuerdo, a una antigua jugada vivida en la final de un torneo, en la que, en los últimos segundos del partido, con el marcador empatado a 18 puntos, Raúl, mi compañero de equipo, me envió el balón justo en el lugar en el que estoy ahora acorralado con John bufando frente a mí. En mi memoria se grabó la sensación de lejanía que representó para mi edad el gran trecho que me apartaba del aro. Cuando Raúl decidió lanzarme el balón, junto con él descargó una mueca electrizante en calidad de trasplante de energía y transmisión de confianza para el futuro tirador. Yo, pequeño, como de ocho años, cuando sentí que las yemas de mis dedos tocaron lo granuloso del balón, apunté y lo lancé con la mayor elevación que pude. Veo a John de frente; está en posesión de una buena defensa y con sus ojos bien fijos en la pelota. Enorme fue mi sorpresa cuando en un instante todos los integrantes de mi equipo brincaban de alegría en torno mío. Con ese enceste ganamos no sólo el partido sino también el campeonato.

Con la remembranza de ese enceste, subieron mis expectativas; me di vuelta con el afán de proteger la pelota y tomar un respiro antes del cierre final. Ahora de espaldas a John, volteé de reojo para calcular, como cuando niño, la distancia que me apartaba del aro. De forma momentánea, el afroamericano aflojó la guardia, lo que aproveché para dar vuelta y confrontarlo. Simulé un par de veces escurrirme por la línea base, sólo con la intención de mantenerlo en vilo. Cuando sentí que era

el momento indicado, puse en acción lo que ya había determinado: me elevé decidido a terminar con ese juego; el gatillo estaba preparado. A la brevedad tuve la compañía de John en el salto. Arriba, suspendido, supe que era inminente el triunfo; mi seguridad se acrecentó al calcular que ni el brazo más largo de Brooklyn podría interponerse en mi camino a la victoria… "¿Para que?"… La pregunta cruzó como saeta. Apareció de nueva cuenta mi noción antagónica al éxito, pero ahora con más fuerza de la que se me había presentado en todo el transcurso del juego; un *shock,* pues sentí sumergirme dentro de esa extraña sensación, mezcla de conmoción y desaliento que emana de no sé qué parte de la testa en cuando nos damos cuenta qué dejamos de hacer, estamos a punto de hacer, hicimos o perdimos algo o a alguien que nos afectará por el resto de nuestra existencia. En instantes, una pulsión más energizante y vital que el mismo *shock* luchó contra él. Se le sobrepuso. ¡Ahora soy yo!, interioricé todavía en el aire, como profundizando un canto hueco y cavernoso en busca de mi 'yo' interno en el preciso momento en que disparé el balón. Fue inaudito; su elevación sobrepasó los límites normalmente vistos en un encuentro de básquetbol; la parábola era tan pronunciada que en la medida que aumentaba su elevación, John encogía sus hombros, pues no podía explicar lo que estaba sucediendo. Cuando mis pies tocaron el piso, mis primeras carcajadas empezaron a salir. Era un ser muy confiado en obtener la victoria, ¡Una estruendosa derrota convertida en triunfo!, me dije, en tanto se fue revelando en mí una suerte de sabiduría aprendida esa tarde diáfana de tarea en equipo con mis amigos de primaria. Sabiduría que nunca antes me había percatado de haber obtenido hasta ese momento del juego; en tanto el balón proseguía su descenso. El devenir podía ser

el lugar natural para consustanciar la victoria, el éxito o la corona láurea, pero también podía ser el lugar propicio para ahuecar todas esas zonas habitadas por los devotos del éxito y construir, a cambio, un implacable y honroso desdén en contra de cualquier homenaje a la victoria. La pelota pegó violentamente en el aro. Con esa misma fuerza rebotó hasta caer directamente entre las manos de John, quien, contrariado, pues no encontraba todavía una explicación racional a lo sucedido, con entrecortados trotes y leves trastabilleos terminó sumiendo la pelota dentro del aro. Al momento en que el ganador tocó el piso, aún no sabía si festejar o mostrar clemencia por el episodio acontecido. Yo, aún ahogado en mis carcajadas, no pude más y le solté a John: ►*"¡No te preocupes; es sólo un juego… hasta pronto!"*

CATORCE

Me dirigí, de nueva cuenta, hacia la puerta de entrada del edificio de dormitorios donde esperaba encontrar, ahora sí, a Romualdo. Estaba realmente contento por haber dejado atrás una derrota con sabor a triunfo en la meca del éxito. Cinco minutos de espera bastaron para que Romualdo apareciera. Nos saludamos y me comentó que había tenido un magnífico día en el taller. Nos dirigimos muy satisfechos a descansar.

Por la mañana del día siguiente, mientras preparaba huevos revueltos con jamón para nuestro desayuno, le comenté a Romualdo que el día anterior, caminando por las inmediaciones del Soho, había encontrado un cartel que rezaba: *"Viaje redondo a Barcelona: 120 dólares, impuesto incluido"*, lo que me había parecido una gran oferta. Romualdo me aconsejó que lo tomara, e irónico me advirtió: "*Ese precio no lo conseguirías en México ni para irte a Acapulco."* Tomé muy en serio su consejo y, terminando de desayunar, le confirmé *"Amigo, voy por mi boleto para salir mañana mismo a Barcelona"*.

Por la noche, cuando estaba preparando mi equipaje, Romualdo me dijo, a manera de comentario al margen, de esos que se acostumbra iniciar con un *"Por cierto",* que había encontrado a Karen por la mañana y que le había preguntado por mí, a lo que le contestó, sin resistirse a soltarle la nueva, todo sobre la oferta del boleto a Barcelona, y que al parecer mañana mismo partiría rumbo a ese lugar. A la mañana siguiente me despedí de Romualdo y me dirigí al aeropuerto JFK.

QUINCE

Me llevé una gran sorpresa, pues apenas llegando a la zona de embarque de equipaje, al final de la fila de espera, desahogadamente fresca y apacible se encontraba Karen como la que es llamada por la vorágine incontenible del consumismo a no desaprovechar por ningún motivo la gran barata de otoño anunciada por la trasnacional de moda. Sin poder ocultar mi sorpresa, me dirigí a saludarla. Me habló enseguida, apropiándose de mis palabras, de la misma historia del boleto barato a Barcelona que un día anterior yo le había contado a Romualdo. Luego siguió diciendo que le había parecido una muy buena oportunidad no solo por lo barato, según ella, sino también porque "ya le había llegado un poco el fastidio con las clases que debía cursar en su Máster de Diseño y Comprensión Visual". Por suerte, nos tocaron asientos muy distantes dentro del Boeing 747, mas a medio vuelo coincidimos en la zona de sanitarios, donde aprovechamos la ocasión para platicar mil cosas sin importancia. En nuestro enlace de Madrid a Barcelona, en la sala de espera, acordamos, con un controlado desenfado, vernos en la zona de equipaje al llegar al aeropuerto de destino y buscar juntos un lugar donde hospedarnos. Nunca aclaramos si

el lugar a hospedarnos sería en habitaciones separadas o en habitación *nupcial*. Esto último lo pensé justo cuando me iba arrellanado en el asiento del jet que nos llevaría a nuestro destino. Debo confesarlo: realmente me sentí un tanto molesto, pues no pude evitar concebirme invadido en mi persona.

Primer apunte para el proyecto "Contemporal"
(Serie de cuatro videos de arte elementales)
Lugar: Jet 43-457, Madrid-Barcelona
Altitud: 38,000 pies.
Tiempo para aterrizaje: 00 hrs. 25 min. 43 seg.

Objetivo material: *Las siguientes líneas buscarán esbozar una ruta con la cual sentar las bases conceptuales para la edificación de un proyecto que comprenderá la realización de cuatro videos ~~de arte~~ fundados ~~que nacen~~ ~~de~~ en la exploración de las siguientes hipótesis.*

I Hipótesis: *la unidad que mantienen los objetos de arte pertenecientes al mainstream actual con respecto al consumo de objetos de sobre-confort (sinónimos éstos de éxito y trofeo económico) prestas a colocar dentro de colecciones privadas o espacios de disfrute exclusivo, me hace pensar que es una de tantas muestras del sentido que contiene la obra de arte en la actualidad.*

II Hipótesis: *Vistas más como obras propias de una cultura burguesa, gran parte del arte perteneciente al mainstream limita sus acciones estético-sociales, de forma grosera y lacerante, a este clasismo del cual proviene y al cual va destinado, desnudando, con ello, su nula participación en los territorios convencionales al devenir del ser ordinario.*

Objetivo conceptual: *Los cuatro videos tendrán como finalidad principal intentar denotar los quehaceres y acciones más elementales al ser humano, esos que a diario acontecen naturales y ordinarios en nuestro territorio convencional, con el objetivo puesto en reencontrarnos en ellos o, de ser posible, reintegrarlos como la parte importante de una "estética existencial nominalista que pueda influir en nuestro devenir cotidiano".**

***¡Algo falta aquí!, algo como: qué intención tendría dentro de este contexto el acto ¿la vida como arte?/ tal vez la clave sea el profundizar en lo que estoy llamando "estética existencial nominalista de nuestro devenir cotidiano".*

DIECISÉIS

En cuanto adquirí el boleto en la agencia de viajes del Soho, supe que sería bueno intentar una estadía de por lo menos un mes en tierras catalanas, cosa que me llevó a concluir que, para realizar ese propósito, en lugar de un hotel, lo más conveniente sería buscar un albergue para estudiantes o encontrar una renta de cuarto dentro de un departamento compartido. Encontré un pequeño cuarto de dos por cuatro metros con balcón, a dos cuadras de la Sagrada Familia de Gaudí, habitación que se encontraba dentro de un departamento rentado por un joven escritor estadounidense y una pareja de novios: ella, italiana; él, Iraní. Karen, por su parte, un tanto por aparentar no estar sujeta a mí, otro tanto por mostrarse como pertinaz mujer independiente, se obstinó en no moverse más allá de los límites del Barrio Gótico —por suerte para mí—, por lo que visitamos todos los hostales y albergues que se encontraban dentro de este circuito turístico, hasta que finalmente se decidió por el más cercano a la playa y que tenía servicio de lavado y secado de ropa por una peseta la carga. Como habíamos decidido dejar nuestras maletas en el guarda equipajes del aeropuerto mientras encontrábamos hospedaje, ahora que lo teníamos nos dirigimos a recoger lo de Karen.

Regresamos del aeropuerto, y cuando nos encontrábamos parados justo frente a la puerta del albergue elegido por ella, de forma espontánea y calculadamente singular, los dos nos despedimos como si le estuviéramos dejando al destino la responsabilidad de un reencuentro futuro en tierras catalanas. De nueva cuenta me trasladé al aeropuerto, esta vez por mi equipaje. Experimenté un extraño vació por tan singular despedida. De regreso del aeropuerto bajé del autobús en Plaza Cataluña para enseguida tomar otro que me dejó a media cuadra del edificio donde se encontraba mi cuarto de renta por un mes. Cuando entré a mi cuarto, el departamento se encontraba vacío, arrojé todo mi equipaje a una esquina de la minúscula recámara y me dejé caer como bulto sobre la cama individual en la que dormí durante dieciséis horas continuas, haciendo solo un intervalo de vigilia cuando fui despertado por el bullicio de lo que en apariencia era una reunión o un festejo. En ese breve lapso de vigilia, recordé a Montaigne, quien diariamente ordenaba, a una hora de la madrugada, ser despertado por sonoras campanadas para poder percibir la plácida sensación que se experimenta al caer de nueva cuenta en el sueño. Felizmente, lo experimenté; mi nueva cama de alquiler adquirió una suerte de doble confort, como bien lo ensayó Montaigne.

DIECISIETE

Alrededor de a las 11 de la mañana salí de mi cuarto de alquiler. No caminé más de seis cuadras a la redonda; lo hice sólo con la intención de ubicar cafés, bares, restaurantes y opciones de tiendas en las cuales hacerme de algunos víveres. Más tarde me senté en la banca de un solar, justo enfrente de la Sagrada Familia, con la sensación de haber pasado por una noche de juerga. Ganaron mi atención, por alrededor de ocho o diez minutos, unos viejos que mantenían un juego con esferas de metal sobre un terreno arcilloso, luego trasladé mi vista a unos sillones que se encontraban a media cuadra de distancia. Realmente no se veían tan viejos como para que reunieran los mismos requisitos de lo que rellenaba el contenedor de basura que los acompañaba. Después de pasar un par de minutos observándolos, creí pertinente ir a hacerme de algunos víveres para preparar un buen almuerzo en mi nueva casa.

Ocupadas mis manos con las bolsas de víveres recién adquiridos, me introduje al departamento. Se encontraba de nueva cuenta vacío, ningún alma se había salvado, para esas horas, de las tareas comunes a un citadino convencional de cualquier parte del mundo. Fui a mi

cuarto, puse las bolsas de víveres a un costado de la cama y empecé a desempacar mi ropa; algunas prendas las ensarté en ganchos para colgar en un tubo cromado que se encontraba empotrado entre las paredes que hacían esquina, del lado derecho del balcón; otras, como ropa interior, cosas de aseo personal, pasaporte y boletos, las guardé en un pequeño y lastimado buró de madera con llave que se encontraba al lado de la cama. Terminando de desempacar, cogí las bolsas con víveres y me dirigí a la cocina dispuesto a prepararme un paquete completo de espagueti con salsa de jitomate, espárragos y tres quesos (al menos eso decía la etiqueta pegada en la lata de la salsa). Lo devoré todo. Coloqué mis víveres dentro de los límites de espacio destinados para mí; algunos en una pequeña alacena forrada de formaica imitación madera color roble que se encontraba frente a la estufa LG blanca con horno y cuatro quemadores; los perecederos, en un refrigerador mediano color blanco marca Mabe. Tal como me lo había indicado Jess, un lozano rubio originario de Boston, dos o tres años mayor que yo, el día que le pagué la primera mensualidad y el que a todas luces representaba (en ocasiones con tanta rigidez y seriedad que parecía un padre de familia) a los demás habitantes del minúsculo piso que constaba de tres recámaras, sala-comedor y cocina. Decidí ir a recostarme unos cuantos minutos, los cuales se convirtieron de súbito en un par de horas de sueño. Me desperté bajo la tensión de un impulso casi visionario; obedeciéndolo, me levanté de la cama con un solo movimiento directamente a cerciorarme si dentro de ese departamento existía un cuarto de servicio. Mis instintos me llevaron hacia la cocina, pues vagamente recordaba que al fondo de ésta había visto una puerta cerrada, lo que bien podría ser lo que

buscaba. Nada; era una alacena empotrada en la pared, la cual se encontraba sucia y olvidada. En sus tres primeros entrepaños, había una lata de salsa de tomate, dos de verdura, un frasco de aceitunas y utensilios varios de cocina. Me dio la sensación de que esas latas, con contenido caduco, habían pertenecido a la persona que anteriormente había ocupado el cuarto en el que ahora me hospedaba. El cuarto y más alto entrepaño quedó fuera de mi vista, lo que acrecentó mi curiosidad. Puse mis pies en punta al tiempo que impulsé mi cuerpo con el brazo derecho alzado con la intención de estirarme lo que más pudiera; las yemas de mis dedos lograron palpar de forma momentánea el frío característico de un material ferroso. Sin pensarlo, tomé dirección hacia el pequeño desayunador que se encontraba en el espacio destinado a la sala-comedor; llegando ahí, cargué con una de sus cuatro sillas, regresé a la recién descubierta alacena y coloqué la silla frente a ella. Trepé. En el cuarto entrepaño encontré en calidad de abandono un viejo y oxidado cuchillo cebollero, un desarmador en las mismas circunstancias, una llave inglesa del número catorce, una pequeña aceitera casi vacía y cochambrada y, desperdigados por todo el entrepaño, clavos, tuercas, tornillos de diferentes medidas y dos bisagras que, por sus condiciones, ya habían cumplido con su cometido. Me hice del cuchillo cebollero, la llave inglesa y el desarmador. Bajé de la silla y de inmediato la regresé a su lugar. Sin dejar en ningún momento de empuñar las tres herramientas seleccionadas, salí a la calle con la ansia del que está a punto de perpetrar un acto prohibido. Apresuré mi paso, doblé la esquina y ahí estaban... Verlos mitigó un tanto mi ansia. Empuñé aún con más rigor las tres herramientas seleccionadas, las que, curiosamente, en ese

instante concebí no solamente como unas simples herramientas, sino también como los tres elementos primordiales para mi próximo destrozo.

Eran hermosamente horrendos, fue lo primero que pensé cuando finalmente estaba frente a ellos. A la vista de curiosos y violentados metiches, empecé la destrucción en busca de recuperar algunos fragmentos para la realización de unas obras. Paradójico, pero la recuperación, extracción o encuentro con materiales en mi libre tránsito por las calles, muy a menudo han caracterizado la génesis de mis obras. Cuando mayor vigor corporal imprimía al trabajo, una frase atravesó mi mente:

El lenguaje (como herramienta) se caracteriza por el juego del lenguaje dentro del cual se utiliza. (L. Wittgenstein)

La llave inglesa como martillo, el desarmador como cincel y el gran cuchillo cebollero para tasajear, cortar tela, listones, hule espuma y como arma punzocortante a mostrar ante cualquier transeúnte extremo conservador que quisiera saltar a impedir la masacre que a plena luz del día estaba consumando en la esquina que forman la ►Avenida Gaudí y la calle de Provença.

Después de media hora, logré separar de una poltrona Luis XV oval, un pequeño respaldo tapizado en tela tipo pliana color violeta con pequeños motivos barrocos costumbristas, todo circundado por un marco oval de madera acabado en color caoba y coronado por una concha de pasta tipo Botticelli, la que se encontraba entrelazada por

ramas de minúsculo rosal. A un diván victoriano, le quité su respaldo tapizado en capitonee de terciopelo color durazno que portaba un medio enmarcado circundante (lo más que pude recuperar de él) realizado con hileras de madera doradas y labradas con motivos florales que se extendían y se enroscaban hasta culminar en la cavidad convexa de un rosetón.

De esta forma, al término de unas semanas, fui llenando mi cuarto de alquiler de una buena colección de piezas seccionadas y desmembradas de sillones encontrados en mis cotidianas travesías por las calles de esta ciudad española.

DIECIOCHO

En mi segundo sábado de estancia, mis compañeros de vivienda organizaron en mi honor una pequeña reunión, la cual era, de hecho, la segunda que me celebraban, pues la noche aquella en que dormí por casi dieciséis horas con una sola estación de vigilia suscitada por el bullicio de afuera de mi habitación, y en la que aproveché para efectuar aquel reencuentro gozoso del sueño a la Montaigne, más tarde sabría, por comentario de Jess, que había sido la primera. En las primeras de cambio comprendí que mis compañeros de piso eran de los que pretextaban cualquier situación, por pequeña que fuera, para concebir la fiesta e iniciar a correr la bebida. Lo que me pareció completamente aceptable, al ser unos sanos estudiantes alejados de la casa familiar; es más, en seguida me sentí como si hubiera caído en terreno conocido. Jess posó sobre la mesa del desayunador una botella medio llena de whisky Jack Daniel's, para indicar formalmente el inicio de la celebración de mi bienvenida. Después vinieron cuatro paquetes de cerveza estrella Galicia, que terminamos como en una hora. A propuesta de Aria, la chica italiana novia del iraní, nos dirigimos a un

bar cercano a las Ramblas, donde había quedado de verse con unas de sus amigas.

No soy una persona que crea en coincidencias, supercherías o metafísica alguna, pero cuando íbamos saliendo del metro donde principia la Rambla de Canaletes, de frente (no de lejos, ni de perfil) ¡De frente! ¡De forma insólita! casi me estrello con Karen. Llegaron los respectivos saludos y abrazos furtivos dentro de una suerte de burbuja de espasmo producido por la extrañeza. Después, la obligada presentación de Karen con Jess, Aria y el Iraní, cuyo nombre aún no había logrado aprenderme; al enterarse de lo cual, quiso repararlo diciendo, de forma muy condescendiente, que no me preocupara por aprenderlo y que sería mejor que a partir de ese momento lo llamásemos Ferran, con la excusa de que ese nombre era más catalán. Ese instante me sirvió para darme cuenta del gran parecido que tenía el iraní, ahora autonombrado Ferran, con el actor Dustin Hoffman, y al voltear a ver a Aria, no pude dejar de igualar su parecido con Sophia Loren.

Con Karen añadida al grupo, nos encaminamos a un bar de la calle d'Elisabets. Al llegar, las tres amigas de Aria ya estaban instaladas en la barra del bar. Cada uno de nosotros, muy celosos de nuestra próxima responsabilidad, nos condujimos a ocupar un sitio a lo largo de la barra: a mi derecha quedó Karen; a mi izquierda, el Iraní con nuevo nombre, Ferran; en seguida Jess, y por último Aria junto a sus tres amigas, napolitanas al igual que ella. En espera de que nos sirvieran las primeras bebidas de la noche, inicié con Ferran una de esas pláticas que se dan cuando recién ingresas a ocupar un lugar y, como para acoplarte al ambiente, uno escupe a la ligera cualquier juicio moralista o selectivo con la idea de causar una primera impresión a tu interlocutor. Bajo estas

circunstancias intercambiábamos pareceres. Ferran, como impulsado por una estupidez soltada anteriormente por mí, comentó que durante un tiempo había practicado en su tierra la danza del derviche giróvago.

Vaya situación, dije para mis adentros; ¿qué le habré dicho para que sacara lo del *derviche en su tierra;* seguramente lo de la *supuesta* sensación que creo tener cuando estoy, según yo, en el *ejercicio de la actividad creativa*; y digo *supuesta* porque no tengo realmente en claro qué es o de qué forma describirlo. Si es esto, no sé en qué momento lo escupí, yo que tanto he luchado por evitar sacarlo a tema para no terminar explicándolo bajo los clásicos argumentos metafísicos… Pero, bueno, yo me lo busqué, yo tengo la culpa de que Ferran sacara a relucir su experiencia espiritual como derviche giróvago; todo por querer mostrar una careta interesante ante los ojos del doble de Dustin Hoffman.

Metido en esto, no me quedó más que opinar: *"Lo que en verdad me llama la atención del sufismo es la idea de que todos podemos realizar cualquier cosa sintiéndola, pensando cómo la realizas, de qué forma debes hacerla y cómo perfeccionarla, sin necesidad de ser un especialistas en ella. ¡Desconfiar del genio y el talento me parece grandioso. Así pienso yo de alguna forma."* Esto último lo dije casi gritando y con una marcada sonrisa en mi cara, aunque muy rápido cambié esa sonrisa por un sentido autodesprecio ante mi negativa a aceptar lo que de cualquier forma no podía dejar de sonar un tanto místico.

Servidas nuestras respectivas bebidas, llegó el momento de decir ¡salud! y contar con un momento de silencio. En el ambiente se escuchaba, desde hacía algunos minutos, el disco de *Get up with it*, de

Miles Davis (9), aunque la primera parte de *He loved him madly*, al parecer, la había hecho saltar del equipo de sonido el encargado del bar.

Plática con Jess sobre las perspectivas de la literatura latinoamericana; plática con Aria y sus amigas sobre Miles Davis en general y las preferidas de cada una; plática con Karen sobre nuestras coincidencias de lugares visitados en Barcelona; con Ferran, choque de botellas y un ¡salud!; de nuevo con Jess, quien pedía mi opinión sobre la literatura de Hemingway y Henry Miller. ¡Ufff!; con Aria y sus amigas, sobre Jazz y de los lugares recomendados para escucharlo en territorio español; ¡salud! con Ferran y simulacro de derviche circular con botella de cerveza en la cabeza; con Karen, ahora desinhibidos por el alcohol, acordando cuál sería el mejor lugar para pasar la noche; con Aria, de su experiencia como residente y sobre su trabajo como economista en Barcelona. ¡Yaaa! Con Karen, chocando nuestras cervezas al tiempo que me daba una caricia por encima del pantalón; con Ferran, sobre sus desencuentros con Aria y de sus justificaciones del porqué había dejado la práctica del giróvago... A las dos de la mañana, mis compañeros de departamento me anunciaron que se movían a una fiesta particular por las inmediaciones de Montjuic, propuesta que Karen y yo, sin vacilar, decidimos no aceptar. Salimos todos del bar cuando empezaba a sonar el recién editado compact disc *Miles Davis & John Coltrane, Live in New York* (10), Karen y yo nos despedimos de Jess, Ferran, Aria y sus amigas. Viré hacia Karen actuando acorralarla; todo acabó en un cariñoso apretujón de glúteo, con el que aproveché para atraerla hacia mí y ▸advertirle que nuestro siguiente destino sería mi cuarto.

DIECINUEVE

Fue una cogida como las que uno tiene después de pasado un tiempo de ruptura en el noviazgo. El desahogo y la embriaguez nos arrojaron a un sueño atolondrado que por instantes nos permitió tener sólo lapsos de vigilia para acomodarnos en el pequeño espacio de la cama individual.

Abrí los ojos, me paré sigilosamente de la cama directo a abrir el balcón. Observé desinteresadamente la calle; la frescura del amanecer entraba ligeramente al cuarto junto a la primera luz del día; calculé que eran las 7 o 7:30 de la mañana. Antes de dejar atrás el balcón, observé las ocho torres de la Sagrada familia, los únicos que sobrepasaban al edificio de enfrente. Una sensación de renovación llenó mi ánimo. Entrecerré las puertas del balcón, de tal forma que entre sus dos hojas alcanzara a traspasar una espiga delgada de luz matinal. Observé el cuerpo de Karen; sus piernas desnudas se encontraban trenzadas con el cobertor; me recosté de tal forma que mi cara quedara frente a sus nalgas desnudas… pensé que sería una bella aventura practicar en tiempo real todo lo que empezaba a agolparse en mi cabeza. La llamé varias veces por su nombre; no dio señales de conciencia; parecía anestesiada o haciéndose la dormida. Acomodé su cadera de forma que

sus nalgas fueran iluminadas por la delgada espiga de luz que traspasaba las puertas del balcón; Las besé, las lamí; sentí en mi lengua aquella textura que se alza cuando la piel percibe el frío. Mi mano derecha empezó el juego onanista, mientras que la otra se ocupaba de separar las nalgas para poder apreciar el esfínter de Karen. Emotivo, sobresaliente; "no puedo desaprovecharlo", pensé contenido en el sobresalto y arrojándome en definitiva con total frenesí… Metí mi lengua en lo oculto, en lo encubierto, en lo mil veces resguardado a la mirada carnal pero tan primitivo y fisiológico como el de cualquier ser vivo. ¡Qué absurda dicotomía!... Creí entonces que era el momento de acrecentar la aventura. Me aparté, abrí lentamente sus piernas para apreciar su vulva. Su vello se encontraba untado por los fluidos de hacía unas horas. Toqué sus labios, empapé mi dedo medio con su frescura; después, y tomándome mi tiempo, me hinqué de frente para tener todo el horizonte completo. Entré en una sobreexcitación nunca antes experimentada, mientras seguía con mi juego masturbatorio…

"¡Qué bella durmiente ni que la chingada! ¡Ese infame cuento sufrirá severos cambios en este instante!", surgió de súbito en mi mente cuando me lanzaba de nueva cuenta a lamer, chupar… besar todo aquello que hallé en mi camino: senderos, llanos, valles, texturas, fisuras, cráteres, hendiduras, resquicios, fallas, estrías, lo tibio. El intersticio... Llegó el momento del clímax; Karen empezó a dar muestras de vida, separó sus piernas y movió delicadamente su cadera. No dijimos ni una palabra; su mano ciega busco ayudar a la onanista, consiguiendo pronto sustituirla… Apretó y dirigió el ojo de mi falo directo a su abismo anal sin dejar de masturbarlo. Por mi parte, yo

ayudé apretujando y separando una de sus nalgas. Mi semen brotó y ►ella respondió acabando de exprimirlo en su territorio.

VEINTE

Salimos del edificio a eso de medio día a visitar algunos museos, librerías o variantes que se nos aparecieran en el camino. Karen abrió su bolso y sacó un folletín que me alcanzó acompañado de la siguiente sugerencia: "Sería bueno que entraras a ese concurso; las obras que tienes amontonadas en tu cuarto no están nada mal". Tomé el folletín de su mano, le di una rápida leída y le contesté: "No es tan mala idea; a final de cuentas, qué voy a hacer con ellas a mi regreso a México. Entraré; voy a concursar", aunque después le hice saber que nunca había confiado en ese tipo de concursos. Visitamos algunos de los museos de la ciudad obligados, una que otra galería de camino al centro de Barcelona, y, para terminar el día, como un magnífico postre para saciar el hambre del glotón de imágenes, nos introdujimos en algunas librerías de arte y diseño en las inmediaciones del Rabal y del Barrio Gótico. Fuera de una de estas librerías, nos despedimos acordando vernos a mediados de la semana para desayunar en un pequeño café de la calle Ciutat.

Llegué exhausto a mi cuarto; me acosté viendo hacia la pared y empecé a reparar sobre cuántos objetos, espacios, baratijas, imágenes, símbolos, *iconósferas*, *mediósferas* y otras tantas tonterías habían pasado frente a mi vista en lo que llevaba de viaje. Giré sobre mi costado; frente a mí quedaron ahora los tramos de sillón amontonados en el rincón; con la vista suspendida en ello, intenté hacer un recuento de todas las obras que había realizado hasta ese momento de mi vida. Sonreí cuando avisté que la mayoría de ellas —hasta en un número que sobrepasaba el ciento— las había desaparecido conscientemente, reutilizado o destruido abiertamente con base en una idea, según mi supuesta intuición: "que el fin de esas obras se había cumplido en el momento en que su sacrificio se convirtió en un acto necesario". Recostado en esa cama, de pronto comprendí que quizás lo que más había ganado con todas ellas era haber encontrado un desahogo, un escape de alivio a esa furia sorda e intestina que pesqué cuando fue suplido en mi niñez el juego infantil por el juego competencia. Y, claro, puede que ese desahogo nacido en los límites de mi cuerpo, y que encontraba su cauce en cuanto encallaba en el territorio firme de cualquier soporte elegido para la creación en turno, haya centrado toda su energía, invariablemente y sin darme cuenta, en intentar el retorno a la real esencia y sublime emoción del juego infantil. Sin apartar un instante la vista del montón de fragmentos de tela, hule espuma, hilos, tachuelas, madera y de los fragmentos de sillón destripados, comprendí que, indeliberadamente a través de la ejercitación creativa, siempre había añorado volver a experimentar esa especie de pulsión de vida que se tiene al entrar en el terreno de la imaginación sin tiempo determinado, al del juego pueril sin pasado ni futuro, sin causa ni finalidad alguna; el

que acontece transitando como la sabiduría. ¿Una añoranza nada más?... Me abandoné a roncar.

VEINTIUNO

—Hola, bueno… ¡Habla Cè!, sí…

—¿Qué pasó, Cè?

— ¿Ortho?…

—Sí, no me digas; ¿todavía en Nueva York?

—No, te estoy hablando de Barcelona.

—No, pues… Y qué ¿Cuando regresas?

—Hmmm… yo creo que como en quince o veinte días... Oye, Ortho ¿Cómo están en el taller? No sé, me parece como si ya hubiera estado un año fuera de México y sólo llevo como seis semanas.

—Es cierto, no pasan de seis o siete semanas que te fuiste… Pues nada; se integró Aldo hace apenas como tres días. Con él estaríamos cubriendo la salida de Romualdo, quien no creo que vuelva pronto de NY. ¿Verdad?

—No… pinche Romualdo; está bien instalado allá; creo que su Máster dura por lo menos otro año más.

—Bien, te acuerdas de Aldo. ¿No? Está en la Academia de San Carlos junto con Benjamín.

—Sí, sí… Hablando de Benjamín ¿Qué me cuentas de él?

—De Benja, hmmm… mínimo nos visita dos veces por semana con sus amigos, a hacer fiesta, ya sabes. Desde que vive en la calle de López con su nueva chica, nos visita más seguido.

—¿Cómo? ¿Rentó en la calle de López?

—Sí, hace un par de semanas.

—Cè, entonces en unos veinte días nos prepararemos para darte una fiesta de bienvenida, ¿no?

—¡Pero, por favor! ¡Jajaja!...

—Oye, Cè… Por último, ¿quién crees que nos visito el fin de semana pasado?

—¡Darío y Julio, seguro!

—Exacto, llegaron con un cartón de cervezas y dos botellas de ron, ya sabes. Después fuimos al Tenampa y de ahí a las Adelitas del 14.

—Faltaba más con mis amigotes.

—Cè… sí, bueno, ¡Cè!...

—Sí, aquí estoy, Ortho, te escucho.

—Ah, bueno… Julio me comentó que estaba por salir un laudo a favor tuyo, de una demanda que interpusiste a un viejo dueño de una empresa de publicidad; ¿te acuerdas?

—¡Ah! Ese pendejo; claro que lo recuerdo…

—Y Darío estaba muy contento, que porque las ventas del libro que hicieron así como la de la ropa, parece que van viento en popa.

—Bien se lo dije al Darío; con su experiencia comercial y un poco de mi verborrea del "cómo ser emprendedor en las calles de México", la íbamos a pegar en grande, ¡Jajaja!

—Darío me encargó que si llegaba a contactarte te dijera que trajeras playeras para la venta; que confía en tu gusto. Así me dijo.

—Bien, Ortho, te dejo; espero verlos pronto; me saludas a todos.

—Hasta pronto, Cè, diviértete… ¡Ah!, y si vez a Romualdo me lo saludas.

VEINTIDÓS

Emprende en las calles de México es un texto que realicé y autoedité junto con Darío, un buen amigo de la infancia. Según nosotros creíamos, que este libro podría ser propicio para intentar *deslizar* una idea *contraestructural* y llamar la atención sobre la fuerza e importancia que podría tener ese sector de la población que se encuentra desempleado, empleado informal o con pocas garantías sociales. Partimos del contexto económico y político que pervive en nuestro país, en donde, por un lado, están la corrupción e impunidad mantenidas durante décadas por cualquier administración pública gubernamental, que te guste, haya ostentado el poder; por otra, la postura extrema radical que tiene la clase empresarial ante todo lo que le *suene* a derecho o mejora para el trabajador; y después, la alianza cómplice que estos dos sectores hacen con toda intransigencia y tráfico de influencias a favor de establecer ventajas de todo tipo para satisfacer su absoluta y particular voracidad monetaria, situación que no ha hecho más que estrechar las posibilidades de negocio, trabajo digno y verdaderamente formal en México.

Darío y yo creímos, aun antes de verlo editado, que ese libro no sólo podría pasar como un simple texto de apoyo para el comerciante ambulante, desempleado o persona que estuviera fastidiada de vivir las intransigencias del patrón, sino que también estaba listo para convertirse en un libro con la posibilidad de sentar las bases para que esta gran capa de la población desempleada, que laboraba en la informalidad o se veía condenada al empleo avasallador, saliera no solo a independizarse, sino también a liberarse de ese círculo aciago y engañoso del trabajo formal y darse a la tarea de agruparse, organizarse políticamente y constituirse en una suerte de movimiento contra-cíclico urbano de grandes dimensiones. Toda esta expectativa creció aún más cuando presentamos el libro al público a mediados de 1993, hacía apenas un año, sólo cuatro o cinco meses antes del alzamiento del Ejercito Zapatista en la selva chiapaneca. ¡Imagínate!... Si el EZLN lo había hecho en la selva, el libro podía hacerlo en las ciudades.

—Suena bien —dijo Jess, embebido por la exposición que le estaba haciendo y bajo un esforzado acento castellano ibérico sin lograr del todo ocultar su tono estadounidense. El pesado hastío de esa tarde de domingo nos había hecho sentar sobre el sofá que ocupaba la mayor parte de la pequeña sala de estar del departamento compartido, mientras Karen, al lado izquierdo del escritor estadounidense, se encontraba entretenida ojeando el periódico del día sobre un taburete que yo había rescatado de la basura en días pasado.

—¿Y tú qué crees, Jess?

—Pues nada; veme acá en Barcelona.

—¡Pero, tío!... ¿Qué? ¿Cómo va? ¿Qué sucedió? —se sobresaltó Jess en contra de mi postura desahogada y al parecer contradictoria.

—Pues nada. El libro, me acabo de enterar, se vende como pan caliente, pero el gran error es que en todas las ciudades del país se piensa ahora que la responsabilidad del cambio recae totalmente en lo que suceda en la selva lacandona, en tanto la vida sigue su curso fuera de la selva, como si no pasara nada... ¡No pasa nada! Algunos van de visita a Chiapas con el propósito de alimentar su morbo o para darse ínfulas de revolucionarios, pero cuando regresan a su ciudad de origen, nada; hablan y hablan, pero nada. Si dentro de su propio núcleo familiar no *les cae el veinte*, dedujimos Darío y yo, ¿cómo carajos van a poder transformar su entorno? No es necesario ir a Chiapas, no es necesario escribir grandes verborreas, dialogar, realizar seminarios, veinte mil ponencias sobre el tema ¿Reconocer la injusticia? Ésa es de todos conocida. Bueno, no es necesario ni tenderles una mano a los amigos zapatistas. Lo verdaderamente importante es encauzar la revuelta en el interior de nosotros, intentar ser coherentes entre lo que decimos y hacemos; ser a diario unos insurrectos con lo que somos o pensamos. Ya después podríamos intentarlo con nuestro núcleo familiar y, de salir bien librados, ya podríamos pensar en llevarlo a nuestro entorno social. Esto que te digo, de una u otra forma, ha sido mencionado por el líder zapatista, pero al estar condenado fatalmente al terreno pragmático de lo político, lo tocante al trabajo para poner un tanto de arreglo a nuestros procesos sensoriales o cognitivos, que no es otra cosa que educación, como de costumbre sale sobrando, como ha salido sobrando durante

décadas al Estado mexicano, cuyos integrantes, al contrario, se han postulado como los amos y señores del caos de los sentidos.

¡Ah, pinche Jess, querido amigo bostoniano! Lo que te estoy diciendo en este momento ni Darío ni yo lo habíamos pensado, hasta que se fueron sucediendo las cosas.

—¡Aquí están los resultados! —gritó con gran emoción Karen estrujando y acercando su vista al periódico. —¡Aquí estás, Cè! ¡Aquí estás!, ¡tus obras fueron seleccionadas! ¡Felicidades!

VEINTITRÉS

Trascurrieron veinte días, tiempo en el que supuestamente regresaría a México; el atraso se debió a que una de mis obras seleccionadas en el salón de arte de Barcelona había sido gratificada con una mención honorífica, distinción que me hacía merecedor a algunos francos y a una exposición individual en la galería *h&R* de esa ciudad, por lo que mi estadía en tierras catalanas necesariamente se prolongaría por un mes y medio más. En este periodo de tiempo, me uní sin preocupación ni desdén alguno a la disposición inagotablemente festiva de mis compañeros de hábitat; deambulé, vagué, me perdí; me abandoné, junto con ellos y Karen, en bares, barras y barrios por donde los turistas, recomiendan, no deben ir. Llegó el día en que Karen me anunció que regresaba a California. No pudo ya sostener a sus padres la mentira de que seguía estudiando el máster en Nueva York. La despedimos por lo menos durante tres días seguidos de rapto etílico. Un par de años después, supe que se había unido a un grupo de performanceros californianos que habían tomado como eje rector de sus acciones la estética sufriente de Khalo. No sé en qué medida Karen haya

hecho esto por seguir creyendo más en lo formal que en el contenido, lo que sí fue evidente es que había mudado de sustrato expresivo.

En México, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), bajo el slogan "Yo voto por la paz" y montando a pelo el movimiento zapatista en conjunto con el electorado mexicano, tomaba protesta para continuar pavoneándose ante sus súbditos durante seis años más en el poder. Me di tiempo para dar los últimos toques a unas piezas, conformar unas cuantas más y pintar algunos fragmentos en ellas; después, con toda calma me senté a redactar un texto que no pasó de una cuartilla; lo pensé como mera plataforma desde la cual aterrizar libremente una posible interpretación a mi propuesta. Envié fotos de mis obras a la galería. Un par de semanas más tarde, cosa que regularmente me pasa cuando estoy en búsqueda de un título que retenga o complete la noción a trasmitir de una serie de obras terminadas, decidí el título de la exposición.

VEINTICUATRO

Dio fin el año de 1994. En la segunda mitad del mes de enero de 1995, un trasporte de la galería *h&R* recogió mis obras en el cuarto de alquiler. Esa misma tarde me dirigí hacia la galería portando un sobre blanco en donde había guardado mi cuartilla de texto y nombre propuesto para la exposición. La galería se encontraba dentro de las inmediaciones del barrio El Eixample; su entrada estaba compuesta por un gran ventanal de una sola hoja de cristal limpiamente enmarcado por un perfil de gran anchura color negro y una hoja de cristal templado, dispuesta a su lado izquierdo, como puerta de acceso en la que se apreciaba, en su parte media, un minúsculo logotipo de la galería cortado en vinil color plateado. Su interior, simplemente era un rectángulo de aproximadamente seis metros de ancho por treinta de profundidad, a media luz y vacía en espera de ser habitada por mis obras.

Del fondo, detrás de una mampara, observé salir a tres personas; una mujer que parecía dar órdenes a quien podría ser un empleado, pues

presto al llamado de la mujer, estaba sacando del fondo de la galería mis obras ya desembaladas, las que fue dejando en fila recargadas entre el piso y pared izquierda de la sala, con el fin de mostrar un aspecto general de la exposición. La tercera persona, más alta y delgada, no dejaba de encorvar su talla para cuchichear al oído de la mujer que daba órdenes. La mujer y el hombre alto iban y venían, caminaban y se detenían observando mis obras. Más cerca a ellos, observé que la de altura menor, efectivamente, era una mujer de tez blanca, pelo teñido de negro, como de 50 años, 1.65 metros de estatura, ataviada con un vestido negro de piel, sin mangas, largo hasta la mitad de sus pantorrillas y ceñido al cuerpo. Daba la impresión de ser un disfraz capaz de cumplir con creces cualquier actuación sadomasoquista que se ofreciese en ese instante ―Digo esto porque más adelante me percaté del cierre de uso rudo y expuesto que se encontraba en la parte trasera del vestido, el que corría de la parte más baja del atuendo y terminaba justo arriba de sus nalgas. El otro era un hombre como de 1.90 metros de estatura, delgado en extremo, como de 45 años, barba de cuatro días sin cortar y vestido con saco de casimir de lana color miel, pantalón rojo ladrillo deliberadamente arrugado, y un sombrero de dos pedradas color paja, rodeado por un listón color tabaco y de ala tan diminuta que daba el efecto de ser algunas tallas menor para su gran testa.

―¿Sí? ¿Se le ofrece algo? ―me preguntó con sospecha la mujer del vestido de piel color negro.

―Nada ―le contesté, añadiendo una indagación: ¿Usted es… la galerista?

—Sí, Eva Vigorra —me dijo imperativa cruzando sus brazos y echando hacia atrás su postura como protegiéndose y tomando distancia, lo que me hizo sentir como si yo fuera un proveedor al que estuviera a punto de informarle de la postergación de su pago.

—Soy Cé, el artista, el creador de lo que están viendo.

—¡Oh, sí! ¡Disculpa! mucho gusto, Cé —me extendió su mano para saludarme y atraerme a ella para plantarnos el par de besos en las mejillas acostumbrados en tierra ibérica, ocasión que aprovechó para desbaratar su postura y ocupar la de galerista que se siente o se cree entre personas que saben y gustan, al igual que ella, de mascullar el *excelso* e *insondable* lenguaje del arte. —Venga, llegas justo cuando estamos empezando a observar tus obras.

—Ya lo veo —contesté condescendiente y un tanto cortés.

—¡Ya vemos que traes la furia por dentro! —intervino el hombre que acompañaba a la dueña del lugar, en un afán por hacerse presente en la conversación.

—¡Ah, sí!... Mira, Cè —intervino la galerista—, te presento a Iñaki Luengas; él será el curador de tu muestra.

—Hola, mucho gusto —extendí la mano para saludarlo.

—Hola, Cè —correspondía a mi saludo estrechando y dando un giro inesperado en su mano, lo que provocó que la mía quedara yaciente, casi como convaleciente sobre la de él, después la estrujó y la meció dos o tres veces al tiempo que estiraba los dedos índice y medio hasta sobrepasar la cara interior de mi muñeca para finalizar dirigiéndome una advertencia en tono paternal: Habrá que expurgar, hacer una selección de obra para montar en definitivo la expo. A lo que contesté un tanto

sobrecogido y sacando mi mano de ese cautiverio empalagoso y engreído:

—Claro, eso es lo que habitualmente se hace antes de montar una muestra, ¿o no? —volteé a mirar a la directora, quien sin querer darse por enterada de lo sucedido, exclamó.

—¡Excelente, caballeros¡ ¡Iniciemos el trabajo! —airosa y sin gesto alguno en su cara, nos indicó el camino a su oficina. Al llegar me invitó a tomar asiento frente a un escritorio, que más qué escritorio parecía un piano de cola, tanto por sus dimensiones como por el acabado en chapa negra; el mueble se encontraba repleto de pilas de papeles, invitaciones, fotos y catálogos de arte, que también ocupaban al límite de su espacio los libreros blancos que cubrían de piso a techo las cuatro paredes de la oficina, a excepción de un espacio en la pared del fondo en donde había una puerta que al parecer conducía a una bodega. Iñaki Luengas se quedó parado del lado izquierdo del escritorio en calidad de escolta de la directora, quien después de encender un Ducado tomó su lugar frente al gran escritorio e inició una búsqueda entre papeles hasta encontrar un fajo engrapado como de siete u ocho cuartillas, las que me alcanzó para después inhalar lenta y profundamente; sin dejar salir un solo hilo de humo comentó:

—Es el texto curatorial que Iñaki elaboró para acompañar la exposición y el catálogo que se editará de tu muestra —alzó levemente la cara y se dio el tiempo suficiente para soplar con fuerza el humo hacia el techo por entre un pequeño orificio forjado entre sus estriados y apretados labios pintados de color carmín.

—Bien; tendré que leerlo. Yo por mi cuenta traigo un texto tan sólo de una cuartilla y el título que me gustaría llevara la exposición —le alcancé a Eva el sobre blanco, lo cogió con una mueca de molestia, sacó la hoja del sobre, pasó distraídamente sus ojos sobre ella para terminar dándosela al curador, quien, cuando lo tuvo en sus manos, propuso a la galerista ir a comer, pues, de esta forma, dijo "Te damos tiempo para que leas el texto curatorial y para que nosotros analicemos el tuyo". Eva dejó su asiento para ir a ponerse al lado de Iñaki, a quien discretamente empujó del brazo como apremiándolo a dejar la atmósfera apretada que ya empezaba a sentirse dentro de su oficina.

—Pues ¡venga! —dijo Eva—. Regresando dos pasos en su partida —Volvemos en una hora. Con toda confianza sírvete una taza de café. Abajo a la derecha, en el librero que está frente a ti, hay tazas, crema, azúcar y sustituto; con toda confianza.

VEINTICINCO

Ante la inesperada partida de Eva e Iñaki, opté por ver el lado positivo del momento. Me preparé un café con dos cucharadas de azúcar, di un vistazo a unos cuantos lomos de los libros clasificados por disciplina artística que atiborraban los libreros, y volví a acomodarme en el lugar que unos minutos antes me había asignado la galerista. Tomé un sorbo de café, regresé la taza al escritorio, me hice del fajo de cuartillas escritas por Iñaki Luengas e inicié su lectura.

Pasadas las dos primeras cuartilla y media, mi gusto por su lectura se fue desvaneciendo. Intentaba concentrarme, entender, pero a cada párrafo que barría con la vista no conseguía más que saltearlo, y digo saltear porque no era otra cosa lo que me animaba a hacer el texto. No quería caer en el pesimismo, pero ese texto no me dejaba escapatoria; sus ideas eran inconexas, oscuras, indescifrables. Cuando quería suscitar referentes imaginarios o estéticos con respecto a mi obra, sus frases las llevaba a zonas vacuas, a no ser más que vagas meditaciones. Bueno, eran tantas las líneas de incomprensión para mí, que Luengas me puso en verdad a dudar sobre mi buen discernimiento o mi posible falta de

información sobre la existencia de una nueva forma de abordar o interpretar aspectos del arte actual y de la cual yo no sabía ni un carajo. Era increíble; tenía una retórica tan exquisitamente ordenada que podía seducir a cualquier lector común. Llegó un momento en que ya no sabía lo que leía, si era sobre mi obra o sobre los componentes, conceptos, neologismos y subterfugios lingüísticos que gustan escuchar la mayoría de galeristas, comentaristas de arte, coleccionistas, críticos, reporteros culturales, editorialistas y toda esa corte a quienes les agrada ser admiradores, hacer "bola" o musitar glorias de la epifanía en torno al arte contemporáneo. ¡Fantástico! Finalicé la lectura del texto de Iñaki Luengas. Sorbí mi café pensando que sería mejor dar un repaso a lo que me parecía mejor y peor del texto, tomé otro sorbo y ahí fui de nuevo.

Metido en esa convicción, pude avanzar hasta el segundo párrafo de la tercera cuartilla tratando de descifrar las ilusiones, convicciones y juicios estéticos tan cuidadosamente inarticulados que contenía el texto y, aunque mis ojos continuaron fieles al mismo, mi atención no; ella fue cambiando de lugar a esa parte de la memoria que aguarda dentro de nosotros y que corre como cinta de un filme cuando necesitamos encontrar un referente que dé soporte o estabilidad a las vacilaciones engendradas por nuestro devenir cotidiano. De esta forma fue como me trasporté a rememorar una reunión ocurrida meses atrás en un bar llamado Las Adelitas del 14, en Garibaldi, ciudad de México, lugar localizado a no más de tres cuadras del taller del 57. Fueron como lapsos de fuga, en los que, a la vez que no despegaba del todo la vista del texto de Iñaki, momentos, frases y componentes de la reunión,

fueron entrelazándose con los aspectos que guardaban más relación o significado con algunas líneas del texto imposible de Iñaki Luengas.

VEINTISÉIS

Fuga número uno: Llenó a reventar como de costumbre: soldados rasos, militares de bajo rango, *ficheras*, prostitutas, proxenetas, personas aficionadas al trago, al morbo y al voyerismo, así como uno que otro que, como nosotros, iba al encuentro de esa *sabiduría* obtenida a través del desenfreno; en la búsqueda de esa "experiencia reveladora" que nos facultará para llegar a ser un artista precursor de un estilo que cambiará todo el mundo del arte en las postrimerías del siglo XX.

En la primera mesa, Manuel, Aldo y yo; en la segunda, Ortho con su chica yugoslava y Benjamín en compañía de Lucía, su reciente conquistas en la Academia de San Carlos. *Gitana*, de Willie Colón, era bailada y celebrada por las Adelitas (tan habituales y frecuentes eran los soldados rasos en el lugar que en muy poco tiempo pasaron de ser unos simples parroquianos a un accesorio costumbrista del antro, a tal grado que el nombre nacido del imaginario femenino revolucionario mexicano, *Adelita*, les fue adjudicado como apelativo homosexual a estos miembros del ejército mexicano, dadas sus prácticas dentro del local. Tiempo después, trascendería como el nombre con el que se diera a conocer este antro situado dentro de un inmueble, de lo que antaño

fueran Los Baños Ecuador, marcado con el número catorce de la calle de República de Ecuador, al cual se entraba por la estrecha puerta de una cortina de accesoria). "Las palabras son de aire y van al aire", discurría esta frase de *Gitana*, de Willie Colón, cuando al vuelo fue asida por Aldo, quien con singular perspicacia le dio utilidad, sentido y sustancia con la siguiente frase que dejó en la mesa:

—¡A güevo! lo que permanece es la imagen. Después viene la palabra, lo elaborado del juicio.

—El curador que enreda todo —lo acotó Manuel.

—Cree darle orden e inyectarle sustancia a las obras, ¡Bueno, algunos caen en la falsa creencia de que son guías ontológicos de los designios del arte! ¡Está de la chingada! ¡Hoy en día ellos tienen más jerarquía que el mismo artista! —añadí.

—Bueno, bien podrían hacer eso, así como el propio artista puede lograrlo. La situación real es que han desplazado al artista de esta posibilidad o tal vez sea él mismo quien ha dejado ese espacio vacío. La gran mayoría de estos cabrones autonombrados curadores de arte contemporáneo abusan del lenguaje y se agazapan tras esa travesura conceptual realizada antaño por Duchamp. Bueno, si es que lograron entenderla —completó Manuel. Aldo daba un breve salto en su silla, intentando acomodarse mejor en ella; como para darse valor, le dio un sorbo a su cerveza y enseguida gritó.

—¡He decidido algo! —se interrumpió dando otro trago más, para seguir con sigilosa y sospechosa indiscreción. —¡Creo que mi camino no es ser artista visual, muchachos, sino el de curador!.

Fuga número dos: A todo lo largo de la cumbia *El listón de tu pelo*, del grupo tropical Los ángeles Azules, se fueron desnudando las tres mujeres situadas en el centro de la pista; cuando ya se encontraban totalmente desnudas, fueron en busca de un varón o dama que se animara a amenizar el show junto con ellas. Dos soldados rasos aceptaron valientes su invitación.

—Vengo de tratar de arruinar el concepto de *R. Mutt* —zanjó Manuel.

—¡Hahaha! —sonreímos Aldo y yo.

—¿La fuente de Duchamp? —preguntó Aldo a Manuel.

—Sí… — Manuel se acomodó en su asiento y prosiguió.

—No me van a creer, pero hay tres *fuentes* en el baño. Cuando empecé a orinar en una de ellas, sentí que descargaba la furia de todo un siglo.

El lugar quedó en penumbra. Para poner condiciones propicias al show, el ritmo techno de *Extasí, Extanó*, de Chimo Bayo, encauzó tanto el parpadeo de cuatro luces estrobos como los movimientos arrítmicamente penosos de los cinco espontáneos en la pista. El ambiente estaba dispuesto; ellos sabían que sus actuaciones concupiscentes debían de empezar.

—¡Tenemos que arrebatarles la palabra y la imagen! ¡Eso es definitivo! —dijo Aldo completamente lleno de intuición y alzando la voz para intentar colocarla por encima de la música techno.

—¡No es poca cosa! ¡Pero de eso versa la cuestión! —devolví con el mismo tono y proponiendo chocáramos todos nuestras cervezas.

Dos de las *stripers* mantenían sexo oral con uno de los rasos, en tanto al otro extremo de la pista el segundo arrojado miliciano con una rodilla sobre el piso penetraba a la tercera *striper*, la cual yacía en cuatro puntos sobre la pista de baile. Benjamín y Lucía, coordinadamente cautos, dejaron sus asientos señalando con sus manos su repentina y necesaria partida de las Adelitas del 14. Realmente no sé qué hacían ahí, recuerdo que pensé; si no tienen más de una semana de flirteo.

—Todo el circuito del arte está hundido, en total dominio y a favor de unos cuantos —decía Manuel. Actualmente, la construcción de significantes viaja en paralelo con la publicidad mercantil, con el juego del control de signos orquestado por los dueños del capital. Lo más inaudito de todo esto es que pocos disentimos y la gran mayoría prefiere sumarse a sus filas consumiendo y aceptando sus gustos o, peor aún, balbuceando sus sensiblerías —Manuel se interrumpió abruptamente; quedó con los ojos fijos a la pista de baile, a tal extremo que para Aldo y para mí fue notorio que lo que pasaba ahí era de gran importancia. No aguantamos la curiosidad los dos y volteamos:

Un soldado estaba de pie, mientras una de las *striper*, a sus espaldas, tocaba y acariciando su cuerpo, mientras en cuclillas, de frente al raso, la otra *striper* seguía en el trabajo oral; pero de la nada había aparecido un cuarto integrante que tomó posición a un costado del soldado y de la mujer que en cuclillas se ocupaba de la felación. El aparecido era un

hombre alto y robusto, ataviado con un largo abrigo color beige, sombrero verde olivo de ala ancha y, sosteniendo con su mano derecha, un plato de los que se usan para servir la botana. El hombre permaneció por un par de minutos impávido, firme y misterioso, mirando cómo la *striper* seguía con ahínco en la felación, Era como un general en espera de que la tropa cumpliera con su mandato. Cuando la *striper* sintió que el miliciano emitía las primeras pulsiones previas a la eyaculación, con un movimiento ágil y decidido, le pasó la estafeta al abrigado amigo. El soldado, al ver aquello, se echó hacia atrás; una inmediata reacción de resistencia, pero la dama que vigilaba su retaguardia al percibir esto lo instó a mantenerse en posición de *firmes* en su lugar. De la resistencia el soldado raso pronto saltó al descarado abandono por el placer. *Así me gusta a mí, así me gusta a mí… extasí, extanó…* retumbaba en el lugar. El hombre abrigado reaccionó; a tiempo quitó su boca del falo del combatiente por la patria para, de esa forma, obtener el debido tiempo para que gran parte del líquido seminal cayera en el plato *chicharronero*. Habiendo logrado su cometido, el hombre abrigado se alejó de la escena sosteniendo el festín con una pericia similar a la de un mesero encargado de servir el platillo de la noche… *No- no- no- no- no- no, sí- sí- sí- sí- sí- sí… extasí, extanó, extasí, extanó, extasí, extanó, extasí, extanó.* Y finalizó la de Chimo Bayo junto con el apagón de luces de las Adelitas del 14. Del fondo del bar encendieron sólo un reflector tipo teatro cuyo haz de luz fue siguiendo al portador del platillo hasta llegar a su mesa. Trepó a una silla; bien plantado sobre ella y con el haz de luz iluminando su figura, alzó el plato, lo presentó a los cuatro puntos cardinales como proyectando a los parroquianos la representación de la eucaristía; lo atrajo hacia su cara y, altivo, sacó la

lengua para dar un lamido al líquido seminal derramado en el plato. Surgieron aclamaciones y aplausos exacerbados.

—El problema no está en el texto curatorial; eso es coyuntural —llamó la atención Manuel, quien quiso aparentar que no se había apartado ni un instante de la discusión sostenida hasta hacía unos minutos, a pesar del delirante show apenas finalizado. Debemos llevar el tema al contexto teórico; no hay alternativa… Escuchen bien lo que les digo: ¡Sin dejar primero de pasarlo por el rasero de nuestras pulsiones estéticas más corpóreas y libertinas! —acabó diciendo Manuel. Aldo y yo quedamos absortos, desarmados ante su dicho. Después de un par de minutos, los tres bebimos y dijimos ¡salud! a Ortho y a su chica yugoslava, quienes permanecían sentados en la mesa de al lado.

Fuga número tres: dejamos las Adelitas del 14 y nos dirigirnos al Taller del 57; al entrar, Ortho se acercó al modular; cuando observé su intención, le pedí que pusiera la última canción del disco de éxitos de la Orquesta Aragón. Un tanto cansados, desmotivados y ebrios, nos sentamos en torno a la mesa vieja, construida de material de desecho (cachivaches tirados en calidad de basura por los vecinos); Manuel abrió la botella de tequila medio vacía que se encontraba frente a él, acercó la torre de vasos desechables que nunca faltaban sobre la mesa, puso en fila cinco de ellos y empezó a servir. Sin esperar a que Manuel acabara de servir, Ortho se hizo de uno para empinárselo hasta el fondo sin dejar una sola gota, lo que nos impulsó a todos a imitarlo. Ortho rellenó su

vaso y se retiró tambaleando a una de las habitaciones donde lo esperaba su amiga. Manuel, Aldo y yo permanecimos en torno a la vieja mesa escuchando *Silencio,* de la Orquesta Aragón. Habían pasado sólo unos cuantos segundos de que Ortho había entrado a la recámara, cuando se oyeron unos desesperados gritos de ayuda.

—¡Hey, hey.., ayuda! ¡Ortho, Ortho! —se oyó gritar a su amiga. Me dirigí de inmediato a la habitación y observé que Ortho se estaba ahogando con su propio vómito. Lo cargué en brazos y me dirigí apresurado al baño custodiado por Aldo y Manuel. Lo dejé en el piso, donde quedó hincado frente al inodoro; lo abracé por detrás y le apreté el estómago con fuerza. Mi acción de primeros auxilios resultó eficaz; nada más se recuperó de la energía gastada en las compulsiones vomitivas y ya estaba volteando su cara hacia nosotros para decirnos:

—Abramos un lugar, solo así podremos tomar distancia del circuito actual del arte —cansado por las regurgitaciones y aparentando un enojo como surgido de una añeja opresión, añadió: y no sólo del arte como tal, sino también de la estética-política imperante.

—¡Una Galería de autor, pinche Ortho! —secundó Aldo.

Con esa idea en mente Manuel, Aldo y yo nos reunimos con Ortho en el piso del baño. Hasta ese momento nos enterábamos los tres conversadores de las Adelitas del 14, de que, aunque Ortho no había participado en la plática en toda la noche, sí nos había escuchado. Acto seguido, nos tomamos espontáneamente de forma impetuosa uno a uno de nuestros antebrazos, como lo hacen los personajes de la historieta de

los *Cuatro fantásticos* justo antes de salir a cumplir una hazaña más en contra del mal. Todo ello ante la vista de la amiga yugoslava de Ortho quien, recargada en el marco de la puerta, presenciaba atónita lo completamente ridículos que seguramente nos veíamos cerrando un pacto bajo la impronta imaginaria del comic, el inodoro como escenografía y *Silencio* de La Orquesta Aragón que se repetía una y otra vez.

VEINTISIETE

Despegué la vista del texto de Iñaki, creo que lleno de más dudas que de respuestas; sin embargo, después de estas *fugas* que vi pasar por mi memoria, creí tener algo en claro: de forma casi intuitiva o no sé si como un aprendizaje, *los cuatro fantásticos* habíamos comprendido esa noche que el panorama en el circuito del arte de nuestra generación era indolente y enrevesado, que aunque fuéramos unos noveles artistas llenos de ímpetu y esperanzas por forjar una estética que influyera, ya no digamos en el panorama político sino por lo pronto en el devenir convencional de nuestras vidas, irremediablemente quedaríamos siempre expuestos a ser seducidos, como la gran mayoría de la población (incluyendo a los artistas y curadores más intelectualizados) por el reflejo aspiracional que emite ese gran espejo omnipresente que es el mercado mediático; por los valores gregarios que representa y por el vacío de contenidos solapados por la posmodernidad.

VEINTIOCHO

—¡Es definitivo! —afirmé con los ojos fijos a los de Iñaki Luengas, quien respondió con un reclamo hecho pregunta.

—¿Quieres que sea tu texto el que dé presentación a la expo?

—No, en absoluto; que la expo sólo vaya acompañada del título que les propongo —les solté al curador y a la galerista, quienes se encontraban de pie frente a mí, en tanto yo permanecía sentado en el sillón de la oficina de la galería asignado no hacía más de una hora por Eva Vigorra.

—Cè, las bases de la convocatoria del concurso fueron claras; extracto del texto de Iñaki, tanto en la muestra como en las invitaciones y su texto completo en el catálogo; ¿de acuerdo? —dijo Eva igualando su tono de voz al mío, al tiempo que encendía un ducado… Le respondí categórico.

—En la expo sólo título —dirigiéndome ahora al curador continué: respecto a la invitación y el catálogo, te propongo que nos pongamos a trabajar tú y yo con tu texto como base. Platiquemos, conciliemos puntos de vista y veamos el resultado —Después dirigí una petición a Eva Vigorra: danos sólo tres días.

—¡No! —interrumpió enfadada la galerista, desquitando su enojo con una fuerte inhalación a su ducado; exhaló con fuerza un trazo definido del mortífero hacia el techo de su local para continuar: Estamos al límite de tiempo "querido"; no estamos para hacer cambios; ¿de acuerdo? —se cruzó de brazos en espera de mi respuesta; sus ojos emanaban un odio embadurnado de dulzura falsa.

¡Querido!... ¡querido!, siempre he creído que ese adjetivo lo cantan aquellas personas que tontamente se creen poseedoras de un poder para hacerte menos.

—Mira, "linda" —entrecomillé fonéticamente el adjetivo como para desactivar su propósito de apocarme, al tiempo que me ponía en pie: no estoy en contra del texto de Iñaki, sólo estoy proponiéndoles que escuchen mis puntos de vista al respecto. Iñaki se quitó el sombrero de ala corta como para ganar aire y disminuir el bochorno que empezaba a encender su cara. En cuanto a la expo, proseguí, creo que los cuadros junto al título que estoy proponiendo, es justo lo que necesita el público para completar libremente su juicio sobre mi obra.

—¿Quién te crees tú para decir eso? ¿Cómo que quieres meter mano a mi texto? —explotó el curador señalándome con su sombrero.

—Nadie en especial —le contesté con voz neutra; sólo te puedo decir que someter a juicio tu texto en este momento no sería la mejor forma de llevar nuestro trabajo a buen puerto.

—¡Ahh! Esto es una monserga —se quejó fastidiada la galerista.

—Bueno, abramos un espacio de discusión mañana a primera hora —propuse intentando refrescar las posturas.

—Mira, "querido" —volvía Eva a usar esa mentecata palabra llena de falsa seducción edulcorada que tanto me enfada: tú entraste a un concurso que contenía unas bases y tendrás que someterte a ellas, "querido" —el "querido" de la galerista empezaba a enfadarme más que lo que nos tenía allí discutiendo.

—Si te gusta; si no, ve acostumbrándote; ésta es la forma como se trabaja profesionalmente. ¡Sitúate! ¿Estás o no estás? —de esta forma intervenía Iñaki Luengas para completar el ardid de Eva, al tiempo que se colocaba el sombrero sin haber conseguido del todo disipar lo soflamado en su tez.

—No, no lo estoy —le espeté esperando su reacción; sin embargo, Eva fue la primera en reaccionar. Tiró el ducado que estaba fumando, lo pisó e inició con su pinche palabreja que ya venía minando mi paciencia.

—¡Querido!, tú no sabes a quién te mereces, ¿verdad? ¿Sabes que este mecanismo no funciona si no haces caso de lo que se te dice? ¿No sabes que tenemos que *alinear voluntades*? —esto último dicho entrecomillado con sus manos. Tú eres un simple creador de objetos; el curador es el publicista y yo la dueña de la tienda; así de sencillo. Mira, debes saber que Iñaki es un curador reconocido cuya voz buscan los coleccionistas, comentaristas y reporteros; él tiene un tono, una sintonía; su opinión tranquiliza, cautiva al comprador. Yo tengo la tienda con un prestigio tal que todo lo que entra por esa puerta, aunque no sea, no exista o no reúna los requisitos de lo que llaman "contenido estético", aun así lo convierto en *pasta*; soy el sastre que vende la tela inexistente para una prenda imaginaria a todo aquel que guste o quiera presumir ser el rey —presa de un sobresalto, Iñaki Luengas quitó la palabra a la

dueña de la galería y enlistó en mi cara una serie de preguntas recriminatorias.

—¿Acaso sabes que no serás nadie en el mundo del arte si no te comportas, que, de hecho, si no consigues encuadrar dentro de los parámetros y criterios afines a la dinámica del mercado, estás muerto como artista? Si crees que puedes ir en contra de esto, estás muy equivocado, *tío* —conforme Iñaki Luengas soltaba con toda intensidad una a una sus advertencias, parecía que con esa misma intensidad se iba encorvando su largo y enjuto cuerpo. Y aunque pronto me di cuenta de que lo hacía con el propósito de empatar su cara con la mía, para asegurarse de dejar fehaciente su llamado al orden formal del circuito del arte contemporáneo, no dejaba de dar la impresión de que cuanto más encorvaba su humanidad, de forma inversamente proporcional se incrementaba su tensión interna, lo que me hizo pensar que existía un peligro latente: que mientras su encorvado y largo cuerpo siguiera oponiendo resistencia a esa suerte de fuelle interno, la acumulación de energía dispuesta a liberar iría exponencialmente en aumento.

Continuó el curador: Creo que eres de los que siguen pensando que el arte puede influir en el orden social; ¡no existe nada que lo pueda cambiar! ¡Ni las creaciones más sublimes podrán hacerlo! ¡Ubícate, coño! ¡Por donde lo veas, estamos re-du-ci-dos, con-tro-la-dos! ¡Uno a uno nos sostenemos del rabo cuidándonos para no salirnos del redil! —finalizó Iñaki dibujando una tonta sonrisa de sorpresa en su cara, un orgullo o algo parecido, tal vez surgido por haberse dado por enterado del cuadro que había logrado proyectar con su última frase. Luego, en instantes y de forma inesperada, se apagó su sonrisa, dando paso a una boca entreabierta, con una saliva densa y blanca entre las comisuras de

sus labios secos; después, y de forma gradual, en Iñaki fue resurgiendo, aún con más intensidad, lo soflamado de su rostro. La resistencia opuesta a su fuelle interno revelaba de qué forma proseguía su marcha; ahora era una suerte de acumulador de energía, pero, en contraste, sus ojos empezaron a vidriar, a irradiar amargura, como si una opresión del pasado lo estuviera embargando o lo hubiera tomado presa por sus recientes dichos. Fue inevitable no alcanzar a ver el rostro de un hombre arrepentido, de un hombre atrapado en la trama sutil e infame del envilecimiento voluntario. Su fuelle interno se fue apagando, su largo y delgado cuerpo dejó de presentar resistencia, y aunque conservaba su curvatura corporal (ésa que al principio aparentaba contención y resistencia) ahora era blandengue y descargada, como si toda la energía acumulada se le hubiera escapado en un pedo. Eva Vigorra, por su parte, se daba cuenta de ello. Pronta y ansiosa encendió el último ducado de su cajetilla blanda, la estrujó con su mano, aspiró con furia el cigarrillo, echó todo el humo a la cara de Iñaki Luengas para después arrojar, con la misma furia, la cajetilla estrujada a un lugar neutro de su oficina, dio un profundo respiro y mascullo como para sí misma: Valientes tíos estos.

Suspiré llevándome las manos a la cara; y para tratar de concluir señalé "No se diga más; me voy; si llegan a realizar el montaje y la apertura de mi expo como lo he pedido, estaré agradecido; de lo contrario, ¿qué puedo hacer? Se quedan mis obras; de una u otra forma ya me fueron pagadas. Hasta pronto ―me di la vuelta y salí de la galería con rumbo a mi cuarto de alquiler pensando sólo en regresar lo más pronto posible a ▸la ciudad de México.

Segundo ~~Primer~~ apunte para el proyecto "Contemporal"
(~~serie de cuatro~~ ~~videos~~ Un video-arte elemental)
Lugar: boeing 747, Madrid-México.
Altitud: 40,000 pies.
Tiempo para aterrizaje: 5 hrs. 34 min. 22 seg.

Objetivo material: *~~Las siguientes líneas buscarán esbozar una ruta con la cual sentar las bases conceptuales para la edificación de un proyecto que comprenderá la realización de cuatro videos de arte fundados que nacen de en la exploración de las siguientes hipótesis.~~*

Reconsiderando, en vez de cuatro videos, sólo será uno, el cual realizaré con base en las siguientes hipótesis:

I Hipótesis*: La unidad que mantienen los objetos del arte pertenecientes al mainstream actual con ~~respecto al~~ el consumo de objetos de sobre-confort ~~(sinónimo estos de éxito y trofeo económico),~~ listos a colocar dentro de colecciones privadas o espacios de disfrute exclusivo, me hace pensar que es ~~una~~ uno de ~~tantas~~ ~~muestra del sentido que contiene la obra de arte en la actualidad.~~ tantos factores que evidencian qué tan sobrevalorada y ausente de lo cotidiano se encuentra (tanto en su contenido como en su distribución) la obra de arte en la actualidad.*

II Hipótesis: *Visto más como propio de (una comprensión 'aristocrática') una cultura ~~burguesa~~ 'elitista', gran parte del arte perteneciente a este mainstream contemporáneo limita sus acciones*

estético-sociales de forma grosera y lacerante, a ~~este clasismo~~ esta mentalidad clasista de la cual proviene y a la que va destinado, desnudando, con ello, su nula participación en los territorios convencionales al devenir del ser ordinario.

Objetivo conceptual: *De forma que ~~los cuatro videos~~ el proyecto Contemporal, un video-arte elemental, tendrá~~n~~ como finalidad principal intentar denotar ~~los~~ nuestros quehaceres y ~~acciones~~ actos más elementales ~~al ser humano,~~ los que a diario nos acontecen dentro de nuestro territorio convencional, con ~~el~~ un objetivo ~~puesto~~ ~~en~~ directo: reencontrarnos en ellos o, de ser posible, reconstituirlo como ese ~~la parte importante~~ ~~uno de los componentes~~ componente ~~mas~~ esencial para integrar ~~a~~ nuestra vida ~~de~~ a una "estética existencial nominalista (individual-concreto-encarnado) con respecto a ~~que pueda influir~~ nuestro devenir cotidiano".**

~~*(¡algo falta aquí!, algo como: que intención tendría dentro de este contexto el acto ¿la vida como arte?/~~ tal vez la clave sea profundizar en lo que estoy llamando "estética existencial nominalista de nuestro devenir cotidiano"~~)~~ = el devenir personal como soporte de creación (la vida como soporte).

Semántica del contenido (un bosquejo): *Trama similar a lo que se da en llamar videoclip musical:*

Un individuo entre 25 y 30 años es filmado haciendo sus tareas domésticas, cotidianas y creativas dentro de una casa (de las consideradas de descanso). No existen diferencias ni jerarquías entre una y otra actividad, pues todas son resultado de su devenir nominal, el que irremediablemente se encuentra en constante proceso y cambio, por lo cual es (y ésta es la tesis más relevante en el video) el soporte idóneo para participar de la revelación constante de nuestra existencia, no en tanto artista, sino en tanto individuo como parte del universo.

**Seria importante realizar un diagrama que me ayude a trasladar el proyecto Contemporal en la vida cotidiana.*

Entrada a la Tercera Parte

Secuencia uno

En pantalla:

Imagen desenfocada y oscura; progresivamente va corroborándose hasta verse en cuadro una toma en contrapicada cercana a una puerta color café, en la cual se alcanza a ver una mirilla y arriba de ella el número 204.

Audio:

—¿Ya está encendida?... Pinche Martín, dámela.

—Espérate, ya está, ve... ¡Mejor toca el timbre, güey!

—¡Dámela… yo mejor grabo!

—¡Cálmate, Jonathan! ¡Toca y ya, cabrón! —se escucha el golpeteo de una puerta.

—El timbre, ¡pinche Jonathan! —ahora se oye el sonido lejano de un timbre.

En pantalla:

Se abre la puerta color café, al otro lado de la cual aparece Ortho con cara de sorpresa. En segundo plano, mucha gente bailando.

Audio:

Se escucha, con un eco que sugiere lejanía, *Fly, Robin, fly,* de Silver Convention.

—¡Eh! ¿Y eso? —pregunta Ortho a Martín, camarógrafo en turno.

—La última de Martín —se oye decir a Jonathan, en tanto Martín dice a Ortho:

—¡Bueno, ya…! con permiso ¿Dónde carajos está el recién llegado?

En pantalla:

La toma permite ver cómo Martín se va adentrando al taller del 57 hasta llegar al primer salón. Hay un gran número de personas bailando. Se abre la toma; el *zoom* acciona en automático; por momentos se desenfoca la imagen.

Audio:

Continúa *Fly, Robin, fly* a un volumen tal que sólo los gritos más enérgicos se pueden oír a la par de la música.

En pantalla:

El movimiento de la cámara es vertiginoso, accidentado, pero consigue transmitir el momento eufórico que está viviendo Martín. Por instantes la toma capta el baile de una atractiva joven caucásica, quien al percatarse de que Martín la graba actúa complaciente y seductora frente a la cámara, luego con el camarógrafo. La chica sale de cuadro, la imagen se torna de nueva cuenta un tanto accidentada, pero bajo la mínima directriz, pareciera que de forma autónoma la cámara estuviera

buscando a alguien. Aparece la cara de un niño sonriente, no mayor de ocho años, pelo castaño, copete caído sobre la cara y dentadura incompleta. Hay un desplazamiento de la cámara; ahora se observa a la mujer caucásica bailando condescendiente y alegre con un niño como de diez años, con la cabeza rapada y ropa sucia como dos tallas más grandes a su tamaño; su cara denota un tránsito nocturno por calles tormentosas y consumo vario de sustancias malsanas. Es Martín explayado y feliz bailando con la joven caucásica que de vez en vez lo abraza.

—fin de la secuencia uno—

Secuencia dos

Audio:

—Sí, sí… la tercera del lado A.

En pantalla:

Toma cerrada. Se observan unas manos que están a punto de colocar un disco de acetato sobre una tornamesa. Aparece otra mano señalando el mismo disco. Las dos manos desaparecen de cuadro y ahora sólo se observa el disco que empieza a girar.

Audio:

—Ruido de aguja que surca el acetato, *San Salvador*, de Azoto, es el tema que colma el lugar.

En pantalla:

Como golpe de timón, el visor de la cámara dirige su objetivo al primer salón del Taller; se observa lleno y a toda clase de personajes bailando. Uno a uno, el visor de la cámara pasa revista: Ortho con su pareja, muy carnavalero; sinnúmero de alumnos y alumnas de la Academia de San Carlos; ahora no sólo una sino dos mujeres caucásicas; la pareja de vecinos socorristas en el incendio provocado por Cè; varios amigos de Benjamín, de Romualdo y de Ortho, los de este último procedentes de la selva Chiapaneca; Darío y Julio junto a un trío de jóvenes trovadores con guitarra acústica a la espalda; Manuel con un séquito de seudoescritores, filósofos y borrachos de ocasión; Jonathan yendo y viniendo por entre todos los eufóricos bailadores, lo que hace recordar el juego de *la víbora, víbora de la mar,* y otros tantos que nunca sabíamos quiénes eran, pero que nunca se perdían una fiesta del taller. Todos evocando los pasos y movimientos surgidos de un sonido un tanto cercano pero distante respecto al momento de su incubación. Bailando la nostalgia de los acordes pop-hedonistas de su infancia, los que por algunos momentos aparentaban dar más certeza a sus pasos ensayados que la música perteneciente a su generación.

La imagen en cuadro es tomada presa por una especie de arrebato; la disputa por el aparato fílmico se percibe; esta momentánea querella precede a la pantalla en negro.

—fin de la secuencia dos—

Secuencia tres

En pantalla:

Toma extremadamente cercana a la tornamesa sobre la que gira un disco de acetato rojo translúcido.

Audio:

Bullicio de voces sobre un silencio expectante … Segundos después, el golpe violento del címbal seguido por los tambores acompasados al gutural bajo de *Disco Infierno*, de The Trammps. La resonancia de la música disco rompe el silencio.

En pantalla:

El filme es vago; sus movimientos bruscos aturden… Poco a poco se percibe hasta qué grado el que porta la cámara va aumentando su cadencia rítmica con el *Disco Infierno*. La toma vira hacia el techo tiznado del Taller; se mantiene dando vueltas de trescientos sesenta grados por algunos instantes, cosa que logra trasmitir el creciente furor que se vive, a tal grado que al camarógrafo casual, podríamos decir, no solamente no le interesa lo filmado, sino que inclusive se descubre que ha dejado la máquina depositada por unos instantes en el olvido para entregarse por completo a la introducción energizante de ese clásico de 1976.

Audio:

"Burn, baby, burn" - "Burn, baby, burn" - "Burn, baby, burn" - "Burn, baby, burn"…

En pantalla:

Por primera vez se puede apreciar el salón contiguo al que fue utilizado como pista de baile en esta recepción a Cè. En primer plano, junto a la mesa que sirve de soporte al modular Kenwood, se observa a Ortho y a Benjamín un tanto incrédulos y preocupados al advertir que el visor apunta hacia ellos. No se ha logrado distinguir sus caras del todo cuando el camarógrafo cambia de objetivo enfocándolo directamente a sus pelvis; con un breve *zoom*, primero al de Ortho, y momentos después, al de Benjamín. La persona que esta detrás de la cámara le interesa percibir qué tanto bulto consigue hacer o levantar lo que hay debajo de su pantalón. Terminando con ese par, la acción se repite con todos y cada uno de los varones que pasan frente al visor en su deambular por todo el taller: Con Cè, Aldo y Manuel, cuando, compenetrados en su discusión, el que manipula el aparato fílmico rompe intruso su círculo meditabundo utilizando la cámara cual arma de amague para dirigirlo a lo de Aldo. Éste lo recibe con una pose de sumisión actuada, como si el que estuviera atrás de ella fuera un asaltante y el dispositivo fílmico un gran revólver. Como reflejo disparado por una señal, la mira cambia con un drástico giro a capturar las caras de Cè y Manuel, quienes al saberse filmados alzan su vaso al nivel de la lente en señal de brindis; ante ello se aprecia cómo la cámara, junto a su manipulador, pasan por entre los dos fraternales salutativos de forma irreverente y escogiendo saltar el registro del bulto tras los pantalones de este par. Por un instante la imagen sale de foco y aparenta que el camarógrafo caminara en suelo empedrado. Después, la mira levanta su horizonte; se descubre que ya aguardan una fila como de diez varones esperando gustosos la grabación con la que sus arropados

genitales pasarán a la inmortalidad. La cámara inicia un recorrido al nivel de sus cinturas; el tiempo de permanencia que tarda entre uno y otro marca su preferencia. Terminado de filmar el último de la fila, cual si hubiera apretado el botón *review*, se regresa a uno que había llamado su atención. Enfoca, realiza un acercamiento, se alcanza a distinguir cómo el manipulador de la cámara pone una rodilla al piso para lograr una mejor toma; ahora encuadra, corrobora la imagen. Se aprecia que el órgano detrás del pantalón está teniendo, en ese preciso instante, una erección.

Audio:

Disco Infierno sigue tocando. Al parecer no es la canción original, sino el remix de más de diez minutos realizado para la película *Fiebre de sábado por la noche*.

En pantalla:

Un *zoom* máximo a la erección, a tal grado que la imagen sale de foco. Enfoca, y se observa una mano sobre el bulto que hace relieve en el pantalón de mezclilla. La mano, por su fisonomía, parece que es de mujer. Remarca delicadamente el miembro sobre el pantalón, juega un poco con él hasta empuñarlo por sobre el textil; después lo acaricia cual si se tratara de un perro fiel. Un movimiento súbito distorsiona la imagen. Se entrevé de nueva cuenta una disputa por el aparato fílmico. Por breves segundos se observa la cara iracunda de Martín; luego sigue un tiempo de caos durante el cual, en apariencia, la cámara pasa de mano en mano. Se abre la toma y aparecen en cuadro Martín y Lucía luchando por el aparto. Se obvia que la fotógrafa en busca de la variante

genital tras el pantalón es la novia de Benjamín. Martín sigue peleando la cámara con Lucía; después, con cualquiera que se le pone enfrente.

Audio:

Disco Infierno va llegando a su final. Justo al término de esta melodía, de forma encadenada, se escuchan los gritos atronadores de Martín que incriminan a toda la fiesta. —¡… se a la chingada! ¡Pinches artistas! ¡Qué van a saber ustedes de tragedias, si nunca han vivido una!... ¡Vámonos!..., ¡vámonos! ¡Tú, pinche Jonathan! Tráete la cámara, ¡Vámonos! ¿Qué no oyes?

En pantalla:

La cámara va siguiendo la espalda de Martín, se dirige con rumbo a una de las recámaras del taller; llegando al ventanal que da hacia la calle del 57, abre sus dos hojas y con gran agilidad brinca hacia la cornisa del edificio; da media vuelta y estira sus brazos para coger la cámara de manos de Jonathan. Martín se coloca la cámara en el hombro.

Audio:

Existe un intercambio inaudible de palabras entre Martín y Jonathan, En tanto escucha lejanamente la cumbia *Quiero amanecer* de Mike Laure.

En pantalla:

Martín guía el objetivo de la cámara, en un recorrido lento, por todo lo largo de las dos calles del 57, desde Donceles hasta llegar pausadamente a Belisario Domínguez; gira la cámara para ver a

Jonathan, quien manda un saludo inocentemente sonriente al visor, da media vuelta e inicia su andar por sobre la cornisa del edificio; la cámara lo sigue hasta que llega a la esquina que hace la primera calle del 57 con República de Cuba. La toma se mantiene hasta ver cómo Jonathan se introduce a gatas a una pequeña techumbre de cartón y lámina; una vez dentro de ella, se recuesta abrazando a un perro flaco que yacía bajo la techumbre. Martín mantiene esa toma por un tiempo, después sube un poco el objetivo hasta que aparecen titilantes las luces de un pequeño y estropeado árbol de navidad sintético que corona el refugio.

—fin de la secuencia tres—

Tercera Parte

NUBE EN LO ALTO DEL ATOLLADERO

UNO

—¿Ahí termina? —preguntó Flavio, condiscípulo de Benjamín y Aldo, de frente amplia y labios hinchados por sus excesos en la ingesta de alcohol, condición que aletargar su habla.

—Sí, es todo —contesté levantándome de la silla.

—¡Pinche Martín, es todo un personaje! —agregó Aldo dejando también su asiento en el momento en que Flavio ordenó ansioso a Benjamín:

—¡Eh!, Benja, ponle al fut, ¿no? Hoy es la final. Benjamín desenchufó los cables conectados de la televisión a la videocasetera Sony VHS, luego pinchó el botón buscador de canales hasta que encontró la transmisión de la final del torneo mexicano de futbol. Flavio continuó:

—Gracias, Benja. Y, oye… ¿a qué hora llegan las chicas? Calmo y parsimonioso, como de costumbre, Benjamín respondió: —Están en la recámara de Ortho desde hace como veinte minutos. Todos reaccionamos sorprendidos, dirigiendo nuestra vista a Benjamín, quien sereno se apartó del grupo para dirigirse al cuarto de Ortho. Manuel, por su lado, se puso de pie frente a su asiento, estiró su cuerpo y dio un gran

bostezo; quitándose la somnolencia dirigió su mirada vidriosa a Aldo y a mí. Sin mediar una palabra, los tres nos dirigimos a paso de impaciencia controlada rumbo a la sala 3, en tanto Flavio y el chico *piocha larga* permanecieron quietos en la sala 2 mirando la final del futbol.

—¿Cómo ven?... Ya llegaron —dijo Aldo arqueando las cejas de más y sin oponer control al inquietantes movimiento de sus ojos.

—Ya veremos cómo se va dando —le contesté mientras abría uno de los dos balcones de la sala 3. Ante tal misterio, Manuel pregunto:

—¿Qué se traen? ¿Qué va a haber o que?...

—Aguanta; si no, se ceba —dijo Aldo secándose con el reverso de su mano el sudor que iniciaba a escurrir de la sien. Manuel le dirigió una mirada interrogante, pues a su respuesta tajante y evasiva prosiguió una transpiración más abundante que terminó por empapar en exceso todo su rostro.

—¡Qué! ¿Todo bien? —se escuchó la voz de Benjamín, justo cuando entraba a la sala 3, aparentemente resuelto a unirse a nosotros.

—¿Cómo las ves? —le preguntó Aldo. —¿Se va a hacer o no?

—Ahí vamos, ahí vamos; se están forjando unos churros para acoplarse a la situación —le respondió Benjamín sacando uno recién hecho; lo encendió, le dio dos caladas y se lo pasó a Aldo, quien con gran apetito le dio tres "jalones" al hilo…

—Dicen que somos muchos —Benjamín lanzó esto como fingiendo despreocupación.

—¿Pues cuántas son? —preguntó Aldo.

—Tres —dijo Benjamín, en tanto Manuel, con una mordaz risotada, reaccionó:

—¡Ha-ha-ha! Una orgía… ¿Van a hacer una orgía?... Bueno, si dicen que somos muchos, yo paso, éntrenle ustedes.

Un humor lascivo, tenso y expectante empezó a cuajar el ambiente del departamento ubicado en el segundo piso de un edificio de principios de siglo XIX, de balcones amplios y techos de doble altura, localizado en la esquina de las calles de Mesones y Simón Bolívar, el cual albergaba, desde un mes atrás, *La F, galería*, con las intenciones puestas en cumplir con ese pacto realizado en el cuarto de baño, sobrevenido en historieta de los cuatro fantásticos, y con el cual había quedado atrás y ▸concluido el ciclo del Taller del 57.

—Sirve unos tequilas para la espera —me propuso Manuel. Sin pensarlo dos veces, fui a la cocina: pasé por la sala 2, en la que permanecían el chico *piocha larga* y Flavio viendo la final del futbol; por la sala 1, donde solas se encontraban colgadas tres obras y texto de presentación de la exposición inaugurada un par de días atrás; por la recepción, pequeño patio en donde un gran cancel de herrería dividía los límites del departamento con el pasillo común que daba circulación a las escaleras de salida del edificio; finalmente, a la cocina. Entré, me hice de la botella de tequila Orendain blanco apostada en una vieja alacena de lámina y algunos vasos desechables. Cuanto iba saliendo de la cocina, de regreso a la sala 3, escuché la voz de Benjamín que me llamaba, "Cè, Cè". Deduje: "Éste salió de la sala 3 casi pisándome los talones…" volteé y ubiqué que se encontraba en la recámara de Ortho, único espacio del departamento usado como recámara en la galería recién inaugurada.

Manuel y yo, que vivíamos también dentro de La F, galería, nos conformábamos con guardar nuestra ropa dentro de bolsas personales, tender nuestras respectivas colchonetas por las noches para pernoctar y por el día recogerlas para restablecer el lugar como galería y como taller de producción. Manuel, dentro de la sala 2, lugar donde se encontraba la puerta de entrada del único baño del departamento, y yo, por mi parte, en la sala 3, que contaba con dos balcones, uno con vista a la calle de Mesones y el otro a la calle de Bolívar.

Haciendo caso al llamado de Benjamín, me enfilé al cuarto de Ortho, donde estos dos se encontraban conversando con las tres chicas. Benjamín me presentó con ellas. Al percatarse que llevaba el tequila en la mano, todos me hicieron señales de repartir; una de ellas, que fumaba un recién forjado y abultado cigarro de hierba, me preguntó mientras servía un chorro de tequila en su vaso:

—Oye.., entonces, ¿tú vives aquí.., dentro de esta galería?

—Sí. ¿Qué te parece? —le contesté,

haciendo caso omiso a mi pregunta, dio una fumada a su preparado, contuvo al máximo la aspiración y en tono ahogado siguió cuestionándome.

—Y… ¿de quién son las pinturas?

—De todos nosotros y de algunos otros amigos —le contesté.

Se acercó aún más a mí, la chica no dejaba de atizarle y prosiguió diciendo de forma ahogadamente apacible.

—¿Sabes?, a mí me gusta fumar, conversar, beber, convivir, echar el rollo, ¿me entiendes?... también me gusta el arte, la música, la pachanga… —Se acercó aún más y con voz de tierna advertencia cuchicheó en mi oído: "También nos gusta coger, pero no te vayas a sacar de onda" —advirtió como para dejar en claro las pretensiones de su visita a uno de los encargados del congal, o a manera de prevenir futuras ofensas.

—No te preocupes, están en su casa. Mira, aquí te dejo con Ortho y Benjamín —le di un abrazo más fraterno que carnal, y al momento de iniciar mí regreso a la sala 3, de reojo alcance a ver cómo estos dos estaban en plena labor de convencimiento con las dos chicas restantes.

DOS

En mi camino a la sala 3 pensé en que lo dicho por aquella chica denotaba un tanto su mal presentimiento o, indiscutiblemente, un reflejo de su inseguridad con el lugar y el momento. Llegué a la sala 3; Manuel y Aldo estaban recargados en la balaustrada de herrería que daba a la calle de Bolívar. Al ver mi presencia, dieron media vuelta, les alcancé un vaso y les serví un tanto de tequila mientras les platicaba lo que había percibido en la recámara de Ortho, advirtiendo, sobre todo a Aldo, de que veía poco probable que se llevara a cabo la tan anhelada y esperada orgía. Ante tal situación Aldo prefirió, de forma tajante, cambiar de tema, esperando mediar una distancia para prevenir irrefrenables frustraciones ulteriores:

—¿Escucharon lo que le estaba diciendo Mateo a la directora y a la curadora en jefe del museo de arte actual el día de la apretura de La F?

—¿Mateo? ¿Quién es Mateo? —le pregunté a Aldo.

—¡Este güey!... ¡este que está aquí al lado viendo el futbol! —respondió Aldo a mi duda con ampliada obviedad, a lo que Manuel añadió, para que no me quedara duda:

—El chico *piocha larga*… ¿Ya?

—¡Ah! Se llama Mateo… hasta hoy me entero de ello —precisé. Aldo retomó la palabra:

—Pues no sé, pero como tomando valor por sus recientes reconocimientos y premio obtenido en el festival del performance, les advirtió que, cuando lo invitaran a formar parte de una expo en el museo que ellas dirigen, iba "*a hacer lo inimaginable*", y de paso, en un tono netamente despreciativo, les informó que no había participado en nuestra expo debido a que, así dijo: "Ya está en otro rollo… en una nueva o distinta compresión del arte".

—Bueno, él no fue el único; Benjamín tampoco quiso participar —añadí.

—Bueno, bueno, y ¿qué dijeron ellas?, ¿qué más les dijo? —preguntó Manuel ansioso por saber más de esa historia.

—El par de mujeres ya no sabían cómo contestarle o de qué forma evadirlo, ya veían a un lado, ya veían al otro, y Mateo que no las soltaba; no sé, pero este güey se las ingeniaba para no dejarlas ir, parecía un merolico arengando a las multitudes fuera de una estación del metro —Aldo se interrumpió, tomó un trago a su tequila y prosiguió:

—¡Ah!, pero lo que estuvo en verdad apoteósico fue cuando les dijo —en ese momento Aldo actuó el papel de Mateo frente a las directoras del museo de arte actual— "Si ustedes me dicen en este momento que llene la plancha del zócalo de la ciudad de México con autobuses de tal forma y color, yo —fingió levantar en ese momento la bocina de un teléfono— hago una llamada telefónica y en menos de una hora estarán ahí listos y acomodaditos, como ustedes sugieran y a la espera de que

tranquilamente contemplen y suelten su rollo, apoyando esto último simulando escribir con bolígrafo en el espacio.

—¡Ha-ha.ha, ha-ha-ha! —nos carcajeamos los tres.

—No es cierto, ¿y qué más?, ¿qué le contestaron? —le pregunté a Aldo con las ganas del que quiere seguir escuchando un buen chiste.

—Pues sí, realmente las miré que medio se abochornaron; pero, esperen, eso no paró allí. El pinche *piocha larga* se las remató con que —de nueva cuenta, Aldo se enfundó en el personaje de Mateo y continúo:

—¡Claro! Como ustedes saben, linduras, todo esto se arregla con un billete; ahí tienen mi presupuesto para llevar a cabo la obra y listo ¿no? Flojitos y cooperando... ¿Cómo ven? —Aldo dejó de lado por un instante el personaje de Mateo, sólo para destacar aún más lo que venía:

—¡Ha-ha-ha! Y aguántense ésta —Volvió con más ahínco a enfundarse en el personaje de Mateo, y ahora a tenernos a Manuel y a mí como la directora y la curadora en jefe del museo—. Por cierto, supe que estaban preparando algo para confrontar o cotorrear a los del EZLN ¿No? Estoy listo para lo que manden y ordenen; eso sí les digo —Aldo actuando de forma histriónica y, a su vez, gozando del remate que Mateo propició a las curadoras—: lo más loco que hayan pensado sus cabecitas lindas y tiernas se queda corto con mis *ondas* que están fluyendo incontenibles día con día dentro de mi cabeza. —Aldo, en ademán de viejo maníaco, alzó sus manos a nivel de su cara y puso ha mover cada uno de sus dedos de forma tiesa y desincronizado para continuar diciendo, bajo una modulación de misterio: "Diría yo: hirviendo maniáticas en todo momento." ¡hahahaha!... Déjenme jugar un poco; les aseguro que será divertido… ¿Qué les parece?

—¡Hahahahahaha! Reímos los tres a mandíbula batiente, y, sin soltar el hilo narrativo, Aldo prosiguió:

—Se veía a leguas que las directoras no aguantaban más; sus rostros denotaban desencanto. Creo —entrecomilló Aldo con un par de dedos de cada una de sus manos— que la visión del arte actual que les reveló Mateo les produjo una especie de inestabilidad al ver cómo sus creencias con respecto al arte actual habían sido puestas en jaque involuntariamente por Mateo; "Una joven promesa de la instalación y el performance en México" —continuamos riendo los tres. Aldo, por su parte, autocontuvo la risa, pues le interesaba concluir el relato—. No hay más, la directora y la curadora del museo vieron reflejado en Mateo lo que ellas frecuentan y, con singular alegría, suelen hacer agazapadas a la protección de las instituciones del gusto. —¿A qué te refieres con eso? ¿Tú crees que existe… —calló tajante Manuel al ver entrar en la sala 3 a una de las chicas invitadas a la orgía.

Cual visitante común a la galería, la chica se mantuvo contemplando las obras colgadas en esa sala. Detenía a cada instante su paso frente a la obra que le llamara a una contemplación más sostenida. Benjamín, que fungía como casual y comedido intérprete guía, no se despegaba un solo centímetro de ella. Observé cómo Aldo fijó toda su atención en la chica mientras prendía nerviosamente un faro sin filtro. Sin premeditación alguna de mi parte, me alejé unos cuantos pasos atrás de Manuel y de Aldo, como si permanecer o alejarme de mi lugar original dependiera el ser partícipe profuso o un simple espectador taciturno en el festín. El ambiente lascivo y expectante regresó de nueva cuenta a instalarse entre nosotros.

TRES

Retroceder unos pasos respecto al lugar que ocupaban Manuel y Aldo acrecentó mi perspectiva de lo que sucedía en la sala. Me percaté de que las otras dos invitadas a la orgía habían hecho un alto en su camino justo en el quicio de la puerta de acceso, entre las salas 2 y 3; tal parecía que su atención había sido atrapada por la transmisión televisiva de la final del fútbol, a la que continuaban enganchados Flavio y Mateo. Observé cómo establecieron un intercambio informal de palabras con ellos. Segundos después, aparecieron en mi campo visual Ortho y Mateo. Trascurrieron un par de minutos de fingido coqueteo y alegre conversación para que los cuatro, finalmente, decidieran cruzar, con un entrecortado y pausado caminar el umbral del quicio de la puerta de la sala 3. Flavio, único ausente hasta ese momento en la sala, entró después de un minuto gritando de forma repentina y desaforada que el marcador del partido era 1 a 0 a favor del Nacaxa, información que a nadie interesó en ese momento, pero fue tal vez por no interesar a nadie que, al estrepitoso clamor futbolero de Flavio, prosiguió un silencio hueco y desajustado, el tiempo de un *swing* extraviado que puso a mover a todos los varones que se encontraban en la sala 3 bajo un

compás sin ritmo: en tanto uno andaba, el otro desandaba sus pasos; mientras el de allá se colocaba con supuesta estrategia en un lugar, el otro lo desocupaba al percibirse tal vez en un sitio demasiado expuesto u obvio, en tanto el trío de chicas no tenía más desplazamiento que el que les asignaba la elección fingida de su vista en una obra, autocensurando el voltear a ver hacia otro lugar de la sala. El ambiente aumentó en grado de lascividad al tener todos por cierto que el momento tan deseado se aproximaba. Parecía que fuéramos partícipes a un rito pagano, milenario, nunca antes explorado y que ningún hombre en esa sala se atrevía a inaugurar. Los objetos vivos del deseo percibieron que el momento límite estaba por acontecer; sabían que en cualquier instante algún acechador en busca de carne tibia se arrojaría encima de cualquiera de ellas. De forma casi imperceptible, sin querer sobresaltar a su acechador, fueron desplazando sus gozadoras figuras al centro de la sala 3 con la intención de quedar juntas y alistadas a presentar cualquier defensa que fuera necesaria. Dos de ellas llegaron a chocar sus espaldas, pero la tercera (la que hacía algunos minutos me había advertido en la recámara de Ortho sobre las pretensiones de su visita) había quedado sola; desperdigada, como a un metro de distancia de su par de amigas, tiesa y con la vista perdida en una de las obras colgadas en la sala; era difícil de creer, a juzgar por su traza, que esa inmovilidad proviniera del llamado a contemplar una obra de esa sala. La escena llamó la atención de Mateo, quien sin mediar protocolo se le acercó para decir:

—¡Qué! ¿Te gusta? —sin retirar su vacía mirada de la obra, la chica afirmó con un movimiento casi imperceptible de su cabeza. Mateo se acercó aún más a ella en ademán de transmitirle un secreto, el cual

emitió en una modulación de voz para que todos quedáramos enterados de su sentir.

—¿Sabes qué, mi amor?, —se interrumpió, apretó e hizo sobresalir su quijada y, con ella, su piocha larga que empezó a estirar y acicalar cual auténtico malandrín meditando su próxima fechoría —yo no iba a participar en la orgía, pero viéndote aquí, la verdad, si quieres te lo hago frente a la obra que más te encante. Soltó Mateo su propuesta terminando de afilar a dos dedos la punta de su larga piocha, en tanto con la otra mano fue retirando los largos cabellos que tapaban la oreja de la agarrotada chica para enfatizar su oferta con un alargado y sobre estilizado: "¿Cómo vesss?" —Armada de valor la chica puso fin a su *parálisis contemplativa* dirigiéndose a toda marcha a donde Benjamín, a quien le dijo con cara de asco que tenían que irse. Benjamín, desconsolado y con el propósito de no dejar caer el ánimo ni su ilusión por la posesión carnal tumultuaria, les ofreció más tequila y cannabis, lo que fue secundado por Ortho, en tanto Flavio aprovechó para dirigir una señal de "¿Que hacemos?" a Aldo, el cual reaccionó con una frenética brazada golpeando el aire, al tiempo que en sus labios se alcanzó a leer un "¡Pendejo!", señal de que, para él, el chico *piocha larga* podría ser el culpable de que la tan ansiada orgía estuviera a punto de frustrarse. Manuel, que estaba junto a él, trató de tranquilizarlo, lo cual fue inútil, pues Aldo estaba sufriendo un arrebato casi místico de cólera: bufaba y se infligía, como castigo, repetidos y profundos jalones a un diminuto cigarrillo de hierba.

Cualquier esperanza de cortejo orgiástico terminó cuando, de forma timorata, Flavio se acercó al *team back* de súplicas que mantenían Ortho y Benjamín con las tres chicas; la que hacía unos instantes había

quedado paralizada y sido objeto del deseo de Mateo volteó de improviso; encarándola estaba la abotagada cara del ebrio Flavio, sobre la cual había aparecido repentinamente sobre un lado de su amplia frente una realzada y palpitante arteria púrpura. La chica no pudo contener su gesto de desprecio. Flavio, sin importarle, se humedeció los labios con la lengua, sujetó a la chica del brazo y le cantó no sé que clase de estupidez al oído. Permaneció breves segundos esperando una respuesta de la chica, como si de ello dependiera toda su egolatría fálica presente y futura. En instantes, el semblante de la chica se inflamó de cólera para terminar explotando con un "¡ya!" impetuoso, acompañado de un rápido y aparatoso movimiento del brazo que le sujetaba Flavio; tal energía le alcanzó no solamente para quitarse la sujeción del insistente Flavio, sino también para tener el suficiente impulso y valentía para sacar a empellones de La F, galería, a su par de amigas. Benjamín fue tras ellas, en tanto Mateo y Ortho se condujeron a la sala 2 para sentarse frente al televisor a ver lo que restaba de la final del fútbol.

CUATRO

—Ese buey es un pendejo ¡Un pendejo! ¡Pendejo! ¡Pendejo! Préndete otro —desaforado, ordenaba Aldo a Flavio que encendiera uno más de hierba.

—¡Cálmate, cabrón; ya valió madre! ¿Qué quieres hacer? —preguntaba Flavio, con la arteria de su frente aun más inflamada, en tanto sus manos se ocupaban de sacar cuidadosamente un cigarrillo forjado de una cajetilla que portaba dentro de la bolsa de su camisa.

—¡Sí, güey, ya relájate! ¿Qué te parece si vamos por más tequila, cervezas y olvidamos esto ¡Sigamos la fiesta! —dijo Manuel.

—No mames, ¡uff!... —continúo Aldo aparentemente más tranquilo— Y tú, pinche Flavio, ¿qué gran estupidez le dijiste a la vieja que terminaste de chingar todo? —en tono de sanear la situación, Flavio contestó:

—Serénate ya cabrón —encendió el forjado y estiró su brazo para alcanzárselo a Aldo—. Toma, para que te apacigües, güey… Además, déjame decirte algo: esas viejas ya tenían decidido que no iban a coger con nosotros desde que vieron que el encuentro no estaba equilibrado.

—¡No mames!; ahora sales a decir *quesque* ¡El-encuentro-no-estaba-equilibrado! ¡Güey! ¡Si no es un partido de futbol, no me chingues!

—Por cierto, ¿cuánto van? —cuestionó repentinamente Flavio, dando media vuelta y encaminándose hasta pasar del lado de la sala 2, con una convicción que parecía la de un investigador que va al encuentro de la pista faltante que descifrará el trabajo de toda una vida.

—¡Este güey!... Mírenlo. Ya me imagino qué pendejada le ha de haber dicho a la vieja para que nos mandara en definitiva a la chingada —dijo Aldo en tono de reproche, en tanto Manuel se ocupaba de rellenar nuestros vasos con más tequila.

—Dame a mí también —pedía Benjamín reincorporándose a nosotros después de haber despedido a las tres chicas. Con el vaso medio lleno, Benjamín bebió su contenido de un solo trago, y de forma automática presentó su vaso a Manuel para que se lo rellenase de nuevo; así lo hizo hasta en un par de ocasiones más, mismas que ingirió su contenido como lo había hecho con la primera. Después, un tanto mareado y asqueado por tanto tequila, profirió frases desarticuladas y características de la embriaguez; sin embargo, al final de su parloteo, despuntó una suerte de semántica que consiguió echarnos en cara una recriminación o algo parecido.

—El arte. ¡Pinche orgía!... me despedí, ya vieron ustedes…: un beso en la mejilla, un simple acto de fe, una puta bala, una… ¡solo una! ¡PUMM... y adelante!... ¿Lo aprecian? Me despedí… todo encaja, no digan que no: Una orgía, el arte, la puta bala… me voy ¡Qué carajos! ¡Vamos!, demos una vuelta al barrio. Finalizó y se encaminó hacia la puerta de salida. Manuel y yo chocamos nuestros vasos de plástico en

señal de saludo a lo dicho por Benjamín, mientras que Aldo no ponía fin a su frustración por la orgía fallida: fumaba con gran ansia y con la mirada perdida en el vacío, esperando a tomarla contra el primero que se apareciera ante su vista. Flavio regresó con el reporte de las últimas noticias de la final del futbol:

—¡Ya ganó el Necaxa! Sólo faltan dos minutos para finalizar el juego... Pásalo, no te la acabes —pidió Flavio a Aldo, quien con desprecio y después de darle dos o tres caladas más, se lo terminó dando acompañado de un deslinde recriminatorio y de vuelta a la frustración.

—¡Yo cumplí, güey; ustedes fueron los pendejos!... ¡Por mí no quedó! Y luego ese pinche Mateo. ¡Cómo es pendejo! Siempre metiendo las barbas donde no debe —se interrumpió para encender un faro sin filtro y prosiguió:

—¿Qué le dijiste a la vieja? No mames; ya te lo había: la clave de todo esto era tomarlo con calma ¡que fuera fluyendo solo, chingao! —Fumó— ¡Pero no! ¡El pinche Benja, Ortho, Mateo y tú, no sé que les metieron en la cabeza a esas pinches viejas que terminaron largándose! —Flavio, mirándolo con atisbos de entre misericordia y enojo, terminó aspirando el último residuo de canabbis hasta que sus cachetes fueron absorbidos por el vacío provocado dentro de su boca, sacudió de entre sus dedos los residuos del cigarro, para después dar una respuesta a su amigo.

—De todas formas ¿qué?, güey; aunque las hubieras tenido en calzoncitos no hubieras hecho nada —Aldo sorbió su tequila, aspiró con fuerza el cigarrillo hasta lastimarse la garganta, respiro por dos o tres segundos prosiguió con Flavio:

—No hay problema alguno; ¡todo está aquí! —señalando su cabeza con el dedo índice en señal de "ponerle razón al asunto". Flavio le pasó el brazo por sobre sus hombros en señal de camaradería y le dijo en tono amigable:

—Bien, cabrón, ►vamos a ver cómo quedó la final y olvidemos esto.

CINCO

(Tiempo cumplido, no hay tiempo para más; el Necaxa es el campeón de México… se desata la algarabía y el festejo del equipo de Los Rayos. ¡Bañaron a La Puente!)

—Pero, entonces ¿a qué te referías con eso? —formuló de nueva cuenta Manuel a Aldo, ahora instalados en la sala 2, la pregunta que había interrumpido cuando a la sala 3 entró una de las chicas participantes de la ahora frustrada orgía.

—¿Tú crees que exista una especie de ente que controla los contenidos como si fuera un administrador de símbolos y significantes?

(A este inesperado festejo del Necaxa se suma un excelente trabajo realizado a lo largo de estos 90 minutos.)

—Van a dar la vuelta olímpica… ¡pinches tarados! —exterioricé compenetrado y enardecido por lo que trasmitía el televisor, dejando a Aldo con la respuesta a dar a Manuel en la punta de la lengua. Dediqué

un breve espacio para paladear mi tequila y continué ahora con una respuesta a lo de Manuel—: Sí, como una especie de régimen político-administrativo de lo estético.

(El equipo Necaxa se apresta a dar la vuelta olímpica; ahí va de las manos… ¿Quién lleva el trofeo?... Nacho Abrís, el capitán. Aquí viene la tan ansiada y esperada vuelta olímpica. Ahora de manos de García Aspe… el Cuchillo Herrera…. Ahí tenemos, queridos aficionados, hasta sus pantallas la auténtica postal del sacrificio.)

—Mientras vemos a esos tarados, los *entes* que menciona Manuel ya colgaron de una nube del mundo la esencia que les interesa poner en boga: el fermento estético propicio que nos delimitan contemplemos, balbuceemos, repliquemos o imitemos —recriminé, intentando increpar a la voz de televisor. Mateo, desde su asiento, enderezó la espalda para dirigirme una mirada con el ceño fruncido... Trascurridos unos segundos, un tanto ofuscado y como atrapado en una duda, resolvió decir:

—¡No mames, Cé. ¿De dónde sacaste ese choro? *Cool, man, cool* —aparenté no escucharlo y decidí seguir involucrándome con la imagen y la voz del televisor, no sé si con el fin de acrecentar mi fastidio o para tratar de trabar una reyerta contra el aparato de televisión. Estaba incontenible; la furia que antes gobernaba en Aldo ahora se había apoderado de mí. Después de un par de minutos de aparente calma, regresé para completar el cuadro jodiendo con mis cosas a todos los atentos televidentes de la sala 2:

—En este caso, a nosotros como telespectadores de esa pinche vuelta olímpica nos está siendo instalado un criterio sensiblero del triunfo y del trofeo como signo de éxito, de triunfo.

—Ya apaguen la pinche tele y pongamos música, ¿no? —propuso Flavio un tanto culposo y avergonzado por lo que dije.

—Aguanta; todavía falta la transmisión desde los vestidores, la sidra y todo eso —detuvo Mateo a Flavio y a Ortho en su intención por apagar el televisor, ante lo cual los dos prefirieron levantarse con gran pesadez de sus asientos para ir a recostarse al cuarto de este último, en tanto Aldo, Manuel y yo nos retiramos a su vez del televisor y nos dirigimos al balcón de esa sala; Manuel abrió de par en par sus puertas y, después de aspirar, los tres, el aire denso y caluroso de final de una tarde de mayo en la ciudad, Aldo, notoriamente menos enervado, aventó hacia la calle lo que le quedaba de cigarrillo y se dirigió a Manuel:

—No sé si lo que dijo Cé resuelva tus dudas. Yo, por hoy, definitivamente no quiero saber nada de arte, de futbol ni de viejas. Manuel extendió su vaso para chocarlo con el de Aldo, momento que aproveché para dar unos pasos y quedar junto a la balaustrada de herrería que cerraba el balcón; dirigí la vista a la casa Veerkamp donde los empleados se ocupaban de bajar las cortinas de metal, protectoras nocturnas de sus escaparates. Apreté mis puños contra la barra de metal que remataba la balaustrada y, sin voltear a ver a mis interlocutores, continúe endilgándoles mi fastidio a base de una retahíla de quejas ligadas a lo que unos minutos antes, frente al televisor, había dicho.

—Todos vamos por la vida haciendo caso a ese fermento estético "¡Qué ah, cómo cuaja de lo lindo en nuestras cabezas!", ese que los controladores de contenidos nos imponen contemplemos, balbuceemos, repliquemos, imitemos, reproduzcamos en cosas, símbolos, objetos, signos, supuesto arte o como se llame; unánimemente resolvemos, elegimos o decidimos, que ese criterio puesto en boga se erija casi como un estatuto ético a normar nuestra miserable existencia, aun hasta llegar al acto vil de autocensurarnos, ¡Al carajo se puede ir todo lo que no entra en ese dominio sensorial! Nos decimos ¡Al traspatio todo lo que parezca discordante con esto o intente sacar a flote alguna de nuestras desvergüenzas como sociedad! Lo aceptamos. En tanto los beneficiados: las elites económicas, las clases dominantes, los del "real buen gusto", como suelen autonombrarse, versus los controladores de contenidos, acreditan y solventan sus sobreabundantes vidas a nuestras costillas, inclusive usando el mismo arte como especulación económica para incrementar aún mas sus fortunas. —Me autocontuve, volteé por arriba de mi hombro para ver si Manuel y Aldo aún permanecían a mis espaldas, pues acerca de lo dicho no había conseguido escuchar ni un quejido como respuesta. Percatándome de su presencia, pensé que su mudez tal vez nacía de sentirse situados en ese momento límite en el que cualquier argumento soltado, por mínimo que sea, destapa la tendencia ideología, la propensión clasista o, al menos, exhibe el grado de liviana estupidez que se tiene para escupir pendejadas. Con esto en mente, volteé a pedir a Manuel que me diera un sorbo de tequila de su vaso. Bebí pausadamente, lo saboreé, como también saboreé compenetrarme en algo que ya, de un tiempo atrás, me había venido rondando y querido sacar a flote. No pude dejar de tantear el preámbulo

factible para dar inicio a esto, ni el momento para lanzarme, pero, cuando menos lo pensé, ya estaba escuchando el parafraseo de mi cavilación.

—¿Cuáles son nuestros orígenes? El mío es de padre obrero y madre costurera ¿El tuyo, Aldo? ¿El tuyo, Manuel? ¿El de cada uno de nosotros? ¿El de cada uno de los que conocemos? ¿Por qué lo pregunto? Porque pienso que de la coherencia discursiva que guardemos entre nuestro origen y la propuesta estética que queramos propagar depende que seamos o artistas con miras a transformar nuestro entorno o simples mercachifle y publicistas comparsas del totalitarismo mercantil; ese pinche regidor de nuestros sueños, afectos y deseos… Crear una vía alterna a todo esto puede ser una buena idea para ponerle cara a este estado de cosas, que para mí ya es en verdad agobiante.

Miren, esto es el bosquejo de un diagrama que me sirvió de base para la realización de un video. Lo hice en los días posteriores a la clausura del Taller del 57; Ortho y Benja son los únicos que lo han visto. Tanto el video como el bosquejo son el fundamento de lo que pienso que puede llegar a ser una posibilidad para comprendernos, ya no con el concepto estereotipado de artistas actual, sino como auténticos individuos en este planeta —di media vuelta y saqué de la bolsa trasera de mi pantalón la hoja doblada del bosquejo que había metido ahí hace como una semana y media. La extendí y alisé lo más que pude y, como si estuviera por enseñar una gran ilusión, estiré mi brazo para dejarla a disposición del primero que decidiera alcanzarla—. Concibo que el soporte de nuestra obra sea nuestro devenir, nuestra vida misma y, de lo que acontezca en ese sustrato, ▸la revelación de nuestro presente. —No había sido alcanzado el papel del bosquejo por ninguno de mis

interlocutores cuando un grito rompió lo que pudo tener de solemne el acto.

—¡Hey! ¡No sé qué le pasa a Flavio! ¡Se siente mal! ¡Se está desvaneciendo! —era Ortho azorado entrando a la sala 2.

Aldo fue el primero en reaccionar al llamado. Manuel y yo lo seguimos en su trotar a la retaguardia, en tanto Mateo continuó sustraído por el televisor.

SEIS

—¡Flavio, Flavio, responde, cabrón! —gritaba Aldo zarandeándolo de los hombros; al borde del pánico, volteó a vernos para advertirnos:

—¡No mamen, este güey se mal viajo, no despierta! ¿Qué hacemos? —por el puro instinto que da el recuerdo que proviene de sinfín de programas vistos por televisión, sugerí, ensartado casi por completo en lo incierto, que trajeran de inmediato agua y unas toallas. Ortho y Manuel respondieron saliendo del cuarto a toda prisa rumbo al baño. Tomé mi tiempo y caminé con un simulado aplomo, rodeando la cama con la intención de estar más cerca de la humanidad de Flavio. En mi recorrido, aproveché para darle a Aldo en el hombro unas palmadas de aliento; había quedado paralizado de la impresión al pie de la cama. Como si en verdad fuera un buen samaritano, empecé por desabrochar el cinturón y desabotonar el pantalón de Flavio. Acabada esta faena y como si supiera a qué estaba jugando, desaté los tenis y descalcé al desfallecido. Solícitos y hasta con aires de misioneros al rescate, Ortho y Manuel regresaron con media cubeta de agua y una toalla. Yo, metido en mi papel de supuesto conocedor de primeros auxilios, le arrebaté la toalla a Manuel para sumergirla en el agua, la saqué, le hice un doblez,

la sujeté de los extremos y la exprimí; luego la coloqué, aún torcida, alrededor de la cabeza de Flavio, quien casi de inmediato empezó a mostrar señales de vida haciendo ligeros movimientos con la cabeza. En pocos instantes abrió los ojos.

Encontrándonos ocupados con la vuelta a la vida de Flavio y, mientras disertábamos, cada uno según su muy particular enfoque sobre lo acontecido, como si con ello buscáramos calmar el nerviosismo o justificar nuestras reacciones y acciones de auxilio ante el incidente pasado, Flavio, acostado aún en la cama, con gran dificultad se enderezó y dirigió una mirada a Aldo, quien estaba sentado a los pies de la cama completamente encorvado y abatido. Su actitud aparentaba la de un náufrago a punto de darse por vencido ante la imposibilidad de ser rescatado. Al ver su traza, Flavio le preguntó.

—Aldo, ¿qué tienes? ¿Estás bien? —ahora todas las miradas fueron para Aldo, pues ni Ortho ni Manuel ni yo, hasta ese momento, nos habíamos percatado de su condición. Con gran dificultad, Aldo consiguió levantar la vista hacia la pared que tenía enfrente; pareció como una señal de respuesta a la pregunta de Flavio o puede que una súplica de auxilio celestial ante lo que posiblemente llegara a ser su última pulsión de vida, pues en esa pared, en la que con tanta dificultad había fijado su vista, se encontraba colgada una efigie guadalupana (imagen que Benjamín le había dejado encargada a Ortho días atrás, pretextando que estaba estudiándola iconográficamente desde hacía algunas semanas). De súbito, un golpe: Aldo derrumbado, tieso, de nalgas al cielo. Sin siquiera haber podido meter las manos había estrellado su cara contra el piso.

SIETE

¡Ah! mi lengua está pegada al paladar... ¿Qué?, ¿Qué dices?... ¡Eh!... sí, así es. ¿Qué quieres?; esta cabrona amargura que apenas me deja andar.

Rutilantes rayos solares descienden en una amplia gama de ocres cobrizos.

Pero, Aldo, si sólo es una imagen, una invención, quítatela de encima.

Concreto y edificios de la calle de Regina son ungidos, pringados con un espectro trastornante que colma de sopor la ingrata esbeltez de este encomendado deambulante instantes antes de caer la noche.

¡Claro! Pero ¿qué estoy diciendo? Una imagen, poca cosa ¿no? Sí, ya lo sé; no es necesario que me lo digan. Será por la excesiva utilización que de ella hacemos actualmente, que ya no consideramos su real importancia. Sí, lo acepto, están ahí, por todas partes. ¡Claro, Manuel!, pero en este pinche siglo que termina de una forma mas coercitiva, obscena, veloz, explícitamente omnipresentes, a tal grado que se nos presentan como una especie de plasta, de ornamento amorfo e indefinido en su conjunto ¡Tan difíciles de leer y de comprender a

veces! Parece que fuéramos unos analfabetas de la imagen, ¡Manuel! Tú nos lo has cuestionado un sinfín de veces; los primeros artífices de imágenes ¿qué buscaban al pintar sobre la roca, bajo el refugio de una caverna?, ¿formular qué?, ¿representar qué?, ¿sentir qué cosa? Esa imagen fue primero. ¿Qué, Manuel? ¿Aldo… Cé, Ortho? ¿Acaso ánimo por trascender?, ¿un artificio para dar certidumbre a su condición existencial?, o tal vez sólo, y no por ello menos importante, una recreativa o lúdica actividad dialéctica con la mira puesta en aprehender los acontecimientos e imponderables circundantes a su realidad.

La vaporosa humedad se alza de la caliente acera, se inmiscuye entre su pantalón hasta hacer transpirar sus delgadas piernas. Diez pasos lo apartan de la calle Isabel la Católica.

Ante lo desconocido, lo inefable, lo que estremece, la deidad, la celebración del ritual, lo que ampara, sobreviene lo sagrado, ungir la imagen y, de ahí, la enajenación de su utilidad. ¿Quién les gusta? Emperadores, reyes, papas, la "gran burguesía"; hoy, los grandes propietarios privados, los dueños de las grandes trasnacionales. Miren, todos han hecho y siguen haciendo uso de ella, patrocinando y becando contenidos vacuos, sin sentido. Interesados sólo en cuidar y acrecentar sus fortunas. ¡Sí, claro! Pero, Aldo, puede que sea difícil de desmenuzar, sujetémonos al momento que vivimos: la supuesta labor por el bien de integrar el mensaje del arte en las ultimas décadas de este siglo, creo que sólo ha servido para apartarlo de nuestra vida y no comprender lo importante que es para ellas. A veces pienso que la única forma de operar una estrategia en contra de este estado de cosas, será rompiéndole la madre a ese mundo ilusorios de conceptos y apostar por

la contemplación sin juicio; el impacto de la imagen sin rodeos… De esta forma estaríamos dándole paso a la vida plena y llana; a la felicidad y al drama en la tierra sin postergarlas en falsas esperanzas. ¡Puede sonar elemental lo que les digo!, ya lo veo; sin embargo bien que nos gusta caer confortables en los terrenos de lo insondables.

Prendió un cigarrillo. El humo lentamente arrojado hacia lo alto chocó con la mano que había llevado a secar el sudor de su frente. Se encuentra a media cuadra de dar vuelta a la calle de San Jerónimo; espontáneamente dio inicio a un canto vago, una melodía al parecer arrancada del recuerdo de un filme, bálsamo de alivio momentáneo a su circunstancia.

Looking'- back-on-the-track-for-a-little-green-bag
got-to-find-just-the-kind-or-I'm-losin'-my-mind.
Out-of-sight-in-the-night,- out-of-sight-in-the-day
looking'- back-on-the-track-gonna-do-it-may-way.

¿Recuerdan la visita que nos hizo el amigo Jus a la fiesta que hice en el departamento de la calle de López? ¿La que organicé unos días después de que Jus saliera del hospital; después de haberse atascado de psicotrópico? Dañado, bien dañado. Pinché Cé, ¡hahahaha!, días después tú le nombraste ¿cómo?, "¡La noche de la caja roja!" ¡Hahaha! Sin duda, a todos nos sorprendió; no digan que no. Recuerdo el momento en que lo vimos llegar; ahí estábamos todos en el balcón, a la expectativa de qué güey o qué vieja llegaba a la fiesta. Unos aseguramos que era Jus, otros negaron que lo fuera, pues los que no lo admitían decían que él era más delgado, pero ¡oh, sorpresa!, en cuanto

atravesó la puerta del departamento todos sin excepción, ¡y chingue a su madre el que diga que no!, quedaron atónitos ante la nueva percha que nos presentaba el amigo Jus, ahora enfundado dentro de un cuerpo que no era el suyo, uno más voluminoso de lo habitual, una extra cobertura que parecía constreñir sus movimientos a unos más básicos, lentos y maquinales. ¡Ah, pinche Jus! Con esos pasitos extraños con los que ahora caminaba. Sin afán de burlarme, su andar se asemejaba al de un soldado marchando a paso corto y con pies descalzos sobre un ardiente asfalto; al leve contacto de las platas de sus pies se activaba un reflejo, cual choque eléctricos que hacía botar una a una sus rodillas en ángulo ascendente.

La figura escuálida de este encomendado deambulante dio vuelta en la calle de San Jerónimo. Después de pasar una isleta de plantas, la acera y edificios de esa calle parecieron no tener distinción alguna: juntos aparentaban ser un gran peñasco encendido, una inflamada brasa a su máxima combustión. Lanzó con dos dedos la colilla del cigarro, tragó la escasa saliva acumulada en su garganta y continuó.

No sé en qué momento de la noche alguien le dio una cerveza tamaño familiar; recuerdo que la abrazó como si fuera su bien más preciado, mostró un apego vehemente a la botella, así como el lactante con su mamila. Con ese proceder de nene, se la fue empinando de vez en vez, en tanto que de poco a poco fue recorriendo con su peculiar andar todo el departamento, desplegando sin empacho, como dando a conocer orgullosamente a todos los asistentes a la fiesta, su nuevo andar, sus nuevos y patológicos reflejos adquiridos tras la terapia de choque a la que había sido sometido con el objeto de que lo sacara del atolladero. “Paso corto de soldado descalzo en asfalto ardiente”; aun

haciendo alto en el camino, mantenía su marcha, le daba continuidad sin desfallecimiento; interrumpía su andar mas no su *marcha,* en tanto iba preguntando a todos los asistentes a la fiesta, en completa ausencia de sí, "si es que habíamos visto una caja roja". ¿Recuerdan? Se sembró el misterio, mas éste, no me dejarán mentir, subió de tono y se apropio de toda la fiesta en cuanto Cé se animó a preguntarle sobre qué era lo que contenía esa *caja roja*: después de un *lapsus* de intento meditativo, respondió sorprendido que no sabía, dibujó una sonrisa de inocente incomprensión, pues el escuchar su respuesta fue equivalente a haber abierto esa supuesta *caja roja* y dentro haber encontrado la nada, un vacío que le descubría ser ignorante de algo que nunca en su vida se hubiera planteado.

Looking'- back-on-the-track-for-a-little-green-bag
got-to-find-just-the-kind-or-I'm-losing'-my-mind.
Out-of-sight-in-the-night,- out-of-sight-in-the-day
looking'- back-on-the-track-gonna-do-it-may-way.

Días después, supimos que esa *caja roja* que tanto buscaba Jus en verdad existía; era un estuche laminado de proporciones similares a las de una caja de zapatos; la había dejado meses atrás dentro de una mochila llena de ropa sucia en el Taller del 57. ¡Sí! ¿Recuerdan que Cé le dio alojamiento a Jus unos días antes de que se hundiera en su viaje y saliera directito al hospital?

Estaba en esto cuando fue en busca de guarecerse del sol bajo la silueta tostada del basamento y la lánguida escultura de Sor Juana; aunque minúscula, su sombra le ofreció un respiro.

El final de esta historia es de todos sabida; Ortho encontró dentro de uno de los roperos del Taller del 57 la bolsa que contenía la famosa *caja roja.* Cé se comunicó de inmediato con Jus para informarle del hallazgo y al día siguiente, junto con su hermana, su mamá y su paso corto, fruto de su retorno a la realidad, estaban tocando el timbre del Taller. Cé abrió y le dio en sus manos la mochila que había aparecido dentro del guardarropa. A un ritmo lento pero lleno de gran expectativa, Jus abrió el cierre para meter su mano y poner a la vista de su familia y de Cé la afamada *caja roja*. Ansioso le entregó a su hermana la mochila, ahora solo rellena de ropa sucia, con el fin de tener las manos en total dominio de la caja. Con una cara de un escuincle a punto de abrir su golosina favorita, apresó con todas sus fuerzas la base con su mano izquierda, en tanto que con la derecha se dispuso, con gran dificultad, a botar la tapa. Ya me imagino a Cé y a la familia de Jus, expectantes, como si fueran a ver un objeto divino, milenario, una piedra preciosa o algo por el estilo. De pronto ¡crak!, sonó. Jus había conseguido retirar la tapa y se reveló el misterio: decenas de negativos fotográficos agrupados con envolturas de papel bond, algunos rollos fotográficos de 35 milímetros sin usar, jeringas nuevas y usadas, un frasco con un cuarto de peyote sumergido en miel y un pequeño ovillo de hierba.

Se puso en pie, se dio cuenta de que la noche estaba a punto de caer, encendió otro cigarrillo y prosiguió.

Más o menos así se va creando lo inteligible en torno a la imagen, los entresijos alrededor del *logos,* el discordante lenguaje elitista que embadurna de *glamour* al arte. ¡Pues a la chingada lo inteligible, sus entresijos y el *glamour* !Eso, amigos, aunque ustedes lo crean imposible, es una de las cosas que me tienen sumido en esta amargura.

Se apagó la braza, suspiró como queriendo aspirar el azul cobalto antesala de la noche, dejó la sombra protectora de Sor Juana y prosiguió su andar rumbo a la avenida 20 de noviembre.

¡Jus, amigos!, ¡nuestro amigo Jus y la historia de su *caja roja*! A veces pienso que cada uno de nosotros debería ir en busca de su *caja roja*, destaparla y revelar su interior, su entraña, agazaparla y, si es en verdad esa es la pulsión de vida que da sentido a nuestra existencia, pues vayamos con todas nuestras fuerzas e involucrémonos con ella, vivámosla corpórea, sensitiva, "fisiológicamente"; que no quede nada en idea, todo en la ejercitación de sus menesteres, pues de ello depende derrumbar el arquetipo metafísico que da cauce a las ideas nebulosas e indescifrables que nos han empujado a representar un arte derrotado, estéril e incompetente por hacer llegar de forma certera su mensaje al receptor. ¡Vean de qué forma el mensaje de la publicidad llega certero; es increíble: sin textos, comentarios o profundos análisis de por medio, consumando su trabajo en pos de convencernos del nuevo modelo comercial u hormando nuestro cerebro en pos del buen consumidor! ¡Huf! ¿Cómo se explican eso, amigos? Culpa de la osadía de Duchamp o culpa de todos nosotros por no haber podido salir ¡Después de casi ochenta años! de ese socavón perpetrado por sus *ready-made,* por no haber podido darle un nuevo cauce de sentido y contenido, antes de que los especuladores del arte lo vaciaran de sentido y reencausaran su legitima misión, ¡Mierda!...

Sobre la acera de 20 de noviembre vacila su ruta. Sus brazos pelearon por quitarse de encima una suerte de mole de monserga que empezaba a avasallarlo. Adelantó cuatro cuadras sobre 20 de noviembre; algo le dijo que debía retornar. Dobló en Republica de

Uruguay con dirección a Simón Bolívar. Tras un largo silencio susurró una frase lapidaria, súbita, llena de pena; sílaba por sílaba estaba aceptando o recordando, de nueva cuenta, el severo significado que comprendía.

…Mataron a mi hermano, le quitaron algunas de sus pertenencias y después, a sangre fría, con el poder del autócrata que se sabe dentro de la ley de la selva el asesino decidió sobre su vida: una puta bala le bastó, un simple trozo de metal. Así de simple. Nada. Se acabó. Le puso fin. ¡Mierda! No puedo evitarlo. No se los había dicho, pues para mí, todavía hace algunos días, representaba un dolor muy íntimo. Desde el día del asesinato he sentido cómo a una amargura se suma otra, como si las trajera cargando sobre mi espalda; un costal de mierda sobre otro. ¡Ahí está de nuevo! ¡Escuchen!

Se detuvo a pocos pasos de llegar a la esquina de la calle 5 de Febrero, percibió cómo el calor había dejado pegajoso su desmejorado cuerpo. Alzó su rostro hacia la oscuridad de la noche; ahora era un contemplador de estrellas abandonado al ritmo de una sonata que tarareó por uno o dos minutos. Llegando el final de su agreste interpretación, fue embebido por un arrebato de melancolía. Por primera vez se percibió solo, como de hecho lo había estado desde que salió de la La F, en el momento en que vio frustrada la orgía por el tan esperada y planeada. Desde un principio, supo que su plan había sido impulsado por el simple hecho de darse placer para intentar poner un revés a su doble amargura. Ahora, al comprenderse sin la compañía de esa dialéctica imaginaria establecida durante ese trecho andado por las calles del centro de la ciudad, creyó firmemente que no había más ruta

que regresar a La F. Continuando con su retahíla meditabunda, que no acababa, y ahora en completo reconocimiento de su soliloquio, guio su camino rumbo a la esquina que hacen las calles de Mesones y Bolívar.

¿La estética mediática haciendo de las suyas? No es por que crea que todo lo importante, dramático o triunfal en nuestras vidas lo queramos ver a través de la trama del video musical, pero es algo, sin duda, irremediable de librar actualmente. Precisamente ahora recuerdo, cual si fuera un video musical, cómo de pequeño, ceremoniosamente antes de prepararme a dormir, ponía a tocar un disco llamado *Bach para niños*, específicamente era el aria de la suite número tres en Re mayor, la que más me gustaba. Y es que la adaptación era mágica, realmente arropadora; era como si una cajita musical se abriera para dar salida a unos tonos de ensueño, los que rebotaban dulces y libres por todas las paredes de la recámara que compartía con mis tres hermanos. Quién dijera que ahora a cada momento del día que me aparece la imagen póstuma de mi hermano o un simple recuerdo que me lo evoque, aquella cajita musical da inicio a su vibrato metálico, melancólico, con esas sus notas etéreas y volátiles.

En esta ocasión mi hermano, después el de otro, antes, otros tantos muertos más. Todos, a fin de cuentas, a causa de esta puta violencia. Algunos dicen que es un mal inescrutable de las grandes ciudades; algo irremediable ante sus inabarcables poblaciones. ¡Mas qué frases nacidas de la pinche negligencia que ha sido incrustada hasta en nuestras actividades más ordinarias, por esa torpe y analfabeta forma que tienen de comprender las circunstancias, la gran mayoría de grupos y personas que anhelan, dicen ellos, “cambiar las vidas de sus conciudadanos e

influir en el rumbo de su país". Es definitivo, el verdadero asesino de mi hermano no fue el que oprimió el gatillo; ése no es más que el actor material. El verdadero asesino, el actor intelectual de su muerte, es esa inercia impune auspiciada por tantos años de olvido a los que nos han sometido, y casi inculcado a creer que la corrupción es algo inherente a nosotros. Con su ejemplo nos han dicho que ésa no solamente es una buena salida, sino, además, una forma muy *astuta* de obtener la plata suficiente para cumplir con las ilusiones y desafíos consumistas que nos dicta el mercado. Dentro de este oscurantismo tenebroso estaba el desgraciado, el desvalido de sentido y contenido mental cuando accionó el arma.

Pisó las inmediaciones de la calle de Bolívar, sintió que era un buen momento para saciar su sed y allegarse un bocado. "Ante una noche joven", pensó, "meterme algo al estómago me ayudará a franquear lo que resta de la noche". Dio vuelta en Simón Bolívar con rumbo a Mesones; a media cuadra paró frente a la taquería Los Cocuyos, donde pidió un trébol rojo que vació de un solo trago y, cuatro de ojo para empezar. Con el plato en la mano y un taco en su vientre prosiguió meditabundo.

…¡Ah…! ¿Simple paradoja de la vida o evidencia clara de mi hambre por el sentido ocular? Recuerdo el día en que traje a mi hermano aquí a Los Cocuyos para que diera el visto bueno a los de tripa, de los que se había hecho todo un experto, a tal grado que podía recomendar los mejores de víscera en todo el centro y área conurbada de la ciudad de México. Me he preguntado un sinnúmero de veces, aun antes de haber visto en la plancha sin vida a mi hermano, en qué grado nosotros, creadores, artistas y todo el conglomerado social en torno al

mundillo del arte y la cultura, somos cómplices o culpables de esta violencia: creo, que si la responsabilidad del artista no pasa por crear significados para propagar o revelar, ya no digamos una nueva corriente artística o teoría estética, sino algo que, por lo pronto, proponga trastocar ese orden *políticamente correcto* que actualmente administra la cultura y el arte, o busque situar un tema que lo nutra y lo lleve al terreno del común de las personas, entonces no veo para qué carajos estamos. Y ¡aclaro!, con ello no estoy hablando de propuestas fundadas en grandes teorías estéticas ni mucho menos; tampoco estoy pidiendo que todos los productores de arte se alineen en torno a ello; a fin de cuentas cada quien con sus pinches necesidades o necedades de expresión. ¡Es increíble, pero en tanto creemos que como artistas visuales estamos realmente hechos, consagrados en nuestra materia, nuestro "analfabetismo" visual salta vergonzante hasta de los más doctos currículos!

Con el plato vacío se acercó al taquero para pedirle dos de suadero y otro trébol rojo. Mientras esperaba su orden, dirigió la vista a La F… Le interrumpió el taquero con su nueva orden; dio un trago largo a su trébol sabor grosella, retiró de su boca la botella y empezó a engullir un taco de su segunda orden.

No ha dejado de rondar en mi cabeza esa idea que a Cé le ha empujado a realizar el video-arte que nos mostró a Ortho y a mí aquella noche en mi departamento de la calle de López. Debo confesar que esa idea junto con el video al cual dio origen, sin duda, me han servido como paliativo a este temporal de amargura; ha sido como un estertor de aliento a lo que tengo por venir. Recuerdo que aquella noche de la

proyección Cè mencionó, palabras más palabras menos, que lo había realizado bajo los parámetros discursivos de la trama propia del videoclip musical, al creer que, de esta forma, podría desmitificar el lenguaje convencional del video-arte y hacer penetrar su idea, de forma más sencilla, a mayor número de personas "¡A través de la trama del video musical!, ¡singular coincidencia!" Ya lo decía yo; y esto, por otro lado, puede que sea una de tantas otras cosas en las que pueda llegar a girar su importancia, pues también comentó, con gran ímpetu, su deseo de que el video fuera apreciado como la filiación de un fragmento de su vida cotidiana. Fue después de esta frase que, con ese mismo ímpetu, empezó a verter la idea que dio origen a su video (la que en realidad, más tarde sabría, al igual que Ortho, había sido tomada de una escena narrada por este último). Cuanto más avanzaba en su relato, más crecía en mí esa sensación que nace cuando se nos presenta el reto de desentrañar un conocimiento antiguo que ha sido oculto o vedado en no sé que punto de nuestra historia, pero que extrañamente tiene la cercanía natural a lo inherente y esencial:

El video fue inspirado por una imagen que Ortho siempre ensalzaba cuando, luego de haberse tomado varias copas y siempre al final de cualquier fiesta, reunión o lo que fuera, estimaba conveniente narrarme. —Ortho, un tanto extrañado y como increpándolo le preguntó.

—¿Cuál, güey? ¡No recuerdo! —Cé le recordó—. ¡La de tu abuelo! —contenido en una cómplice sonrisa, con la que le advertía en qué medida era partícipe de esa idea.

Ortho se quedó como enfrascado en un embeleso, mirando fijo a los ojos de Cè y recordando aquella escena que estando ebrio, le había narrado un sinnúmero de veces. Luego expresó.

—¡Puta madre, mi abuelo!

—¿Tu o yo, cabrón? —Sobrevino la pregunta de Cé.

—¿Contarla? —preguntó Ortho alarmado, y replicó de inmediato: Tú, güey; ya te la he contado tantas veces que hasta video hiciste de ello.

—Bueno, pero te advierto que la narraré con los mismos gestos, contorsiones y alharacas que haces cada que se te ocurre contarla, pues de lo contrario no tendrá el mismo efecto.

—Está bien. Hazlo, no hay problema —replicó Ortho aparentando no tener ni pizca de interés por lo que venia. Entonces Cè se transmutó en el Ortho ebrio de final de fiesta y se dispuso a narrar el origen de la idea, ahora hecha historia en su video musical.

—Pinche Cè, ahí lo tienes; sólo se veía un hilito de humo ¡No puede ser, pinche abuelo! ¡Realmente no sé cómo podía hacerlo! —Cè extendió y movió su brazo derecho mientras con la mano dibujaba en el aire un horizonte imaginario, cosa que, junto con su gesto, se podría creer que señalaba lo inaudito, lo inabarcable. Prosiguió en su actuación:

—Se despertaba muy temprano, cuatro a cuatro treinta de la mañana a juntar la paja trillada el día anterior sobre la plataforma de una vieja carreta de madera construida con alma de herrería deteriorada y oxidada —con la mirada pendida en lo que podría ser un anhelo, Cè prosiguió remedando al ebrio Ortho, ahora colocando la modulación de su voz en

ese matiz que solamente inspira que lo que vendrá a continuación será lo más parecido a lo inimaginable.

—Era un gran fardo el que juntaba sobre la carreta. Alto y robusto. Terminando la faena se trepaba a él con la agilidad de un adolescente; después, sacaba del bolsillo de su camisa una bolsa de tabaco y una pipa, la que empacaba con tal serenidad que te podía sembrar el ansia; dos o tres caladas eran suficientes para encenderla. Ya con la pipa en sus labios, se quitaba su inseparable sombrero de papel de paja viejo para colocárselo a la altura de su estómago, justo en el momento en que se dejaba caer de cara al tierno cielo de la madrugada. ¡A la puta! ¡fundiéndose con la tranquilidad del "completo" universo! ¡No sé de donde le nacía tanta tregua al viejo! Pero así permanecía fumando por ocho o diez minutos.

Casi al borde de las lágrimas, Cè prosiguió encarnando al Ortho que acostumbraba sostener su mirada en el vacío frente a él siempre que narraba la de su abuelo; pendido en ese horizonte imaginario en el que lograba construir, a fuerza de alcohol e ilusión, la modesta ceremonia de la holganza heredada por su viejo. ¡Ahí era, justamente en ese momento, cuando se veía apenas el hilito de humo que sobresalía por encima del gran fardo de paja!, sin preocupación alguna, sin remordimiento que lo exaltara o lo hiciera ir en el cumplimiento de ese involuntario e irrefrenable arranque por el acto, por el del trabajo o el del poseso del ser productor, ahora *peccata minuta* para cualquier mortal. Después, el viejo se perdía en el sueño por dos o tres horas. Así los siete días de la semana.

Sobreactuando el contoneo característico del ebrio, Cè intentó trasmitir lo que para Ortho parece que significaba el último confín de plenitud, la única posibilidad de alcanzar o comprenderse dentro de la inmensidad del universo o algo así. Sin dejar de señalar con su mano el vacío frente a él, cual Dios Padre pintado por Michelangelo Buonarroti, en su *Creación de Adán*, continúo:

—Dime cómo el pinche viejo lograba controlar esa furia interna que ¡ah, cómo jode! Ésa que consume nuestra energía por no saber ponerle un alto a lo desbocado de nuestros sentidos y, que cuando dejamos nos enajene nos lleva a fijar nuestra atención en absurdas pasiones o subterfugios inútiles y escandalosos o en arrebatos sobrevenidos de lo que muchos dan en llamar "inspiración", y de vuelta a producir objetos, sin ton ni son, con la simple y llana intención de complacer nuestra vanidad y artificial egocentrismo.

¡Pinche Cè! —Cè, continuando en el papel de Ortho, posó su mano sobre mi hombro en actitud de orfandad y terminó actuando a un Ortho al límite de la ebriedad:

—Mi abuelo, güey, mi abuelo… ¡Eso es lo que quiero ser!… ¡es lo que quiero lograr con mi vida!: ¡dominio sobre mí, no más!.

Pagó su consumo y se echo a caminar, llegando a Mesones, dobló en la esquina para entrar al número veinte. Subió las escaleras hasta llegar al segundo piso y tocó la puerta. Estaba de regreso en La F, galería.

NUEVE

—¿Qué pasó?, ¿dónde andabas? —preguntó Mateo cuando abría la puerta.

—Dando una vuelta y aprovechado de paso para comer unos tacos en Los cocuyos ¿Y tú qué? ¿Ya terminó la final del fut?

—¡Ya ganaron Los Rayos del Necaxa! pero ahora no sé qué sucede; todos están muy apurados; creo que algo le pasa Aldo —le comentó Mateo despreocupado.

—¡Aldo! ¿Qué le pasa? —cuestiono en tono de reclamo a Mateo y se apresuró a entrar al departamento interesado en saber lo que pasaba. Llegó a la habitación donde se encontraban Cé, Manuel, Flavio y Ortho en torno al cuerpo tendido en el piso de cara al techo de Aldo, justo al pie de la cama. Un tanto sobrecogido por la escena, se unió de forma mortificada y tímida a ellos en lo que ya parecía un velorio. Sin cruzar palabra se arrodilló junto al desfallecido y escuchó decir tras de él "Ya lleva más de tres minutos así; no sabemos qué hacer". Inesperadamente un sobresalto: Aldo reaccionó regurgitando y echando afuera un grito desde el ahogo, expelido directamente a la cara del deambulador Benjamín.

—¡La puta virgen, Benja! ¡La puta virgen!...

CONTEMPORAL

Pantalla en blanco durante dos a tres segundos; gradualmente se intensifica de un tenue color naranja hasta llegar al más encendido de su gama; es como la representación de unos ojos cerrados cuando sus párpados son bañados plenamente por los rayos del sol. Se oye la ráfaga intensa del viento que pasa. Lentamente la pantalla naranja parpadea hasta quedar completamente abierta; es una imagen borrosa, imperceptible. La circulación del aire intenso es lo único que continúa oyéndose; dos o tres segundos bastan para que esa imagen cobre nitidez. Majestuosa se observa en el horizonte una cordillera de montículos rocosos y erosionados y, en paralelo a la naciente imagen, el sonido apenas perceptible de una trompeta que, conforme alarga y aumenta su tono, tensa y dramatiza la atmósfera del audiovisual. La toma cambia; se deduce que el efecto de ojos parpadeantes representa a los de Cè, pues la cámara, de espaldas a él, filma la misma cordillera de montículos rocosos, ante la cual el personaje, se observa, permanece absorto. El aparato fílmico lo rodea, se detiene hasta que ofrece un aspecto lateral de él: se encuentra sentado sobre una vieja silla de madera, situada sobre una explanada de concreto, extensión frontal que da paso a la puerta de entrada de lo que parece ser una casa entre el campo. De frente, una pequeña mesa de madera; su estructura es como la que se logra cuando se busca realizar los mínimos cortes en el material y simpleza en el diseño; sobre ella un sombrero y una taza de café. Se interrumpe la nota sostenida del metal. Cè sujeta la taza; el enfoque se cierra a los límites de su cara; se da un tiempo para inhalar el aroma del la bebida. Después de haber cumplido su deseo, da un emotivo sorbo junto al que surge un vago, intermitente y ambiguo sonar

de la trompeta; sus notas ahora se escuchan atenuadas, tal vez por efectos de una sordina. Devuelve la taza de café a la pequeña mesa al tiempo que da un hondo suspiro. Fija su vista de nueva cuenta al horizonte; toma discretamente el sombrero y, en un solo movimiento, se lo lleva a la cabeza y se pone en pie. Camina; la cámara lo sigue hasta llegar a una huerta donde observa, huele, rebusca hortalizas, legumbres y una que otra hierba, las que arranca y colecta. La toma transita al interior de la casa, no para hasta quedar en cuadro lo que es la barra del área de la cocina. Dan inicio secuencias rápidas que tratan de capturar lo esencial en la elaboración de un platillo; estas secuencias son acompañadas por notas igualmente rápidas y sueltas del metal, las que realmente consiguen acentuar el ágil ritmo en lo observado. La escena vira justo cuando la trompeta es acompañada por el robusto vibrar de unas cuerdas tocadas a mano de un contrabajo. Legajos de documentos, hojas sueltas, libros, (rallado de verduras), bosquejos, revistas, (molido de licuadora), dibujos, diagramas, (casuelas a la lumbre) y fotografías. Ahora un escritorio y, en medio de este un computador portátil, sentado frente al cual se encuentra Cè detenido en la lectura de un libro. La toma es tal que se puede apreciar que sobre la pared, tras de él, extendido se encuentra un gran diagrama del proyecto *Contemporal*… Efectos de flash, destellantes, inundan por dos o tres segundos la pantalla; para ver aparecer en cuadro la imagen de un Cè que serrucha un tramo de madera. La escena se mantiene por espacio de no más de cuatro segundos, para luego regresar, por medio de la transición destellante del flash, a un Cè en acto sexual sobre el escritorio. Destellos de flash y de nuevo al personaje serruchando el madero, destellos del flash y ahora vemos al personaje sentado frente al escritorio, tecleando fuerte, veloz y

apasionado el computador; pareciera como si la actitud mostrada por Cè al leer, serruchar, coger o escribir tuviera para él la misma importancia, la misma jerarquía en cuanto hábito domestico. Recién alcanzada esta conclusión, los tonos sostenidos y dramáticos de la trompeta, junto a unos repetitivos y vibrantes del contrabajo, llevan el audiovisual a un clímax momentáneo. La pantalla, en su totalidad, es invadida nuevamente por la transición destellante del flash; entre los destellos se alcanza a ver la silueta de un artefacto grande y robusto, un misterio. A primera vista, se podría decir que es un cúmulo de triques y muebles, de esos que se acostumbra apilar o arrinconar en el lugar menos visible de la casa. Dando fin la transición, se ve al personaje en el exterior de la casa: el sol cae a plomo; seca el sudor de su frente; el ritmo del par de instrumentos no cesa. Se abre la toma. El personaje se encuentra de pie sobre el techo de dos aguas y teja roja de la casa; trompeta y contrabajo juegan a un *swing* veloz y discordante, en tanto las escenas en pantalla se montan al ritmo de este compás: Cè, acoplando las tejas del techo - pantalla en negro con destellos - Cè tensando un lienzo en un bastidor - pantalla en negro con destellos - Cè barnizando un mueble - pantalla en negro con destellos - Cè preparando un lienzo - pantalla en negro con destellos- Cè podando pasto - pantalla en negros con destellos - Cè pintando sobre el lienzo - pantalla en negros con destellos - Cè pintando un muro - pantalla en negros con destellos - Cè junto al gran artefacto, grande y robusto - pantalla en negro con destellos - Cè de pie sobre el techo de teja de la casa disfrutando el impacto del viento sobre su humanidad. La escena se disuelve, transición que da paso a otra interior. El personaje anda en torno a unas mesas largas y robustas, rodeadas por jóvenes de no mas de quince años, y sobre ellas se encuentran

cuadernos que contienen textos, diagramas, dibujos, bosquejos; por otro lado, pilas de libros, barro crudo, fotografías, material de pintura, pinceles, gubias, punzones, lápices, así como diversidad de ejercicios, ensayos y obras en proceso. Un sonar tenue, solo y sincopado del contrabajo se mantiene, en tanto el personaje da instrucciones a un niño, instruye a otro, da punto de vista a la clase. Fundido a negros: al interior de la casa, la cámara lo acompaña tras su espalda; Cè se detiene y con él la cámara, el personaje hace un alto frente al artefacto grande y robusto; se hace de un pliego enrollado que se encuentra sobre una repisa repleta de éste y otro tipo de objetos; continúa caminando hasta la explanada al exterior de la casa. Reinicia el sonar de la trompeta acompasada de la tesitura grave del contrabajo. Pronto los dos instrumentos toman un curso enloquecedor; es una sinfonía anárquica, llena de instinto y sin lindero. Frente a una mesa de trabajo, el personaje da inicio a la construcción de lo que parece ser un mueble: corta, clava, pega, observa el dibujo en el pliego ahora desplegado, se compenetra. Vestigios de ansia inician a brotar en su actuar; en sus rasgos se percibe desesperación, impotencia, opresión; la música es el caos. Cè es repulsado de su labor por esa energía negativa que da el enojo; alza su vista; observa el paso lento y grácil de una pequeña nube… la música enmudece, queda solo el eco metálico y lejano de la última nota emitida por la trompeta. Descubre su respirar… se escucha; es un resuello intenso, contempla con toda calma su entorno, cual si estuviera contemplando el mismo universo y comprendiéndose en el. Reinicia la música a sólo cuerdas; retoma su labor; se percibe ahora en una actitud propia de un oficioso artesano, esa que se alcanza a través del arduo desempeño de un oficio. Transición a negros. Aparece en pantalla una

perspectiva angular y plena del interior de la casa; no existen paredes dentro de ella; son dos salones amplios que dan un aspecto de ambiente fabril; reaparece el incondicional compañero de ruta del contrabajo con notas agudas y vibrantes. A través de los amplios ventanales de la casa, se puede ver que ha llegado la noche, Cè pasea de un lugar a otro: revisa, recoge, dibuja, apunta, traza, escribe sobre un cuaderno posado sobre el escritorio, encarpeta hojas sueltas y folios, anota en un formato, toma fotografías del aspecto que guarda todo su entorno, enrolla pliegos, observa, toca con sus dedos un lienzo recién pintado, carga con algunas de estas cosas y se dirige al fondo de uno de los salones, precisamente a donde se halla el artefacto grande y robusto, ahora visto con más detalle; podríamos decir que es un conjunto de muebles compuesto por un alma hecha con base en dos cajones rectangulares de madera de grandes dimensiones, que se usan para proteger el embarque de maquinaria pesada o de obras de arte; están dispuestas de tal forma que en conjunto componen una letra "T", y, empotrados en torno a ellos, archiveros de diferentes dimensiones y diseños, repisas, cajoneras, libreros, un escritorio de modelo antiguo y sobre él un teclado y pantalla de computadora.

Archiva fotografías, dibujos, planos, libros, libretas, bosquejos. Un mueble, un cajón, un archivero para cada cosa, ahora carga con una obra pictórica, la lleva a guardar dentro de uno de esos grandes cajones para embalaje. Aparece en cuadro Cè ocupando la silla de la explanada exterior de la casa; en la mesa, frente a él, una taza de café y la música que no cesa. Al interior, en el computador, teclea una suerte de relatoría o bitácora de lo archivado en el día. Cruje y atraviesa, al sonar del par de instrumentos, el estruendo de un relámpago. Al instante, otro, más

fuerte y más cercano, a tal grado que el filme es embebido con su destello. Cè al exterior gira la cara hacia el cielo nocturno, cierra sus ojos a las primeras gotas de lluvia que estrellan sobre su cara; en instantes arrecia; es una tormenta. Movimientos desapacibles y llenos de sobresalto invaden la pantalla. La fuerza del estruendo de otro relámpago señala que el lugar de su caída fue realmente cercano. Cesa el movimiento; de la imagen que queda en pantalla podemos interpretar que ha sido abandonada la cámara sobre la pequeña mesa frente al personaje, pues se observa en cuadro cómo el reverso de su mano, quieta y serena, es filmada de forma horizontal; acostada sobre la base de la pantalla. Los continuos destellos de los truenos hacen que esta imagen sea intermitente, mas aun con ello, la ingravidez de la mano da cuenta de que él permanecerá sentado en su lugar; es definitivo: si le es preciso, hasta fundirse con la misma pulsión de la naturaleza o ser atravesado por la efusión electrizante de un relámpago. El metal acompasa al contrabajo. Interior; instantes antes de apagar la pantalla del computador, la cámara efectúa un acercamiento a ella; se puede leer *Cápsula de Tiempo (CONTEMPORAL)*; se apaga la pantalla del computador. La música calla; el estruendo de los implacables relámpagos la suplen. Exterior; en instantes inicia a escurrir por sus dedos el líquido de vida.

Pantalla en negro por cinco segundos, después aparece:

CONTEMPORAL

contemporal.art